

SAN CARLOS BORROMEO

**HOMILIAS
EUCARISTICAS
Y
SACERDOTALES**

**Serie
Grandes Maestros
N.º 7**

**EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
C/ RECAREDO, 44
41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 - Fax 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com**

Con licencia eclesiástica
ISBN: 978-84-7693-204-9
Depósito legal: M. 50.297-2007
Impreso en España - Printed in Spain
Por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

1

EN LA CENA DEL SEÑOR DURANTE EL LAVATORIO DE PIES EN EL CAPITOLIO

**Homilía pronunciada sobre el cap. 13
del Evangelio según S. Juan
27 de marzo de 1567**

La condición de los cristianos es tan digna de lástima y el estado de la religión cristiana ha quedado ya reducido a tal miseria, que a menudo la gente se asombra más de uno que hace su deber que de quien lo omite. Hay muchos, ¡ay! que consideran hipócrita a quien se esfuerza por profesar una vida santa, por seguir el ejemplo de los santos, por seguir el ejemplo de Cristo. Uno de tales ejemplos, oculto ya en muchos otros acontecimientos, nos lo ha dejado en el Lavatorio de los pies, que los santos y el Señor de los santos han practicado con singular humildad, dejándonos un testimonio maravilloso y proponiéndonos un misterio profundísimo.

Comenzaré desde los tiempos más remotos. Cuando Abrahán, nuestro gran patriarca, iba a dar hospitalidad a los Angeles de Dios manifestados en forma humana, no pudo expresar mejor su voluntad y su amor hacia ellos

que lavándoles los pies (Gn. 18, 4); lo mismo hizo Lot, el hijo de su hermano (Gn. 19, 2); y el Señor, en el Evangelio, reprochó a Simón como falta de delicadeza, que no le había ofrecido agua para lavarse los pies a Él al entrar en su casa (Lc. 7, 44).

El apóstol Pablo no quería que fueran añadidas al número de las viudas las que no tenían la costumbre de lavar los pies a los Apóstoles (1 Tm. 5, 10). El lavatorio de los pies, de hecho, no es sólo signo de humildad, sino también indicio de verdadera piedad y tiene gran fuerza en la unión de las almas con el amor mutuo. Por esto precisamente, Nuestro Salvador, viendo inminente su Pasión, lavó los pies de todos sus discípulos: en el momento de despedirse de ellos dejó un sublime testimonio y un ejemplo digno de imitar: Después dió el mandato de repetir el gesto: *«Os he dado ejemplo para que como yo he hecho, también hagáis vosotros»* (Ju. 13, 15).

Dejando el resto, debemos meditar diligentemente sobre este hecho y aún más imitar, con el máximo empeño, la humildad de Nuestro Señor. Hallamos tres grados de humildad: el primero es suficiente; el segundo es superfluo; el tercero lleva a la santidad a la perfección. En el primer grado están los que obedecen y veneran a sus superiores. En el segundo, los que están sometidos también a los de igual dignidad. En el tercero, los que no se niegan a servir incluso a los que son sus inferiores.

En todo esto parece evidente que Nuestro Señor se ha manifestado muy humilde y obediente. En efecto, obedecía y se sometía de tal manera al Padre, superior a Él en cuanto a la Humanidad, igual por Divinidad, que puede afirmarse que no hizo otra cosa que su voluntad. Cuánto superó a los hombres, inferiores a Él, en la humildad y capacidad de servicio, parece claro de sus palabras y del relato evangélico: *«No he venido —dice— para ser servido, sino para servir»* (Mt. 20, 28). Y en verdad, si queréis meditar conmigo el Evangelio donde se narra lo que hizo y dijo durante el Lavatorio de los pies, lo que apenas os he sugerido lo podréis encontrar de modo mucho más rico:

«El día previo a la solemnidad de la Pascua...»

Todo lo que se contiene en el misterio de la Encarnación de Cristo nos enseña la humildad más profunda y nos muestra su amor inmenso. Bajó del cielo porque nos ha querido mucho; por nuestro amor se hizo bautizar; ayunó, soportó las tentaciones, sufrimientos, insultos y la muerte; en la Última Cena demostró este amor suyo maravilloso instituyendo el Santísimo Sacramento de Su Cuerpo y los otros piadosos misterios de nuestra Fe. Por lo demás, también el Lavatorio de los pies, de lo que queremos hablaros un poco, nos propone de manera admirable este amor suyo hacia nosotros, y al mismo tiempo, enseña a sus sagrados ministros la modestia del espíritu. Por ello el santo Evangelista dice: *«Jesús, sabiendo que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin»* (Jn. 13, 1 ss. Todas las demás citas de este capítulo no se señalarán en lo sucesivo). Como si dijera: siempre había mostrado gestos y señales de una predilección singular; ahora no se aparta de esta obra suya, con perseverancia y hasta el fin, con amor sumo y perfecto. El demonio había ya puesto en el corazón de Judas el entregarlo; sin embargo Nuestro Señor, sabiendo que había recibido todo del Padre, que había salido de Él y debía volver a su gloria, no rehusó lavar los pies de los pobres pescadores, como un siervo humilde, y cumplir todo lo que estaba ligado a este oficio.

De este modo se manifestó su sumisión, su modestia y el interés que tiene por nosotros. En efecto, el Señor se levantó de la mesa, mientras los discípulos estaban sentados, dejó sus vestiduras para poder cumplir todo con mayor libertad; se ciñó con una toalla, mostrándose así dispuesto a servir, ayudar y beneficiar. Finalmente derramó el agua Él mismo en la palangana, Él mismo les sirvió con plena humildad, se arrodilló ante los pies de sus siervos. Les lava los pies, tarea que se deja a los hombres menos dignos de consideración. Él sólo lo hace todo: ¡Él solo vierte el agua, Él solo lava, Él solo seca! A todos dió

ejemplo de bondad, a todos ofreció una señal de su amor.

Lavó humildemente los pies a todos; a todos los alimentó con el Sacramento de su Cuerpo: pero no todos sacaron de ello el mismo fruto. Judas, que iba a entregarlo, gustosamente llevaba la caja del Señor, se nutría del mismo alimento que los otros Apóstoles, ofrecía sus pies para ser lavados y deseaba gozar de todos los privilegios con los demás discípulos. Pero ningún sentido de humanidad, ningún beneficio recibido pudieron apartarlo de entregar la Sangre Inocente. La maldad del traidor ha de detestarse y suscita espanto: no fue frenado por el temor de Dios, o por el respeto de la Divina Majestad; ni por la inocencia de su vida, ni por la grandeza de los beneficios recibidos.

Pero aún más sorprendente se muestra la benevolencia del Señor: Él veía y sabía la obstinación del traidor; sin embargo no dejaba de ser benévolo con él e intentaba dulcificar su endurecido corazón con todo tipo de beneficios. Nos ha dejado un ejemplo por el que debemos pedir no desgracias para nuestros enemigos, sino la conversión: debemos tratar de ganarlos, no de perderlos.

Lo que a Judás proporcionó la más dura condena, trajo a Pedro y a los Apóstoles un fruto más saludable: «*Se dirigió también a Pedro...*». Pedro hace tres discursos distintos; tres veces responde el Señor y cada vez adapta su discurso al de Pedro. En primer lugar Pedro, sin comprender interrogaba: «*¿Tú quieres lavarme los pies?*» como si considerara cosa absurda que el Hijo de Dios se arrodillase ante un hombre insignificante para lavarle los pies. Después, movido por la obstinación, dice: «*¡No me lavarás jamás los pies!*». Finalmente, constatando la firme voluntad del Señor, en un movimiento de obediencia, ofrece más de lo que había sido requerido por el Salvador, y dice: «*No sólo los pies, sino también las manos y la cabeza*». Y el Salvador llena la laguna de su ignorancia: «*Lo que hago ahora no lo comprendes; lo comprenderás más adelante*». Como si dijera: tú ignoras el misterio escondido en el gesto del lavatorio de los pies: si lo conocie-

ras no habrías hecho preguntas. Después rechaza decididamente su obstinación: *«Si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo»*. Finalmente alaba la fe y la obediencia con la que se somete a la voluntad de su Señor, diciendo: *«Quien está limpio no tiene necesidad de lavarse más que los pies; está todo limpio, y vosotros estáis limpios»*.

De este pasaje podemos sacar una enseñanza: no conviene que los súbditos desprecien obstinadamente los mandatos de los Gobernantes; ni está bien rechazar por modestia lo que ofrecen, aunque parezca inadecuado lo que proponen. Pero también los superiores tienen una enseñanza: deben persuadir a sus súbditos, cuando se opongan, incluso forzándoles, para que reciban la sana enseñanza. Pedro era obstinado en rechazar, pero tan pronto como se dió cuenta de que la palabra del Señor era decidida y resuelta, inmediatamente se sometió: estas dos actitudes nacen de la caridad y del respeto. Según su carácter, por su indignidad y por la majestad del Salvador, Pedro implora que no cumpla en él semejante oficio; en otro lugar ya había dicho: *«Aléjate de mí, que soy un hombre pecador»* (Lc. 5, 8). También el Precursor se había comportado así: *«Yo debo ser bautizado por Ti, y Tú ¿vienes a mí?»* (Mt. 3, 14). Es propio de la persona sabia saber cambiar de parecer, más que resistir obstinadamente en la misma opinión. Por eso es alabada la obediencia de Pedro que, una vez conocida la voluntad del Señor, se somete totalmente a Él. Aquí el Señor nos habla de dos abluciones: la primera es aquella por medio de la cual todo el cuerpo es lavado; la segunda es sólo para los pies. Aquella debe hacerse sólo una vez; ésta debe ser frecuente, porque los pies nunca están suficientemente limpios; se ensucian con frecuencia y rápidamente por el polvo y el barro de cada día: por ello deben lavarse cotidianamente.

Mediante este doble lavado, el del cuerpo y el de sus miembros, se nos enseña que hay dos abluciones espirituales del alma y de sus afectos. El Bautismo, a través del

cual es lavada toda el alma, el hombre es purificado de aquella mancha innata que es el pecado original. No debe ser repetido. Los pies, en cambio, —es decir los afectos del alma— deben ser lavados a menudo, porque cada día volvemos a caer en el pecado: *«En efecto si decimos que estamos sin pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no habita en nosotros»* (1 Jn. 1, 8). Debemos ofrecer estos pies de nuestra alma a Cristo Salvador, para que los lave, intercediendo por nosotros, sin cesar nunca en el cielo, e infunda la gracia por medio del perdón de los pecados mediante el sacramento de la Penitencia.

Y no está carente de ricas enseñanzas de misterio el hecho de que, concluida la Cena Judaica, durante la cual se come el Cordero Pascual, lavó primeramente los pies de los Apóstoles y sólo después instituyó el santo Sacramento de la Eucaristía. Nos enseña cómo nosotros, cada vez que nos aproximemos a la Sagrada Comunión, debemos prepararnos más intensamente de lo que lo hicieron los Judíos cuando comían el Cordero Pascual: se aproximaban al banquete del Cordero sin haberse lavado los pies. Pero esto era sólo imagen y figura. Por el contrario, era conveniente acercarse al tremendo misterio de la Eucaristía habiéndose lavado los pies, es decir habiendo limpiado los afectos del nimo. Y no conviene mostrar a la gente y al exterior devoción, si en el interior, con sinceridad, el alma no se ha purificado por medio de la penitencia.

Por esto, cuando el Redentor afirma: *«No todos están limpios»*, no acusa sólo al traidor Judas, sino a todos los demás, que aún teniendo el nombre de Cristianos, viven de mala manera. Con la lengua se declaran discípulos de Cristo, pero con la vida lo crucifican. En efecto, no es oro todo lo que reluce. También Judas exteriormente tenía los pies lavados y era contado en el número de los discípulos; pero en el interior su ánimo era malvado, hasta el punto de ofrecerse como guía para quienes querían capturar al Hijo de Dios.

«Después que hubo lavado los pies...». Nuestro Salva-

dor ha solido actuar primero y después enseñar, de manera que, al mismo tiempo da ejemplo y funda el comportamiento con su palabra.

Aquí pues nos da un ejemplo de humildad y de amor mediante el lavatorio de los pies de los Apóstoles y enseña que esto no se hace por un vano capricho sino para atraerlos a su imitación: *«Así pues, si yo el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies los unos a los otros. Os he dado en efecto el ejemplo, para que como yo he hecho hagáis también vosotros»*.

Debemos notar tres cosas en las palabras que el Salvador nos ha propuesto. En el mismo Salvador se nos enseña lo que es oportuno que hagamos los Prelados de la Iglesia y los Ministros de Cristo.

En el traidor Judas aprendemos que existen personas que se sientan a la mesa con Cristo en actitud de amistad, comen su pan, exteriormente se declaran discípulos de Cristo; pero en el interior conspiran contra el Señor. Son así quienes quieren aparecer como Cristianos y se hacen ministros de Cristo por los beneficios y las dignidades eclesiásticas: no por un amor tierno, sino por lucro y ambición.

En los Apóstoles se representan aquellos que en su interior ofrecen a Cristo todo afecto interior para que los purifique, de manera que puedan tener parte con Él en el cielo.

Hermanos amados, debemos huir de la doblez y de la maldad de Judas; junto a Pedro ofrezcamos a Cristo, para que los lave, nuestra cabeza, las manos y los pies, es decir las intenciones, las obras y los afectos. Y cuando todo esto haya sido limpiado y lavado por medio de su gracia, sera coronado también por Él en el cielo.

Por lo demás, si queremos considerar un poco lo que se esconde en el misterio de Cristo, lo encontramos expresado por el ministerio perfecto del Apóstol. Se levantó de la Cena Judaica, como conviene a los ministros del Señor dejar la compañía del hombre viejo y la religión ju-

daica y revestirse del hombre nuevo: del conocimiento de la Ley al cuidado atento; del alimento a la fatiga; de la letra al espíritu. Conviene dejar las vestiduras, es decir apartar cualquier obstáculo de la virtud, esforzándose con empeño; ceñirse con una toalla blanca, es decir con la integridad de la vida; tocar el agua de la doctrina que da la salvación, y purificar la vida de los propios súbditos con la sabiduría de la fe, los Sacramentos, los ejemplos. Esto ha hecho nuestro Maestro y Ejemplo, Cristo: debemos hacer del mismo modo.

«El discípulo no es superior al Maestro» (Mt. 10, 24) y no es conveniente que se enorgullezcan los humildes siervos del Señor.

Queridísimos hermanos, me quedo confundido cada vez que comparo mi soberbia, yo que soy polvo y ceniza, con la humildad de mi Señor. Él que es Dios y Señor de los Angeles no se ha negado a servir a los pobres: nosotros a menudo rechazamos ponernos al servicio de quienes son siervos como nosotros. El Hijo de Dios se levantó de la mesa para servir a los servidores que estaban sentados: nosotros consideramos que atenta contra nuestra dignidad si un pobre compañero de servicio, no digo se pone a la mesa con nosotros, sino sólo si se aproxima mientras comemos.

El Creador del cielo y de la tierra lavó los pies a los pobres discípulos: pero, entre nosotros, ¡cuántos preferirían lavarse los pies con vino, antes que dar un vaso de agua fresca a un pobre! Él ha realizado un gesto de humanidad en favor de quien lo entregaba: nosotros negamos nuestro justo servicio incluso a los amigos.

¿Puede decirse o pensarse algo más indigno? El discípulo se niega a hacerse semejante al Maestro, el siervo al Señor, la criatura al Creador, el polvo y la ceniza al Hombre Celestial.

Dejémonos conmover, hermanos, por la incongruencia de esta situación, dejémonos conmover por la humilde sumisión en una Majestad tan grande y humillémonos junto al Señor si queremos ser exaltados con Él. Sirvamos

a los pobres con Él, si queremos reinar con Él; lavémonos los pies los unos a los otros, si queremos ser aceptados por Cristo entre sus discípulos. Conformémonos en esta vida a nuestro Maestro, y Él se dignará conformarnos a Él en la gloria. Amén.

EN EL DIA DEL CORPUS DOMINI

Homilía celebrada en Milán en la iglesia metropolitana durante la celebración de la misa 9 de Junio de 1583

Todos los misterios de Nuestro Salvador Jesucristo, queridísimas almas, son sublimes y profundos: nosotros los veneramos en unión con la sacrosanta Madre Iglesia. Sin embargo el misterio de hoy, la institución del Santísimo Sacramento de la Eucaristía, por medio del cual el Señor se ha entregado en comida a las almas fieles, es tan sublime y elevado que supera toda comprensión humana. Tan grande es la bondad del Sumo Dios, en Él resplandece tal amor que cualquier inteligencia queda sobrepasada; nadie podría explicarlo con palabras, ni comprenderlo con la mente. Pero ya que es mi deber hablaros de ello por el oficio y la dignidad pastoral, os diré también algo de este misterio. Brevemente, esta homilía estará centrada sobre todo en dos puntos: cuáles son las causas de la institución de este misterio y cuáles los motivos por los que lo celebramos en este tiempo.

En el Antiguo Testamento se narra la nobilísima historia del Cordero Pascual que debía ser comido dentro de la casa de cada familia; en el caso de que después sobrara y no pudiera ser consumido, debía ser quemado en el fuego. Aquel Cordero era la imagen de nuestro Cordero Inmaculado, Cristo el Señor, que se ofrece por nosotros al Padre Eterno sobre el Altar de la Cruz. Juan, el Precursor, viéndolo dijo: *«He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo»* (Jn. 1, 29). Aquella

maravillosa figura nos ha enseñado que el Cordero Pascual no podía ser totalmente comido con los dientes de la contemplación, sino que debía ser quemado completamente en el fuego del amor (Cfr. Ex. 12, 10 ss.).

Pero cuando medito conmigo mismo que el Hijo de Dios se ha entregado completamente en alimento a nosotros, creo que no hay más espacio para esta distinción: este misterio debe ser abrasado totalmente en el fuego del amor. ¿Qué motivo, sino sólo el amor, pudo mover al Bondadosísimo y Grandísimo Dios a darse como alimento a esa mísera criatura que es el hombre, rebelde desde el principio, expulsado del Paraíso Terrenal, a este mísero valle desde el principio de la creación por haber probado el fruto prohibido? Este hombre había sido creado a imagen de Dios, colocado en un lugar de delicias, puesto a la cabeza de toda la creación: todas las demás cosas habían sido creadas para él. Trasgredió el precepto divino, comiendo el fruto prohibido y, *«mientras estaba en una situación de privilegio, no lo comprendió»*; por eso *«fue asimilado a los animales que no tienen intelecto»* (Sal. 49, 13); por eso fue obligado a comer su misma comida.

Pero Dios ha amado siempre tanto a los hombres que pensó en el modo de levantarlos tan pronto como habían caído; y para que no se alimentaran del mismo alimento destinado a los animales – ¡contemplad la infinita caridad de Dios! – se dió a si mismo como alimento al hombre. Tú, Cristo Jesús, que eres el Pan de los Angeles, no te has negado a convertirte en el alimento de los hombres rebeldes, pecadores, ingratos. ¡Oh grandeza de la dignidad humana! ¡Por un acontecimiento singular, cuánto mayor es la obra de la reparación, cuánto supera esta dignidad sublime a la desgracia! ¡Dios nos ha hecho un favor singular! ¡Su amor por nosotros es inexplicable! Sólo este amor pudo mover a Dios a hacer tanto por nosotros. Por ello ¡qué ingrato es quien no medita en su corazón y no piensa a menudo en estos misterios!

Dios, Creador de todas las cosas, había previsto y conocido nuestra debilidad, y que nuestra vida espiritual

necesitaría un alimento para el espíritu, así como la vida del cuerpo necesita un alimento material; por ello ha dispuesto para nosotros que hubiera abundancia de cada uno de estos dos alimentos; por una parte el alimento para el cuerpo; por otra el alimento del que gozan los Angeles en el cielo, y nosotros podemos comer aquí en la tierra, oculto bajo las especies de pan y vino. La santísima sierva de Dios, Isabel ante la visita de la Madre de Dios, no pudo dejar de exclamar: *«¿A qué debo que la Madre de mi Señor venga a mí?»* (Lc. 1, 43). Pero ¡cuánto más debería exclamar quien recibe dentro de si a Dios mismo: *«¿A qué debo que venga a mi, pecador, miserable, ingrato, indigno gusano y no hombre, oprobio de los hombres y abyección del pueblo, que entre en mi casa, a mi alma que a menudo he reducido a cueva de malechores, y en mí habite mi Señor, Creador, Redentor y mi Dios, ante cuya presencia los Angeles desean estar?»*

Vayamos al segundo punto de la reflexión.

Oportunamente hoy la Iglesia celebra la solemnidad de este santísimo misterio. Podía parecer más oportuno celebrarla en la Feria Quinta in Coena Domini, día en el que sabemos que nuestro Salvador Cristo, ha instituido este Sacramento. Pero la Santa Iglesia es como un hijo, correcto y bien educado, cuyo padre ha llegado al término de sus días y mientras está a punto de morir, le deja una herencia amplia y rica; no tiene tiempo de entretenerse en el patrimonio recibido: está totalmente volcado en llorar al padre. Así la Iglesia, Esposa e Hija de Cristo, está tan atenta a llorar en aquellos días de pasión y de atroces tormentos, que no está en condiciones de celebrar como querría esta inmensa heredad a Ella entregada: los Santísimos Sacramentos instituidos en estos días.

Por tal motivo ha fijado este día para la celebración: en donde, por el inmenso don recibido, querría rendir de modo muy particular a Cristo aquella maravillosa acción de gracias que a causa de nuestra pobreza no somos capaces de ofrecerle. Por eso el Hijo de Dios, que conoce todo desde la eternidad ha venido en ayuda de nuestra debili-

dad con la institución de este Santísimo Sacramento: por nosotros «Él dió gracias» a Dios, «bendijo y partió el pan» (Mt. 26, 26; Lc. 24, 30). Con esta institución nos ha enseñado a darle gracias al máximo por un don tan grande. Pero ¿por qué la Santa Madre Iglesia ha establecido precisamente este tiempo para celebrar tal misterio? ¿Por qué precisamente después de la celebración de los otros misterios de Cristo: después de los días de Navidad, de la Resurrección, de la Ascensión al Cielo y la venida del Espíritu Santo?

Hijo, no temas: ¡todo esto no es sin motivo! Este misterio santísimo está tan ligado a todos los demás y es remedio tan eficaz en consideración de ellos, que con mucha razón está unido a ellos. Por medio de este Santísimo Misterio del Altar, recibiendo la vivificante Eucaristía, con este Pan Celestial los fieles son tan eficazmente unidos a Cristo que pueden tocar con su boca desde el costado abierto de Cristo los infinitos tesoros de todos los Sacramentos.

Pero hay otra razón para esto. Entre los misterios del Hijo de Dios que hasta ahora hemos meditado, el último fue la Ascensión al Cielo. Ello sucedió para que Él recibiese a título propio y nuestro la posesión del Reino de los Cielos y se manifestara el dominio que poco antes había afirmado: «*Me ha sido dado poder en el cielo y en la tierra*» (Mt. 28, 18). Como cualquier Rey, en el acto de recibir la posesión de un reino, se dirige antes que a cualquier otra ciudad a aquella que es la capital y metrópolis del reino (y como un Magistrado o Príncipe que se prepara para administrar un reino en nombre del Rey), así también Cristo: honrado con la señoría más grande y con todo derecho en el cielo y en la tierra, en primer lugar tomó posesión del Cielo, y desde allí, como haciendo una demostración, difundió sobre los hombres los dones del Espíritu Santo. Pero habiendo elegido reinar también en la tierra, nos dejó a Él Mismo aquí, en el Santísimo Sacrificio del Altar, en este Santísimo Misterio que hoy celebramos. Por este motivo extraordinario la Iglesia ordena

que sea llevado por todos en procesión en forma solemne por ciudades y pueblos.

Cuando el poderosísimo Rey Faraón quiso honrar a José, mandó que se le condujera por las calles de la ciudad y, para que todos conocieran la dignidad de quien había explicado los sueños del Faraón, le dijo: *«Tú serás quien gobierne mi casa, y todo mi pueblo te obedecerá; sólo por el trono seré mayor que tú. Mira, te pongo sobre toda la tierra de Egipto. El faraón se quitó el anillo de la mano y lo puso en la mano de José; hizo que le vistieran blancas vestiduras de lino, y puso en su cuello un collar de oro. Después lo hizo subir sobre su segundo carro y delante de él un heraldo gritaba, para que todos se arrodillaran delante de él. Y así lo puso al frente de todo el país de Egipto»*. (Gn. 41, 40 ss.)

También Asuero, cuando quiso honrar a Mardoqueo, le hizo vestir vestiduras reales, lo hizo subir a su caballo y a tal fin mandó a Amán que lo condujera por la ciudad y gritara: *«Aquí viene el hombre a quien el Rey quiere honrar»* (Est. 6, 11).

Dios quiere ser el Señor del corazón del hombre; quiere ser honrado, como conviene, por todos los hombres. Por esto hoy, de forma solemne, conducido por el Clero y por el Pueblo, por los Prelados y los Magistrados, recorre las calles de la ciudad y de los pueblos. Por esta razón la Iglesia profesa públicamente que Éste es nuestro Rey y Dios, de quien hemos recibido todo y a quien debemos todo.

Oh, hijos queridísimos en el Señor, mientras hace poco caminaba por las calles de la ciudad, pensaba en una multitud tan grande y en la variedad de personas que hasta hoy, hasta nuestros días está oprimida por la miseria de la esclavitud y por largo tiempo ha tenido que servir a amos tan viles y crueles. Veía a un cierto número de jóvenes que se han dejado dominar por la lascivia y la pasión y, como dice el Apóstol (Cfr. Fil. 3, 19), han proclamado como dios a su propio vientre. (Quienquiera que pone cualquier cosa como fin de su propia existencia,

quiere que tal cosa sea su dios. En efecto Dios está en el término de todo). Que renuncien éstos a la carne, a la lujuria, a frecuentar los lupanares y tabernas, las malas compañías; que renuncien a los pecados y reconozcan al Verdadero Dios que la Iglesia profesa por nosotros. Lloraba por la soberbia y la vanidad de algunas mujeres que se idolatran a ellas mismas, y dedican aquellas horas de la mañana que deberían consagrar a la oración, al maquillaje de sus rostros y al peinado de sus cabellos; que piden cada día nuevos vestidos, hasta el punto de hacer pobres infelices a sus maridos y mendigos a sus hijos y consumir su patrimonio. De ello se derivan mil males, los contratos ilícitos, el no pagar las deudas, el no dar cumplimiento a las últimas voluntades piadosas; de ello el olvido del Dios Bondadosísimo y Grandísimo, el olvido de nuestra alma. Veía a tantos avaros, mercaderes del infierno, gente que a tan caro precio compra para si el fuego eterno; de ellos con razón dice el Apóstol: *«La avaricia es una forma de idolatría»* (Ef. 5, 5; Col. 3, 5). Aparte del dinero no tienen otro Dios, sus acciones y palabras están dirigidas a pensar y decidir cómo ganar mejor, conseguir terrenos, comprar riquezas.

No podía dejar de ver la infidelidad de algunos que se declaran expertos en la ciencia de gobernar y sólo tienen esto ante sus ojos. Son quienes no dudan pisotear la ley de Dios que ellos declaran contraria a la forma de gobernar (ipobres y desgraciados!) y obligan a Dios a retirarse. ¡Hombres dignos de lástima! (Y deben llamarse Cristianos quienes estiman y declaran públicamente a si mismos y al mundo más importantes que a Cristo?

El Señor ha venido, con esta santa institución de la Eucaristía, a destruir todos estos ídolos, a fin de que con el Profeta Isaías, hoy podamos exclamar al Señor: *«Sólo en Ti es Dios; no hay otros, no hay otros Dioses. En verdad tú eres un Dios escondido, Dios de Israel, Salvador»* (Is. 45, 14 ss.). Oh Dios bueno, hasta ahora hemos sido esclavos de la carne, de los sentidos, del mundo; hasta ahora dios ha sido para nosotros nuestro vientre, nuestra

carne, nuestro oro, nuestra política. Queremos renunciar a todos estos ídolos: honrarte sólo a Ti como verdadero Dios, venerarte a Ti que nos has hecho tantos beneficios y, sobre todo, te has entregado a Ti mismo como alimento para nosotros. Haz, te ruego, que de ahora en adelante nuestro corazón sea sólo tuyo y nada nos aparte más de tu amor. Que prefiramos mil veces morir antes que ofenderte aún mínimamente. Y de este modo, haciéndonos mejores, con la fuerza de tu gracia, gozaremos eternamente de Tu Gloria. Amén.

EN EL DÍA DEL CORPUS DOMINI

Homilía pronunciada en Milán en la Iglesia metropolitana después de completas 9 de Junio de 1583

«¡Qué suave es tu Espíritu, Señor! Para mostrar tu ternura hacia nosotros tus hijos, dándonos un Pan del cielo, has colmado de toda bondad a los hambrientos y a los ricos los has mandado con las manos vacías» (Antífona al Magnificat de Vísperas de la Solemnidad del Corpus Domini, según el rito Ambrosiano). Esto canta hoy la Santa Madre Iglesia en la presente Solemnidad, mientras celebra la gloriosa memoria de un don tan grande. ¡Cómo deberíamos gustar esta dulcísima memoria de Dios, en la que se nos muestra su amor infinito por nosotros! Ninguna fiesta es más suave, ninguna más gozosa. Se nos muestran también los efectos de aquella insigne predilección divina, que se da a gustar por nosotros por su voluntad. Meditemos todos, os ruego, las palabras con las que el Apóstol Pablo describe la institución de este Santísimo Sacramento; nos daremos cuenta de cómo todo manifiesta un amor inmenso. *«El Señor Jesús, en la noche en que era entregado, tomó el pan, y después de haber dado gracias, lo partió y dijo: Este es mi Cuerpo, que es para vosotros: haced esto en memoria mía»* (1 Cor. 11, 24). Cristianos, qué violencia se encierra en las primeras palabras *«en la noche en que era entregado»*. En ella icuántas emboscadas le eran tendidas por aquel discípulo suyo que Él había beneficiado tanto! En ella el pueblo le preparaba innumerables insultos, oprobios, tormentos y la misma

muerte tan infame y cruel. Sin embargo, incluso en el momento en que se tramaban semejantes cosas contra Él, Cristo que *«escruta en el corazón y en la mente»* (Sal. 7, 10) de los hombres y ve todo claramente, incluso en aquel momento, en aquella hora estaba preparando para los hombres pecadores y hostiles a Él, beneficios impensables; nos daba para nuestra enfermedad una maravillosa medicina; nos proporcionaba para nuestra hambre un alimento suave. Hombre, mira cómo nos ha pagado a cambio de las injurias, con qué beneficios ha pagado las maldades. La meditación de esta hora debería encenderte de amor hacia Dios y moverte a amar a Aquel que te ha alcanzado con su amor a ti que lo entregas. ¡Maravillosa profundidad del amor! Ellos te están preparando la muerte, oh Cristo, y Tú lo sabes; sin embargo piensas en la vida para ellos. Te rodean de acechanzas y Tú decides liberarlos de los lazos de demonio. ¿De qué debo admirarme más? ¿De la ingratitud del traidor o de tu benevolencia? De esta última sin duda, porque es tu prerogativa tener compasión y perdonar. Has amado siempre a los hombres hasta el punto que con razón en otro lugar has afirmado: *«He venido a traer fuego a la tierra y ¡cómo quisiera que estuviera ya ardiendo!»* (Luc. 12, 49). ¡Cuánto lo has deseado, cuánto te has prodigado por esto, qué medios e instrumentos has usado! Escuchad, hijos, cuáles son. En primer lugar Dios creó al hombre de la nada y lo formó a su imagen y semejanza; lo colocó en un Paraíso de delicias; lo puso al frente de toda la creación; todo fue creado para su uso; pero, no contento con todo esto, puso al servicio del hombre a los mismos Angeles, criaturas inteligentes y tan elevadas, para que lo custodiaran, y le asistieran durante todo el transcurso de su vida. Pero todavía Dios consideraba todo esto una nada: personalmente quiso bajar del cielo sobre la tierra; se hizo hombre; no se negó a asumir todas las debilidades humanas. En su vida se entregó a nosotros como compañero de camino; en la muerte como precio de rescate; en el momento de separarse de nosotros se entregó en alimento en el Santísi-

mo Sacramento, prometiendo entregarse por fin, como premio en la gloria del cielo. Con razón podemos exclamar con el Rey y Profeta David: *«¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, y el hijo del hombre para que te preocupes de él?»* (Sal. 8, 5). ¿Por eso deseas tanto estar vivo en su pensamiento que te entregas a él en este maravilloso Sacramento? Tú que no tienes necesidad de nada, a quien pertenecen los cielos y la tierra, ¿Qué beneficio, qué honor, qué gloria puedes esperarte del hombre, ya que deseas tanto ser honrado por él? ¡Hijos, es necesario que conozcamos bien la inmensidad del amor divino! De aquí deriva el mayor bien para nosotros y por esta razón el Señor ha querido manifestárnoslo con signos y obras tan numerosas. Esto no es poca cosa y nosotros debemos esforzarnos por ser útiles para haceros crecer en el Señor. Por esto estamos siempre atentos. Y como la Santa Iglesia continua reflexionando sobre este Santísimo Misterio con el Oficio Divino y el Sacrificio de la Misa durante toda la presente Octava, así también nosotros nos hemos preocupado de que hoy el Reverendo Padre Francesco Panigaro-la, que vosotros conocéis bien, os hable en las horas de la tarde, de la dignidad, la grandeza y la utilidad de este Sacratísimo Misterio. Pero también nosotros, como conviene a nuestro encargo pastoral, el próximo sábado (día dedicado al Apóstol Bernabé a quien vosotros milaneses debéis estar muy reconocidos como padre de vuestros antepasados en la fe, el primero que predicó la fe cristiana en esta provincia, y plantó en ella las semillas de la religión) pronunciaremos una homilía sobre el mismo asunto. ¿Qué cosa espera la Santa Madre Iglesia con todo esto, sino que vosotros, hijos, apreciéis completamente un don tan grande, estéis agradecidos por él, gustéis su inmensa dulzura, y todo esto penetre en vuestro corazón? El cristiano debería por ello exteriorizar su máxima devoción por entender, delante del Santo Altar, que ha sido admitido ante la presencia de Dios. ¡Qué inmensa dignidad permitirnos estar ante Él cada vez que lo descendemos! La simple contemplación de su presencia tiene una fuerza in-

mensa y una gran eficacia. Cristo antes de ascender al Cielo, viviendo en medio de los hombres realizó numerosos milagros con su presencia física: devolvió la vida a los muertos, la vista a los ciegos, la salvación a los enfermos. ¿Cómo es posible que tu Santísima Presencia no haya podido romper nuestros corazones de hierro, no los haya dulcificado, no los haya dispuesto para dejar lugar dentro de sí al Espíritu Santo, cortando la unión de vida con el demonio?

Aquel Santo Siervo de Dios, que fue Bernardo debió oponerse, en Aquitania, al Conde Guillermo: un malvado que, viviendo en el Cisma, había pervertido todas las leyes divinas y humanas; había expulsado de sus propias sedes a muchos obispos, usurpado los bienes eclesiásticos, dañado iglesias, y no dejaba de hacer mal a todos los creyentes en Cristo. El, como un nuevo Faraón, era de corazón duro y ostinado: muchos religiosos, y entre ellos también Bernardo, habían llegado hasta él para apartarlo de sus malvados propósitos y reconducir a este hijo malvado al benévolo abrazo de la Madre Iglesia. Se cuenta que un día Bernardo, después de la celebración de la Misa, después del abrazo de la paz, teniendo en la mano al Santísimo Sacramento, se dirigió al Conde (que estaba fuera de la iglesia de la que era acérrimo enemigo) y le dijo: «Hasta ahora, oh Conde, te has opuesto siempre a los siervos de Dios; has despreciado sus palabras, los has cubierto abundantemente de injurias. Te hemos suplicado y nos has despreciado; en otro encuentro que hemos tenido contigo, la multitud de los siervos de Dios te ha suplicado pero tú no los has tenido en cuenta. ¿Serás tan malvado de no obsequiar como es debido al Señor de tus siervos que viene a ti personalmente? Él puede destruir tu cuerpo y mandar tu alma al infierno. ¿No temes a quien debe juzgar a los vivos y a los muertos? ¿No tendrás respeto de Aquel que es Dios, Hijo de Dios nacido por ti, que tanto ha sufrido y ha muerto? Helo aquí, ante ti ha venido el Hijo de la Virgen, que es Cabeza y Señor de la Iglesia que tú persigues. Tu Juez está en tu presencia: tu

alma va a ser puesta en sus manos. ¿Quieres despreciarte a ti mismo? ¿También lo despreciarás a Él como haces con tus siervos?

Fue tanta la fuerza de la visión del Santísimo Sacramento, tanto pudo su presencia, que quien hasta entonces se había comportado como un león, se hizo manso como un cordero. El que había tiranizado a todos en el bien y en el mal se hizo completamente obediente a las órdenes de Bernardo: devolvió a sus propias sedes a los Obispos que había echado, restituyó las ofertas sustraídas con engaño, se hizo reverente ante todos los religiosos, y convertido en un hombre totalmente nuevo, comenzó a palidecer, a tener frío, a temblar de miedo en todos sus miembros, tanto que ya no lo sostenían, hasta caer a la tierra como enloquecido. Levantado por sus soldados, cayó de nuevo hacia adelante, sin decir nada ni prestar atención a nadie; perdía saliva a lo largo de la barba, lanzaba profundos gemidos y parecía un epiléptico. Esto fue un cambio operado por la diestra de Dios: ésta es la eficacia vital de este Sacramento.

Que lo que os he dicho os conmueva y os enternezca cuando lo adoréis en público o veáis que es llevado a los enfermos por las calles de la ciudad; y cada uno de vosotros dirá: Éste es mi Dios, mi Señor, mi Pastor, mi Juez, Aquel que me recompensará, Aquel que pone su complacencia en estar con los hombres, que tanto gusta de estar con nosotros. Por su gracia desataré mi corazón de todos los intereses terrenos, y después de haberlo liberado, me esforzaré por llenarlo sólo con el amor de Dios. Que en mí cada cosa ceda espacio a Dios: Sométete al Señor, alma mía; de Él viene mi salvación.

Romped vuestros corazones, pecadores. Tantas veces el Señor os ha pedido por medio de sus siervos, pero vosotros lo habéis despreciado; os ha llamado de mil modos a la penitencia, pero no habéis hecho caso; ha intentado convertirlos mediante la predicación, los buenos consejos, las desgracias y las pestes, pero todo fue en vano. Ahora se presenta ante vosotros el Hijo de la Virgen, Él perso-

nalmente, hombre y Dios, en cuyas manos depositéis vuestras almas, Aquel que perseguís con vuestras acciones malvadas, provocáis con injurias e infamias, Aquel que blasfemáis, que no dejáis nunca de provocar. Vuestro Juez está presente: ¿también lo despreciaréis a Él? ¿No lo escucharéis?

Pero mientras llega el momento de que hagáis vuestra piadosa limosna para los pobres. Yo, enseguida, expondré brevemente las otras consideraciones.

SEGUNDA PARTE

Como os he indicado, en los dos próximos días festivos hablaremos de cómo aproximarnos a este Santísimo Sacramento. Digamos ahora algo sobre el honor que todos le deben tributar, a través del cual expresemos en ello, de modo excelente, nuestra piedad hacia Dios, ya sea cuando es llevado públicamente en procesión, ya sea cuando nos acercamos para recibirlo frecuentemente, fin para el que han sido instituídos estos misterios. Esta mañana habéis oído en nuestras palabras cómo la Santa Iglesia, mediante estas solemnes procesiones, hace solemne profesión de la fe cristiana que ha recibido, y proclama que éste es nuestro Dios, y no hay ningún otro fuera de Él. Como ha hecho siempre después que Cristo ascendió al cielo, el demonio arma a sus secuaces de manera siempre más violenta y tenaz, suscita continuamente nuevas herejías, para hacer inútil este medicamento y borrar de la mente del hombre el recuerdo de esta Santa Institución. ¿Qué cosa no hace o trama o intenta para obtener esto? Mirad vosotros mismos lo que ha realizado en tantas provincias cristianas: en Germania, en Inglaterra, en Flandes, en la vecina Francia. ¿Por qué vosotros por amor de Dios no deberíais armaros también para combatir más duramente, para vencer al demonio, para exaltar

este Santísimo Sacramento por medio del cual es robustecido cualquier mínimo aspecto de vuestra vida espiritual?

En cada Parroquia de esta ciudad han sido constituidas para tal fin tan abundantes Confraternidades y Sociedades; ipero cuántos inscritos faltan a su deber! Cuando el Viático es llevado a los enfermos, iqué pocos lo acompañan y, entre estos pocos, cuántos sin los cirios encendidos! El Rey del Cielo y de la Tierra se ha dignado a habitar en medio de nosotros y nosotros no nos dignamos a venerarlo. Por ello, para velar, cuanto es posible, por vosotros y vuestra salvación hemos dado disposiciones para fundar una Sociedad del Santísimo Cuerpo de Cristo en este Templo Mayor. A ella, como a todas las demás Sociedades de este tipo (en modo particular la que tiene su sede en la Iglesia de Santa Maria sopra Minerva, en Roma) concedemos y añadimos las indulgencias concedidas por los Sumos Pontífices Romanos, por la autoridad a nosotros concedida por el Santísimo Señor nuestro Gregorio XIII, por divina providencia Papa, actual Vicario de Cristo Nuestro Señor en la tierra. En esta sociedad del Cuerpo de Cristo nos esforzaremos por realizar perfectamente todas las cosas que es justo que sean hechas por los Hermanos de tal Sociedad. Entretanto os rogamos en el Señor, que atentos a vuestra salvación, os inscribáis en ella; que participéis en las procesiones mensuales según la costumbre; que acompañéis con la devoción que conviene al Viático que es llevado a los enfermos; y, finalmente que seáis asiduos a esta escuela de Cristo. Que no haya ninguno de vosotros que diga: Tengo que ir a una gestión... Estoy ocupado en muchos asuntos... ¿Acaso no es éste el asunto más importante de vuestras almas? ¿El asunto va a destruir la Escuela? ¿Los negocios terrenales van a impedir el culto a Dios? ¡Cómo así! Buscad primero el Reino de Dios y todo lo demás os será dado por añadidura, de manera que todo llegue a la prosperidad.

Hay algunos que cuando pasan ante el altar del Santísimo, donde reside Dios, apenas son capaces de arrodillarse: doblan una sola rodilla. ¡Desgraciados e infelices!

¡Cuántas veces Dios cae en tierra, prostrado, para vosotros y vosotros rehusáis adorar a Aquél ante el cual toda rodilla se dobla, en el cielo, en la tierra y bajo la tierra. Vosotros no estáis dispuestos a entregaros por entero a vosotros mismos y a vuestros bienes para darle gloria a Él. Vosotras, mujeres fatuas, tenéis en abundancia vestidos de seda y bordados de oro, anillos, joyas, perlas, collares, pendientes: son como mil lazos dorados con los que los demonios os tienen prisioneras. Y vosotros, hombres, encargáis que os diseñen cada día nuevos tipos de trajes y de calzados, mientras en vuestras Parroquias, sin cáliz, sin sagrario, está Cristo pobre y desnudo en altares desnudos. ¿Y no os conmovéis por tales cosas, no enrojecéis de vergüenza? En cambio el Santo David enrojecía cuando decía a Nathan que el Arca de Dios estaba todavía bajo un tienda de pieles, mientras él habitaba en una casa real; decía: *«Mira, yo habito en una casa de cedro, mientras el Arca de Dios está bajo una tienda»* (2 Sam. 7, 2). ¿No teméis ante el pensamiento de que, mientras vuestro cuerpo está cubierto de seda y de oro, el Cuerpo y la Sangre de Cristo están cubiertos sólo de paños de lino? Vosotros os entregáis a tantos placeres mientras muchos miembros de Cristo mueren de hambre en los Monasterios masculinos y femeninos. ¡Amor, amor es lo que necesitáis vosotros, corazones endurecidos, al menos un poco de amor! Si en vosotros hay una chispa de amor y no estáis totalmente desprovistos de ello –creedme– comprenderéis claramente que no podréis nunca entregar todo lo que deberíais por el honor de Dios y a causa de vuestra pequeñez.

Hijos, querría que vinieran a vuestra mente dos cosas cada vez que contempláis a Cristo en este Santísimo Sacramento; están contenidas en las palabras del Profeta: *«Si soy el amo, ¿dónde está el temor a mí? Si soy el padre ¿dónde está el amor que me espera?»* (Mt 1, 6). Milaneses, desde el Altar el Señor os habla así: ¡Sois unos desastres! Os he creado para mí, para ser vuestro último fin y vosotros pensáis en cualquier otra cosa, excepto en mí; os

he dado todo lo que poseéis y vosotros no queréis devolver ni siquiera una mínima parte al pobre que pide: él representa mi persona. ¡Sí! soy Yo quien pide. Bebéis la sangre de los pobres, pisoteando mis mandamientos, hacéis contratos ilícitos, violáis los días de fiesta consagrados a mí, pisoteáis mi honor. Si yo soy el Señor, ¿dónde está el temor de mí? Si soy el Padre ¿dónde está el honor que me espera? Hijos ingratos, os he mandado honrar a vuestros padres, para que caigan mis bendiciones sobre vuestras cabezas; guardar vuestros miembros puros y castos porque son Templos del Espíritu Santo. Vosotros en cambio os dejáis arrastrar sólo por los placeres, por las borracheras, por los abundantes banquetes. Si soy el Señor, ¿dónde está el temor de mí? Mujeres fatuas, os he creado como ayuda correspondiente al hombre; ¿por qué sois su perdición con vuestros lujos, festines, ornamentos, con vuestros cabellos trenzados, mediante los cuales, como si se tratara de firmísimas cuerdas, mantenéis atada su alma? ¿Por qué dedicáis al cuidado de vuestro cuerpo, que está destinado a perecer, el tiempo que deberíais ofrecerme para orar y venerarme? Si yo soy el Señor ¿dónde está el temor a mí debido? Si soy el Padre ¿dónde el amor que me espera?

¡Cuánto habréis aprendido hoy si comprendéis estas dos cosas —el temor de Dios y el amor a Él debido— y las esculpís en vuestro corazón como verdades absolutas! Diréis: Quiero dejar cualquier ocupación mundana; decido dirigir cualquier acción mía hacia el bien; prefiero desear la muerte antes que faltar en cualquier cosa al honor debido a Dios. Os será de gran ayuda en todo esto, el perseverar en el frecuente recibir la Santísima Eucaristía. Cristo mismo, en persona, os hará fácil todo lo que para el mundo es difícil y duro. El Profeta Elías (1 Re 19, 1-8), como habéis oído esta mañana en la primera lectura de la Misa estaba fuertemente abatido por las amenazas y persecuciones de la impía Gezabel, hasta el punto de estar desesperado. El Señor le envió a su Angel que lo despertó una segunda y una tercera vez y le dió de comer pan coci-

do bajo la ceniza. Por la fuerza de aquel pan, Elías caminó durante cuarenta días hasta que llegó al monte de Dios, el Oreb. Aquella Gezabel que es el demonio, el mundo y la carne ¡a cuántos pobres hombres asusta! ¡Qué difíciles hace para ellos los mandamientos de Cristo, qué difícil el humillarse, dejar las malas compañías, perdonar las injurias!

Recibid siempre con más frecuencia este Pan cocido bajo la ceniza, el Cuerpo de Cristo y su Sangre y, creedme, superaréis cualquier dificultad del camino; llegaréis finalmente al Monte de Dios, Oreb, aquella celeste Jerusalén donde podréis ver cara a cara, junto con los Santos Angeles, a Aquel a quien ahora véis bajo las especies del pan y el vino.

Que os lo conceda Aquel que ha muerto sobre el leño de la Cruz para que lo pudiésemos alcanzar: Cristo Jesús, bendito por los siglos. Amén.

DOMINGO II DESPUES DE PENTECOSTES

Homilía pronunciada en Milán en la Iglesia metropolitana 12 de Junio de 1583

«Mientras Jesús se sentaba a la mesa en casa, muchos publicanos y pecadores...» (Mt. 9, 10-13). Amadísimas almas, esta mañana el Evangelio nos narra el convite ofrecido a Nuestro Señor Jesucristo en casa de Mateo; a él vinieron muchos publicanos y pecadores, se sentaron a la mesa, atraídos por el ejemplo de Mateo de quien admiraban la imprevista conversión y el cambio de vida: él, a la simple orden de Cristo: «¡Sígueme!» se hizo discípulo suyo. Ellos mismos estaban atraídos por la enseñanza de Cristo, el único que tenía palabras de vida eterna. A la vista de esto, los Fariseos comenzaron a murmurar, diciendo a sus Discípulos: «¿Por qué vuestro Maestro come junto con publicanos y pecadores? Jesús los oyó, y dijo: No son los sanos los que tienen necesidad de médico sino los enfermos. Id pues y aprended lo que significa: Misericordia quiero y no sacrificios. En efecto no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores» (Mt. 11, 28). Estaba pues en compañía de los pecadores para llevarlos a penitencia.

Es cosa apropiada y oportuna que este relato venga durante esta Octava; este banquete al que muchos acuden, simboliza las riquezas de aquel Celestial Banquete que Cristo ha preparado para el mundo; a todos los invita

diciendo: «*Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré*» (Mt. 11, 28). Nuestro Señor admitía a aquella mesa a todos los publicanos y pecadores. ¿Acaso ahora deben acercarse a esta Sacratísima Mesa de la Eucaristía también los pecadores? ¿Pueden comulgar aquellos que están manchados de pecados mortales? ¡Ciertamente que no! Del modo en que hay que acercarse voy a hablaros, aunque de este tema os haya hablado ayer y anteayer definitiva y satisfactoriamente ese hombre lleno de religión que es el Padre Francesco Panigarola. Nosotros, sin embargo, para no faltar al deber pastoral, trataremos de modo breve sobre qué preparación es necesaria para recibir el Santísimo Sacramento y cuánto deseo debemos tener de comulgar frecuentemente.

Ayer habéis oído de manera amplia que no pocos son los Sacramentos instituidos para vivificar el alma, para librarla de la muerte del pecado y devolverle la vida de la gracia: son dos, el Bautismo en primer lugar, y la Penitencia. Pero la Eucaristía es un Sacramento de vivos y requiere que lo reciban los que están en estado de Gracia de Dios: ha sido instituida para alimentar y acrecentar su vida espiritual. Por eso quien permanece en la muerte, quien está en pecado mortal, que permanezca lejos de esta mesa. Que corra primero hacia la vida, es decir a la Penitencia, segunda tabla de salvación después del naufragio; que confiese, arrepentido, al sacerdote sus pecados y se proponga evitarlos en el futuro. El Sacramento de la Confesión es en efecto la primera y necesaria disposición para recibir bien la Eucaristía. Quien se atreviera a acercarse a comer el Pan que da la vida, permaneciendo en pecado mortal, que oiga como le habla el Apóstol Pablo, cuando habla de esta solemne institución: «*Que cada uno, por tanto, se examine a sí mismo y después coma de este pan y beba de este cáliz; porque quien come y bebe sin reconocer el Cuerpo del Señor, come y bebe su propia condenación*» (1 Cor 11, 28 s.). Peca contra el Cuerpo y la Sangre de Cristo; es reo ante Él porque no juzga, no discierne, no constata que está recibiendo el Cuerpo y la

Sangre de Cristo, es decir de Dios, Aquel que ha de juzgar a los vivos y a los muertos, que ha sufrido por nosotros, que reina en el cielo, fuente de toda pureza y candor. Pero el cristiano ¿podrá estar contento con esta sola preparación: la de no mancharse con pecado mortal? ¡Ciertamente que no! Hay otra mediante la cual recibirá la Eucaristía de modo más provechoso: se esforzará por limpiarse también de los pecados veniales o bien con la Confesión o al menos con un acto de arrepentimiento; porque éstos no hacen perder la gracia pero enfrían el amor por Dios. Quien no tiene en cuenta estas pequeñas culpas, poco a poco cae en aquellas más graves: como en efecto una larga enfermedad conduce a la muerte, así los pecados veniales preparan el camino a los mortales. Y como una gran cantidad de agua apaga el fuego, mientras que una pequeña sólo lo atenúa, así los pecados mortales quitan la Gracia y los veniales hacen al hombre cada vez más débil, más enfermo; hay que poner la máxima atención en curar esta enfermedad, también antes de la Santa Sinaxis, para que estemos preparados para gustar en nosotros sus frutos más copiosos. El Cristiano, hijos, en el acto de acercarse al Santo Altar, debe suscitar en sí algunos particulares y profundos sentimientos de devoción. Pueden ser incitados por consideraciones de este tipo: ¿A quién me acerco yo, pobre, indigno? ¿Quién es Aquel a quien voy a recibir? ¿Qué voy a hacer? He decidido nutrirme de Aquel que ha hecho el Cielo y la tierra con una palabra; por cuya providencia todo es regido y gobernado; que con un solo movimiento podría reducir todo a la nada; que posee todo dominio en el Cielo y en la tierra; a quien el Padre ha dado el poder de juzgar todo; a quien los Angeles desean contemplar y los demonios temen; a cuyo nombre se pliega toda rodilla en el Cielo, en la tierra y en los infiernos; ante quien finalmente en los Angeles hay imperfección, y tiemblan las columnas del Cielo, nuestras obras de justicia son como un paño inmundado; Aquel que juzgará a los vivos y a los muertos; que es fuente de todo candor y pureza y huye de toda mancha y

de toda suciedad. ¡Y yo, yo impuro, vilísima criatura mil veces caída en el pecado, me acerco para nutrirme de tal persona a Quien tanto debo, que me ha amado hasta el punto de dar su vida por mí y sufrir la muerte para darse como mi alimento!

Yo, ingrato, traidor, me acerco para alimentarme de este Pan. Así la meditación de su Majestad, del santo temor, la contemplación de su bondad y caridad, suscitarán en nosotros sentimientos de afecto por los cuales el hombre se prepara para recibir del modo más pleno la abundancia de los frutos celestiales. Como en las cosas comunes, donde hay una disposición mejor, se operan efectos mejores, así actúa también Dios. Y como las olas del mar llenan un vaso (según la medida de su capacidad), así también nuestro corazón, vaciado de las preocupaciones, de las tareas mundanas, de toda impureza, será colmado por el agua de la divina gracia que es un mar profundo e inmenso. Oh hijos, como os he dicho, este sentimiento devoto es muy útil; su falta, unida al desprecio del Sacramento, puede ser tan dañina que sumerja a los hombres en el pecado mortal. Por ello debemos estar muy atentos.

Amadísimos, debemos aquí llorar la miseria y la desgracia de algunos que probablemente están ya ausentes; ellos consumen el año entero en el desprecio de Dios; están ocupados en realizar innumerables injusticias, caen en toda culpa inmundada y en todo tipo de pecado. Pero, como se aproxima la Pascua, hacia el final de la Semana Santa, tan sólo para evitar las censuras eclesiásticas y no ser señalados con el dedo por la gente, llegan, justo el Jueves Santo, y en una horita quieren confesarse y comulgar. ¡Hombres desgraciados! ¡Están encallecidos en los pecados, han adoptado malas costumbres, se han enraizado en la maldad cotidiana y en un abrir y cerrar de ojos pretenden ser purificados y unirse a Dios! ¿Sabéis de dónde proviene tanta preocupación? Como los perros suelen volver rápido a su propio vómito, así éstos no se esfuerzan en prepararse y reemprenden rápidamente la vida de antes. En verdad que ellos se comen y beben su propia

condenación. ¡No con esta intención, no por este fin se debe comulgar, Hijos!

El recibimiento de la Eucaristía debe dirigirse como todas las demás acciones a la gloria de Dios, a su honor. Entonces se alcanzará la salvación del alma, será curada de su enfermedad, crecerá la gracia, la vida será conservada y acrecentada. Dios quiso que los hijos de Israel que iban a recibir la Ley estuvieran preparados y bien dispuestos de muchos modos. ¿Cómo podría tener una disposición menor de la debida quien va a recibir al Autor de la Ley y de la Gracia?

Debería deciros todavía muchas cosas a este respecto y podría exponeros muchos otros puntos de meditación a propósito de las actitudes que se deben tener al recibir la Comunión. Pero como sobre estas cosas os hablará más extensamente el Padre Religioso, las dejo a propósito de lado y os propongo meditar sobre cómo y con cuánta frecuencia se ha de usar de la misericordia de Dios.

SEGUNDA PARTE

Esta parte de la homilía es tan útil y necesaria que de ella no se debería tratar en una única predicación, sino cotidianamente: ¡en efecto, habla de nuestra vida! A quienes se alimentan de Él, el Señor en verdad les promete la vida eterna. Dice: «*Si alguien come de este pan, vivirá eternamente*» (Ju. 6, 52). Os lo hemos dicho ya y os lo explicaremos todavía: la Eucaristía ha sido instituida precisamente a este fin, para ser alimento. Los mismos beneficios que el alimento aporta al organismo son producidos por la Eucaristía para el alma. El hombre permanece vivo por dos principios: la temperatura de su cuerpo y el equilibrio de las secreciones interiores. El calor corporal es mantenido por estas secreciones y por ello las consume siempre: por ello el organismo tiene necesidad cada día

de alimento para recuperar este equilibrio. Como en una lámpara la mecha consume el aceite de modo que la lámpara se apaga si no se añade; y por otra parte, en un cierto espacio de tiempo, incluso añadiendo aceite, la mecha se consume; así sucede también en esa lámpara que es el alma. La mecha es la concupiscencia y la inclinación al pecado; el aceite es la Gracia divina; el calor corporal es el ardor de la concupiscencia; el equilibrio de las secreciones internas es la Gracia. Por ello si cada día no se consume nuevo alimento, es decir si no hay aumento de la gracia, prevalece la inclinación al mal debido a la concupiscencia y de pronto nuestra alma muere. La Santísima Eucaristía, este alimento nuestro, nos hace crecer en la Gracia; repara los daños que provienen de la concupiscencia. Y si el daño es continuo, ¿por qué no debe haber una reparación continua? Amadísimos hijos, ¿por qué razón pensáis que están escondidos misterios tan grandes bajo estas especies visibles del pan y el vino? Por ningún otro motivo sino que, así como diariamente son usados para nutrir el cuerpo el pan y el vino, así sea recibida cada día la Santísima Eucaristía. Pero tratemos de ver otro motivo de todo esto, confiando en la seguridad de esta verdad: todas las cosas se conservan con aquellos medios y modos con los que se difunden y crecen. Consideremos, os ruego, el comienzo y el florecimiento de la Iglesia primitiva: cómo se ha difundido y extendido tan rápidamente. En verdad no encontraremos otra causa sino que los Cristianos de aquel tiempo eran asiduos a la Fracción del Pan. (Ac. 2, 42).

¡Oh Milán! ¡El pueblo comulgaba diariamente: no sólo los Religiosos, los Sacerdotes, sino también los Laicos y quienes vivían en el mundo hacían así! ¡Y cómo crecía la Iglesia por esto! ¡Cómo se difundía la Iglesia, cuánta libertad interior al anunciar el Evangelio, cuánta constancia al soportar las persecuciones, cuánta valentía al enfrentarse a la muerte, cuánto desapego de las cosas humanas y de la misma vida! ¡De aquí Sebastián, conducido ante Diocleciano, tomó fuerza para denunciar su impiedad, a pe-

sar de haber sufrido ya muchos tormentos. De aquí Policarpo pudo decir a Marción que le preguntaba si lo conocía: «Reconozco al primogénito del demonio»!

De aquí Ignacio escribía a los Romanos: Pueda yo ser entregado a las fieras que me han sido preparadas; les pido que sean rápidas en devorarme, en despedazarme; prestas al deseo de descuartizarme. ¡Que no se les ocurra, como con otros mártires, no tocar mi cuerpo! Y si no quisieran venir, yo las obligaré, me arrojaré ante ellas para ser devorado. Ahora comienzo a ser discípulo de Cristo y no deseo nada de las cosas materiales, sino sólo a Jesucristo. ¡Fuego, cruz, descoyuntamiento, desgarró, tormentos por todo el cuerpo y todas las crueldades del demonio que vengan a mí: yo sólo quiero estar con Cristo!

De aquí Lorenzo, sacerdote de Cristo, apostrofaba a los que acudían al fuego y les gritaba: «Yo adoro a mi Dios y sólo le sirvo a Él; por eso no temo tus tormentos, tirano». Pero también ¡qué ánimo encontramos en las vírgenes y en las mujeres cristianas, que sólo es generado de la frecuente recepción de la Eucaristía! ¡Escuchad a Lucía! Al Prefecto Pascasio que le decía que habría dejado de hablar cuando comenzara a golpearla, respondía con decisión: «No pueden faltar las palabras a los siervos de Dios; Cristo nos ha asegurado: *Cuando seáis llevados ante los reyes y los magistrados, no penséis qué váis a decir o de qué modo váis a hablar. En ese momento se os dará lo que deberéis decir*» (Mt. 10, 18 s). Y añadía otras cosas de este género. Agnes, con ánimo invencible, frente a Sifronio, le replicaba: «No quiero rendir culto a Vesta, que no es sino una imagen de madera o piedra: Y si tú también quisieras atentar contra mi virginidad, conmigo está el Angel del Señor, guardián de mi cuerpo, que me conservará inviolada» ¡Con cuánta audacia Catalina se enfrentaba a Massencio!

¿Pero por qué pierdo el tiempo contándoos estos episodios de los que están llenos los libros? ¿qué hay que maravillarse de la fortaleza de los primeros cristianos, de ambos sexos, si se armaban para el martirio con este San-

tísimo Alimento, como Cipriano testimonia? ¡Y con razón! Este Pan de los fuertes, como la Escritura lo llama, proporciona fortaleza; por él eran más dulces que la miel y el panal las cuerdas, los cepos, las cadenas en las manos, la cárcel, los ayunos, el hambre, los largos días sin alimento, los insomnios, los agujijones, el patíbulo, los golpes de bastón, la espada, la cruz, la rueda dentada, las láminas incandescentes, las parrillas, los carbones, el fuego, las fieras, las masas de plomo y pez fundidos, las espinas y todos los demás innumerables tormentos. Ellos iban a la muerte con mayor ardor que con el que nosotros buscamos la vida.

En cambio ¡cuánta debilidad cuando se dejó de tomar frecuentemente este alimento; cuánta fragilidad, cuánta inseguridad, qué fácilmente pueden derribarse y abatirse los hombres! Apenas ven al demonio ceden y sucumben, dando la espalda a su Maestro, Jesús. Aquejados por un dolor mínimo, conmovidos por una palabra de nada, insultan y deshonran con sus blasfemias a Dios y a sus Santos; derraman la sangre de sus hermanos; rompen la concordia; desgarran los vínculos de la caridad; hacen cesar la paz; ya no viven del amor cristiano. Con el pretexto de un interés aunque sea pequeño o de una misera ganancia abandonan a Dios, desprecian al Cielo, prestan poca atención a los bienes eternos, a su propia alma, y se precipitan desastrosamente al infierno.

Cuando el Señor Jesús, según el Evangelio de Marcos, resucitó a la hija del Jefe de la Sinagoga, ordenó que se le diera de comer: por ello sabemos que nuestras almas no pueden permanecer vivas y fuertes por largo tiempo sin el alimento espiritual. Esto lloraba el Profeta Isaías: *«Por eso mi pueblo será deportado sin que ni siquiera lo sospeche. Sus mayores perecerán de hambre, su pueblo arderá de sed...»* (Is. 5, 13-14). La ruina de las ciudades y de sus pueblos tiene aquí su origen: los Nobles mueren de hambre, los magistrados no quieren comer porque desaprueban la frecuente recepción de la Santísima Eucaristía, precisamente ellos por cuyo ejemplo es gobernado el

mundo; se burlan de aquellos que comulgan frecuentemente, los califican como hipócritas y los llaman simuladores de santidad: así la gente les sigue. Por esta razón se ha extendido así el infierno, ha abierto por completo sus puertas y cada día traga y devora a tantas personas. Yo admito que en nuestra ciudad en estos años se han realizado muchas cosas buenas: muchos han retornado a dar frutos de bondad; a llevar una vida honesta y loable; a realizar numerosas obras pías; a rendir a Dios un culto más fervoroso; a observar más diligentemente las ceremonias religiosas; a estar más entregados a la oración, más asiduos en escuchar la Palabra de Dios, las prédicas y la doctrina.

Lo que ha sucedido confiemos en que suceda también en el futuro; pero cada vez que comprendemos que vamos a conseguir el resultado de nuestras fatigas y de nuestro esfuerzo, reconoceremos que lo hemos recibido sólo de la frecuencia asidua a estos Santísimos Sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía.

Milaneses, *«mirad la Roca de la que habéis sido tallados, la cueva de la que habéis sido extraídos»* (Is. 51, 1), medita sobre los orígenes de la Iglesia de Oriente, volved a pensar en las raíces de los frutos que véis entre vosotros y cultivadlos, abrazadlos. No faltará quien diga: «Comulgo frecuentemente, pero sigo frío o tibio: apenas reconozco en mí los beneficios». Precisamente esto es el fruto, el reconocer tu frialdad, tu debilidad. ¿Y quién mejor podría quitarla más eficazmente sino la Gracia y quien la concede, Cristo? Cada día cometes pecados (como dice S. Ambrosio): irécibelo cotidianamente! ¡Desgraciados de nosotros que somos tan perezosos en hacer lo que debemos, y encontramos mil excusas para ello! Comerciante, ¿qué dices? «Debo incrementar el comercio, debo estar en el negocio, debo realizar muchos asuntos... por eso no puedo comulgar». Trata de ver qué vacía y loca es esta excusa. Un comerciante es cristiano o no lo es. Si quieres ser cristiano y ejercer tu ocupación según las reglas prescritas por Cristo, ¿qué cosa te impide co-

mulgar cotidianamente? ¿Acaso si buscáis primero el Reino de Dios y su justicia no se te dará todo lo demás? En cambio si no quieres ser un cristiano, sino comportarte como un pagano y un descreído, mi palabra no es para ti: ya te has condenado con tu boca. Los Padres de la Iglesia, los Santos Doctores Gregorio, Agustín, Crisóstomo, Ambrosio profesan unánimemente y predicán lo mismo que yo os he dicho: ¡Este alimento debe recibirse muy frecuentemente!

Sé de otros que con toda probabilidad dirán que no aprueban la Comunión frecuente por el respeto que sienten hacia un Sacramento tan augusto. Pero también éstos se equivocan: los caminos de Dios son bien diferentes de los caminos del hombre. Si es verdad que la excesiva familiaridad entre los hombres genera falta de respeto, porque fácilmente llegamos a ver los defectos de aquellos con quienes vivimos muy unidos, el frecuentar a Dios, por el contrario, hace cada vez más grande, cada día, el respeto hacia Él; todos los que se aproximan a Él están obligados a admirar y a reconocer cada vez más la potencia, la sabiduría, la bondad, y gozando de sus dones, a amarlo y reverenciarlo más intensamente. Pero ya me parece que siento a muchos de vosotros, encendidos para recibir este Pan saludable, que me piden que les sugiera un horario fijo, que les de una regla precisa para nutrirse de la Eucaristía. No os la puedo dar. Esto es competencia de los Padres Espirituales de vuestras almas: ellos conocen mejor lo que es más conveniente para cada una de ellas. Pero les he indicado la regla universal del Beato Padre Ambrosio: que vivan de modo que puedan comulgar cada día. En efecto quien no está preparado para poder recibir diariamente este Santo Alimento, lo será todavía menos después de un año. Así se dice: Quien no lo es hoy, mañana lo será aún menos.

¿Cuál será la preparación digna de quien comulga en Pascua? ¿Meterse cada día en mil escándalos, envejecer en los pecados, adoptar malas costumbres, permitir que en nuestra alma se enraice fuertemente el demonio y lle-

que a ser sin obstáculos nuestro dueño? Por el contrario, quien se confiesa a menudo, quien comulga a menudo, tiene menos pecados y más rápidamente está bien dispuesto interiormente. S. Agustín nos aconseja que los laicos comulguen al menos cada semana, como se hacía en sus tiempos. Cuando recitáis el Padre Nuestro, Hijos, pedís que se os de el pan cotidiano; pedid al Señor este Pan, el que nutre vuestra alma. Cuando comencéis a recibirlo frecuentemente –lo se– no sentiréis inmediatamente los frutos inmensos que se derivan; pero debéis perseverar. También quien planta un árbol, lo riega y remueve la tierra entorno a él, no lo ve crecer de pronto y producir inmediatamente frutos. Hijos, hace falta paciencia y perseverancia.

Voy a acabar. Esto pido para vosotros, queridísimos, por la bondad de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Probad, experimentad! ¡Os lo ruego! Comenzad comulgando cada mes; después cada fiesta, y os daréis cuenta de qué cambio se produce en vosotros, cuando se transforme vuestra alma. ¡Gustad, gustad, abrid los labios, y experimentad qué suave y rico es el pan de Cristo! Lo que para la primitiva Iglesia era Cristo para nosotros es la Eucaristía; también su fuerza es la misma: recibiréis los mismos frutos. Pero no es suficiente recibir a Cristo: debéis conformar vuestra vida a Él. No es suficiente haber sido colmado con los dones del Espíritu Santo, si no se ponen a rendir fruto: «Por tanto si vivimos del Espíritu, caminemos también en el Espíritu» (Gal 5, 25). «Huid de las obras de la carne: la fornicación, la impureza, el libertinaje, la idolatría, las maldades, las enemistades, las discordias, las envidias, las disensiones, las facciones, las rivalidades, las borracheras, las orgías y cosas de este tipo» (Gal. 5, 19 ss.). Hijos, que el Señor os conceda abundar en el Espíritu, producir frutos del Espíritu: caridad, alegría, paz, paciencia, benignidad, bondad, magnanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad. Viviendo en el Espíritu, de forma que podáis caminar en el Espíritu. Que podáis ser colmados, por Su don, de la Gracia aquí en la tierra y de gloria en el Cielo. Amén.

AL PUEBLO DE ASCONA EN LA DIOCESIS DE COMO

**Homilía pronunciada durante la santa misa
el miércoles de la II domenica después
de Pentecostés
15 de Junio de 1583**

El motivo de nuestra venida entre vosotros, queridísimos hijos, es el realizar un piadoso Colegio y llevar a cabo la religiosa voluntad de aquel hombre que lo ha querido. Se añade también la razón de poder hacer de modo que la gente disfrute de los beneficios que Dios Nuestro Señor concede. He venido, enviado por el Santísimo Señor nuestro, el Papa Gregorio XIII, para decidir todo lo que se debe hacer e informar de cuánto sea oportuno a Su Santidad por carta.

Se añade además otro motivo más elevado: visitar todas estas regiones, por encargo del Santísimo Vicario de Jesucristo sobre la tierra; Él siendo Padre de todos, abraza a todos con un amor paternal de tal modo que envía a alguien a visitar a aquellos que Él no puede ver personalmente, dadas las múltiples tareas en las que está ocupado. A nosotros nos ha dado el encargo de una visita sistemática de estas tierras para proveer en ellas a todo lo que se refiere a la gloria de Dios y a la salvación de las almas. No podemos realizar todas estas tareas en la presente visita: he venido sobre todo por el primer motivo. Sabiendo sin embargo que tenemos un encargo preciso, no perdemos la ocasión de hacer algunas cosas que nos son posi-

bles; desde este púlpito os diré las pocas cosas que pueda comunicaros esta mañana y que esperamos os sean útiles en el Señor. En estos días el pueblo cristiano debería recibir más frecuentemente la Eucaristía: estamos todavía durante la Octava del Corpus Domini. En este periodo la Santa Iglesia exhorta a todos los que puede a honrar, también con la Comunión frecuente, a este Santísimo Sacramento. Es éste un gran don, Almas, testimonio insigne del amor de Dios por el mundo; después de tantos beneficios, tantos dones derramados, tantas gracias concedidas, se ha dejado a sí mismo como alimento a los hombres: *«Mi carne es verdadera comida –es Jesucristo mismo quien habla– y mi sangre verdadera bebida»*. (Ju. 6, 56).

Deseo intensamente que al menos quienes vayan a comulgar, mediten profundamente las palabras dichas por el Señor en la institución de este misterio y en ellas perciban la misericordia afectuosa y el amor de su alma. El Apóstol escribe: *«Hermanos, yo en efecto he recibido del Señor lo que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que era entregado, tomó pan, después de haber dado gracias lo partió y dijo: Este es mi Cuerpo, que es para vosotros; haced esto en memoria mía. Del mismo modo, después de haber cenado, tomó también el cáliz, diciendo: Este cáliz es la nueva alianza en mi Sangre; haced esto, cada vez que bebáis de él, en memoria mía. En efecto, cada vez que coméis de este pan y bebéis de este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que Él venga»* (1 Cor. 11, 23 ss.). Este don es tan grande que sería más oportuno adorarlo en silencio antes que intentar describirlo con palabras.

Pero fijáos en qué preciso momento ha sido instituido: *«En la noche en que fue entregado»*. Los impíos estaban meditando sobre su muerte, preparaban suplicios, insultos, vituperios y la cruz; Él en cambio preparaba para ellos un don tan grande y excelente. Su alma estaba angustiada; estaba triste hasta la muerte; sudaba sangre; pero estaba más preocupado por nuestra salvación que por su pasión. ¡Ved la grandeza de un amor que olvida

todos los sufrimientos, desprecia los peligros, se interesa solamente por la salvación de los hombres! Estaba apunto de morir pero no pensaba en la muerte. Amenazaban sobre Él mil peligros que preveía con el ojo de Dios, pero no trataba de evitarlos. Iba a ser entregado por el discípulo, y se afanaba por liberarnos de nosotros mismos y de las fauces del Enemigo. Estábamos amontonando para Él todo tipo de males y la muerte, y Él se entregaba como alimento a nosotros. *«El hombre, mientras estaba en una situación honrosa, no lo comprendió; fue asimilado a los animales que no tienen intelecto»* (Sal. 49, 13): fue obligado a comer el alimento de los animales privados de intelecto, precisamente cuando, para hacerse como Dios, quiso gustar el fruto prohibido.

El Hijo de Dios quería devolver al hombre a una dignidad semejante a la precedente, incluso mayor; por eso le preparaba un alimento celestial, el Pan de los Angeles, Él mismo, su Cuerpo y su Sangre como alimento. Y como por nuestra parte habría sido un ultraje el perder, en nuestro corazón el recuerdo de su amor, nos ha dejado un testimonio en este Santísimo Sacramento. Deberemos meditar cuánto le debemos a Dios por esto, cuánto estamos unidos a Él: si no, seremos sumamente ingratos. El Hijo de Dios se ha ofrecido una sola vez para nosotros sobre el Altar de la Cruz: una vez muerto no habría podido morir más. Era necesario descubrir otro modo mediante el cual poner ante los ojos de los hombres este maravilloso beneficio. Tal es el Sacrificio de la Santísima Misa en el que diariamente ofrecemos, en memorial y de modo incruento, a aquel Hijo de Dios que reina en el Cielo glorioso e inmortal.

De todo esto bien podéis comprender cómo aquellos cristianos que se acercan a la comunión en pecado e indignamente, cometen un crimen más abominable y más grave que Judas: traicionan al Señor una segunda vez. Este en efecto entregó a los Judíos al Hijo de Dios, mortal y sujeto al sufrimiento, que había elegido morir; éstos otros en cambio, entregan en contra de su voluntad, a las

manos de los pecadores y de los demonios, al Señor glorioso, que reina en el Cielo, no sujeto ya a la muerte, y en lo que respecta a su voluntad, lo crucifican mucho más cruelmente. Con mucha razón el Señor, que tanto nos ama, pide nuestro amor, el recuerdo de su bondad y el recibir asiduamente este santísimo don: es el modo más profundo de adorarlo. En la Santísima Eucaristía, escondido, están presentes totalmente Dios, y el Hombre Jesucristo; de su costado abierto que estaba clavado en la Cruz han fluido todos los Sacramentos, todos los dones celestiales, tan innumerables gracias. ¿Por qué no lo besamos, no lo abrazamos, no lo recibimos frecuentemente? A nosotros vuelve el mismo honor que le rendimos a Él, tenemos un maravilloso incremento de la vida espiritual y aumento de la Gracia divina. Nos unimos a Dios y somos transformados en Él. ¡Qué grandeza que el hombre sea divinizado! Pero ¡infelices y desgraciados aquellos que lo desprecian, y que no consideran estar alejados del mayor bien y, separados por las censuras y las excomuniones del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, no quieren tener a Dios como Padre! ¿Qué podemos hacer sin Dios, hijos? ¿Y qué males se nos avecinan, si nos enemistamos con la fuente de todo bien? ¿Sin la Vida podremos vivir? ¿Sin la Verdad, no andaremos errantes? ¿Sin el Camino no nos desviaremos para exponernos a las feroces rapiñas del demonio? ¿Hay que asombrarse todavía si en estos lugares, donde muchos hombres caen fácilmente en las censuras eclesiásticas y se dejan arrancar de la comunión con los cristianos como si fueran miembros podridos, se desata la peste, los campos no producen frutos, hay sequía, surgen discordias civiles, o suceden todo tipo de males que hacen apartarse de Dios y acercarse al demonio? Por la bondad misericordiosa de Nuestro Señor Jesucristo, que todos los cristianos huyan y teman estas censuras de la Iglesia. Esforcémonos por unirnos a Dios y no separarnos de Él jamás.

Pero, hijos, ¿qué daremos a cambio al Señor por todo lo que Él nos ha dado? Las palabras del profeta Miqueas

os sugieren lo que el Señor quiere de vosotros: «*El Señor está en litigio con su pueblo, intenta causa ad Israel*» (Mic. 6, 2). ¡Son tremendas estas palabras! Si el Señor dijera: «Voy a juzgaros para determinar lo que he hecho por vosotros y lo que vosotros habéis hecho a cambio, ¿qué pensaríais? ¿A dónde huiríais? S. Gerolamo asegura que es señal de gran humildad el aceptar ser juzgado junto a su siervo Aquel que tiene el poder de juzgar por derecho propio; de esto es prefiguración cuanto había afirmado por medio de su siervo Job: «...Si no he querido ser juzgado junto a mi siervo» (Job 31, 13). Él quiere combatir con nosotros la batalla del juicio, ser llamado al juicio junto con nosotros, para que no digamos de Él murmurando que se ha comportado injustamente con nosotros: ¡el camino del Señor es justo! Sin embargo nadie puede resistir a su ira; a sus pies se doblan los que sostienen el mundo; ¡a Él el Padre le ha dado toda facultad de juicio y Él tiene todo poder en el cielo y en la tierra! ¡Qué terrible es todo esto! Por ello el Profeta pedía: «No llames a juicio a tu siervo: ningún viviente es justo ante Tí (Sal. 142, 2). Y Micaías añade, presentándonos al Señor que habla: ¿Qué te he hecho yo, pueblo mío? ¿En qué te he molestado? ¡Respóndeme! ¿Porque yo fui quien te hizo subir de la tierra de Egipto, te redimí de la casa de la servidumbre y mandé a tu frente a Moisés, Aarón y María? Acuérdate, pueblo mío, de qué pedía Balac, rey de Moab y qué le respondió Balaam, hijo de Beor. Acuérdate de lo que sucedió desde Sitim hasta Guijal, para que reconozcas los beneficios del Señor» (Mic. 6, 3 s.).

Hoy el Señor os dice: Pueblo mío, que has sido mi predilecto después de Israel, ¿qué te he hecho? O más bien, ¿qué beneficios no te he proporcionado? ¿qué podría haber hecho aún, y no he hecho? ¿Acaso no es el Señor quien ha realizado en nosotros todas nuestras obras, y por Él hemos sido colmados de todo bien? Ha creado todo lo que existe en el cielo y en la tierra para nuestro uso; ha creado a los Angeles como servidores nuestros. Finalmente nos ha dado su cuerpo y su sangre: ¿Qué más

queremos? «*¿En qué me he comportado mal contigo?*» ¿Qué mal nos ha hecho quien ha entablado batalla tan grande contra Satanás, en la cual ha triunfado sobre él, para vengar las heridas traídas al género humano? «*Te he sacado fuera de la tierra de Egipto*», es decir fuera del pecado y de los deseos mundanos; «*de una casa de esclavitud*» donde servías en el fango; «*te he liberado*»: habiéndote desatado de la esclavitud del demonio y de las obras de la carne, te he dado la libertad. Y, si en el futuro permanecemos en su palabra, nos haremos verdaderamente libres.

Amadísimos, el pueblo judío, habiendo sentido cuál es la justicia de Dios, se arrepintió y comenzó a preguntarse qué podía hacer para aplacar al Señor. Por eso el profeta añade: «*¿Con qué me presentaré ante el Señor, me postraré ante el Altísimo? ¿Me presentaré ante Él con holocaustos, con corderos de un año?*» (Mic. 6, 6). ¡Admirad una vez más la benevolencia de Dios! El Señor no podía ser aplacado con millares de carneros, o con millares de grasientas cabras. Él mismo enseña a aquel pueblo, y por consiguiente a nosotros, qué es lo que desea. Dice: «*Hombre, se te ha enseñado qué es bueno y qué pide el Señor de ti: practicar la justicia, amar la piedad, caminar humildemente con tu Dios*» (Mic. 6, 8). Nos da tres mandamientos que, si se practican, nos colocan en la justa perspectiva frente a nosotros mismos, el prójimo y Dios. Ante todo, quiere que practiquemos el juicio y la justicia. La capacidad de juzgar entre las dos partes de las que estamos constituídos: el cuerpo y el alma: debemos tratar de ejercer los derechos de cada una, y valorar sus competencias: reconozcamos la dignidad del alma creada a imagen de Dios, y reconozcamos la debilidad de la carne. Practicando la justicia, obliguemos a la carne a servir al espíritu y al cuerpo a servir al alma. Pero, ¡ay, cuánta injusticia reina ahora sobre la tierra! La que es dueña está obligada a servir, y la carne, que debería ser servidora, tiraniza a su dueña, las cosas del cielo están sometidas a las de la tierra; las que pasan son preferidas a las eternas; se

ignora la palabra de Dios; se desprecian sus mandamientos; se violan los días consagrados a Él; donde hay una pequeña ganancia se pervierten incluso las leyes; muchos se entregan a las comilonas y las borracheras y olvidando la propia dignidad, llevan una vida de animales; hasta el punto de que, si se hiciera comparación entre éstos y hombres de este tipo que permanecieran en silencio, exteriormente no se percibiría ninguna diferencia, excepto en el uso de la palabra. ¿Qué ejemplo dan ciertos padres desgraciados a sus hijos si los educan mediante malos comportamientos? En la Escritura el Señor exclama: ¿A quién los ayes, a quién los lamentos, a quién las contiendas, a quién las quejas, a quién las heridas sin causa, a quién los negrales en los ojos? A quien se para mucho ante el vino, a los que se van en busca de la mixtura (Prov. 23, 28-30). De aquí nacen las familias arruinadas, los patrimonios dilapidados, los litigios, las querellas y todos los males. ¡No es esto el practicar el juicio y la justicia, hermanos! Así no se huye de Dios que vendrá como juez: es necesario que comáis y bebáis cuanto es suficiente para vivir, no que viváis de modo animalesco para comer. Hay que controlar los instintos desordenados: sólo así habrá para nosotros un juicio justo.

En segundo lugar, el Señor nos pide que dirigamos diligentemente nuestro ánimo hacia la misericordia para con el prójimo, de modo que por medio de ella realicemos todas las obras de caridad, como a personas que han sido creadas como nosotros para Dios, redimidas por la sangre de Cristo, alimentadas por la misma Madre Iglesia. Con el prójimo hay que mantener relaciones de caridad, gozando de su bien, entristeciéndonos del mal, huyendo de toda pelea, contienda o rivalidad.

A estas cosas sigue la tercera cosa que el Señor nos pide: caminar solícitamente con Dios, del mismo modo que un buen hijo respeta en todo a su padre: lo teme, lo ama, lo reverencia, lo honra. Es necesario pues que nosotros tengamos la misma actitud hacia Dios. Si nos comportamos así, iqué buenas consecuencias se derivarán de ello! Reco-

noceremos y respetaremos como representantes de Dios a los Sacerdotes; admiraremos su autoridad divina sobre nuestras almas; los escucharemos cuando nos explican las leyes de Dios; en una palabra, demostraremos tener un espíritu de Hijos de Dios.

Esta solicitud por Dios es conveniente para todo cristiano, pero a vosotros, habitantes de Ascona, se os pide de modo más particular: con vosotros, entre todos los demás pueblos, el Señor se ha mostrado más generoso y ha mostrado su caridad paterna de modo especial: en efecto se ha dignado a tocar el corazón de uno de vuestros ciudadanos y lo ha llevado a dejar en testamento una heredad tan amplia con la que es posible edificar este Colegio y asignarle una renta de modo que vuestros hijos puedan ser educados en las letras y las costumbres cristianas. ¡Beneficio insigne y don singular! Tan grande, me atrevería a decir, que no podía sucederos nada más útil. ¡Cuánto avanzarán por esto vuestros hijos, siervos de Dios, de modo que en el futuro os puedan enseñar la palabra de Dios y guiar vuestras almas! ¡Cuántos beneficios se derivarán para vuestras familias, para toda la ciudad y también para los vecinos! Vosotros mismos bien podéis ver cuántas desgracias actualmente se abaten sobre el mundo cristiano y, de modo particular, sobre esta región vuestra. Muchos lugares y ciudades resienten el descuido en la educación de los niños. A esta falta vuestra el Señor se ha dignado a poner remedio con ventaja y honor para vosotros. Entonces reconoced esta benevolencia paterna: responded al amor con amor, para que no sea demasiado severo, cuando os pida cuentas, si os habéis mostrado ingratos, Él que ha sido magnánimo en sus dones.

Para vuestra consolación espiritual, os diré esto: sabemos ya desde hace mucho tiempo el cuidado que habéis puesto en buscar buenos maestros para educar a los jóvenes: también gente muy alejada sabe qué preocupados habéis estado por todo esto. Y así desde muchos lugares y desde el mismo Milán se os han mandado hijos para educar. El Señor apoya este propósito vuestro y vuestra buena volun-

tad. Abrazad pues cordialmente esta empresa, no la privéis de vuestra atención; y si se deriva para vosotros alguna carga financiera, no escatiméis en los gastos, para que esta obra se realice: ponéos ante los ojos sólo las ventajas y las comodidades futuras. Sed generosos en las cosas que se refieren a la promoción del respeto a Dios: tendréis el fruto y el mérito de ello. Proponéos también en esta ocasión, como en todas las otras, el solo objetivo de obtener la salvación de las almas, la gloria de Dios, y la pía educación de los hijos. Reconoced los beneficios y no seáis ingratos. ¡Ay de los ingratos! Dios, dador de todo bien, les quita toda gracia.

Vivid como para poder recibir cada día dignamente el Cuerpo Sacratísimo de Cristo. En todas vuestras acciones y ocupaciones tened siempre solicitud y temor de Dios, vosotros campesinos, o vosotros comerciantes, o vosotros pescadores. Todos vosotros preguntáos siempre si las cosas que hacéis, de cualquier tipo que sean, son contrarias a Dios, y huid de ellas. En cambio si son acordes con su voluntad, buscadlas: aceptad con ánimo sereno la pobreza, cuando Dios así lo quiere; y sed capaces de sufrir la muerte antes que alejaros del más mínimo mandamiento de Dios. «*¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si después pierde su alma?*» (Mt. 16, 24).

He querido deciros estas cosas en esta ocasión. Muchas más os diré y mucho más haré por vosotros, si, por gracia de Dios, puedo volver a visitaros de modo más completo a vosotros y a vuestra región. Pido a Dios Bueno y Grande, hijos, que ha mostrado su gran amor por vosotros, que en su benevolencia os quiera dar su Espíritu Santo: guiados y educados por Él, seréis justos jueces de vosotros mismos; hacia el prójimo seréis como madres; honraréis a Dios como hijos justos, de modo que Él, en el día del juicio final, reconociéndoos como a sus hijos, os llame hacia Él con estas palabras: «*Venid, benditos de mi Padre, recibid en herencia el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo*» (Mt. 25, 34). Esa semilla que ahora esparcéis llorando, será entonces buen grano que recogeréis con alegría. Amén.

AL PUEBLO DE CANNOBIO DE LA DIOCESIS DE MILAN

Homilía pronunciada en la iglesia prepositural antes de la procesión en la Octava del Corpus Domini 16 de Junio de 1583

«Te conjuro delante de Dios y Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y muertos, por su aparición y por su reino: Predica la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye, enseña, exhorta con toda longanimidad y doctrina» (2 Tim. 4, 1-2): así, amadísimos, escribe el Apóstol Pablo a su discípulo Timoteo, Obispo. Este es el primer deber impuesto también a nosotros, Pastores y Obispos; no debemos jamás dejar pasar ninguna ocasión en lo que se refiere al gobierno de las almas confiadas a nosotros para dirigir las por el camino de la salvación. En cualquier lugar debemos predicar el Evangelio, en cualquier parte proclamarlo con asiduidad, ya sea cosa oportuna o inoportuna: debemos forzar a las almas de modo que entren en el camino de la salvación. Movidos por este motivo, así como vemos a muchos participar en gran número y con asiduidad en la Procesión del Santísimo Cuerpo de Cristo, nos ha parecido necesario pronunciar ante vosotros una homilía. Y la pronunciaremos también mañana, si venís a la iglesia. Será una especie de visita pastoral, aunque no completa, de este lugar. Movidos pues por nuestro deber pastoral, por esta procesión que vamos a realizar y por la ocasión de la visita actual, hemos considerado que valdría la pena hablaros brevemente, duran-

te esta Octava Santísima, de un Sacramento tan grande.

En esta Sagrada Solemnidad, que la Santa Madre Iglesia celebra durante estos días, están escondidos muchos misterios: En efecto ella se esfuerza, con todos los medios y modos que le son posibles, por atraer a todos, como por medio de dulcísimos lazos, a frecuentar y a la plena devoción de este Santísimo Sacramento. ¿Pensáis acaso que no hay razones verdaderamente profundas para hacer celebraciones durante ocho días, encender tantos cirios, y llevar a lo largo de las calles de tantas ciudades, pueblos y lugares la Santísima Hostia de un modo tan solemne? Ciertamente no. Es en efecto un don singular de Dios, un favor elevado que sobrepasa toda comprensión, el que Cristo, el Hijo de Dios, se nos haya dejado a sí mismo por completo como alimento para nosotros: Él que reina glorioso en el cielo a la diestra del Padre, que es adorado por los Querubines, por los Serafines y por todos los Coros Angélicos, beatificados por su visión. Y sin embargo no ha considerado indigno el permanecer para siempre con nosotros en la tierra. ¡Qué inmenso beneficio poder gozar de Dios a nuestro placer, verlo siempre, hablar con Él!

Si alguno de vosotros gozase de tanta estima y autoridad ante nuestro Rey, el duque de Milán, como para poder tener libre acceso ante él cada vez que quisiera, y tuviera la posibilidad de entrar cuanto quisiera en Palacio y en las estancias particulares y hablarle, ¡cómo sería animado por todos! Muchos se dirigirían a él y se considerarían afortunados si gozaran de la estima de un hombre tan importante. Sin embargo también el Rey es un hombre y antes o después morirá: *«Mil años son como el día de ayer, que ya pasó»* (Sal. 90, 4). Y nosotros ¿estimamos en tan poco el poder ver presente sobre el Santo Altar, hablar, contemplar no a un hombre que es Rey, sino al Rey de Reyes que gobierna sobre todo Reino, el Eterno e Inmortal Señor Dios? Y, aún más, el poder transformarse en Él y ser divinizados? ¿No era suficiente y absolutamente superfluo el más pequeño de los gestos de benevolencia que ha realizado para nosotros que no merecemos

nada de todo esto? En efecto ¿quién puede decir que le ha dado algo antes a Él? No ha sido poca cosa que el Hijo de Dios haya tomado la forma de esclavo por nosotros, se haya revestido de carne humana, haya estado visible treinta años sobre la tierra, haya muerto. Sino que subiendo al cielo para enviarnos al Espíritu Santo, ha querido dejarse a si mismo por entero como prenda y alimento: prenda de la gloria eterna y alimento de nuestras almas. Escuchad con qué espléndidas palabras la Iglesia nos muestra este eximio don: «Oh Sagrado Convite en el cual se recibe a Cristo (observad cada palabra, medita el misterio!); se renueva la memoria de su Pasión. La mente se llena de gracia; se nos da como prenda de la gloria futura». ¡Sobre esto tengo más necesidad de meditar que de hablar! ¿Qué voz o qué lengua podrá contar los dones que proporcionas a tus fieles, oh Cristo Rey, en este Sagrado Convite? Todos estamos obligados a exclamar con el Rey y Profeta David: *«¿Qué es el hombre, para que de él te acuerdes, ni el hijo del hombre para que tú cuides de él?»* (Sal. 8, 5). ¿Qué es, qué es el hombre, oh Dios bueno? Nada antes de la creación; un trozo de tierra, cuando lo creaste, un alma creada, salida a imagen tuya; pero cuanto mayor era la dignidad en la que estaba, tanto más ha manchado el alma con sus pecados. *«¿Qué es el hombre?»* sino un pobre animal, desgraciado y sujeto a mil enfermedades?; *«para que tú te acuerdes»*, y de un modo tan admirable. Ciertamente grande, porque si una madre puede olvidar a su propio hijo, tú no te olvidarás nunca de él. *«¿Y el hijo del hombre para que te acuerdes de él?»* haciendote hombre, dándole tu Espíritu Santo, estando a su puerta y llamando, dandote finalmente en alimento para él; su Carne es verdaderamente su alimento, tu Sangre es verdadera bebida.

Oh cristiano, esta meditación nos debe despertar a una devoción mucho más grande y a un afecto más decidido. Él derrama sobre nosotros innumerables riquezas, nos entrega todos sus tesoros; ¿cómo no nos va a dar, junto con él, cualquier cosa Él que se ha dado a si mismo?

¿Podrá el hombre olvidarse de su Dios, su creador y benefactor?

«*Péguese mi lengua al paladar, si yo no me acordase de ti*» (Sal. 137, 6), Señor, que me olvide de mí, antes que de ti: Tú debes ser máspreciado para mí que yo mismo. Pues de mí deriva toda mi desgracia, mientras que Tú sólo eres mi ayuda; Tú eres la fuente de todo mi bien, yo en cambio soy el artífice de mis desgracias.

Pero no quiero dedicar mis palabras con vosotros a los pecadores recalcitrantes, aquellos que han tocado el fondo de la maldad y se glorían en sus culpas, alegrándose cuando hacen el mal. Quiero dedicar mi discurso a aquellos que no son ni cálidos ni fríos, a los tibios y a los divididos en su corazón, que en ciertos momentos creen, y cuando se acerca la tentación, vacilan. Son aquellos que quieren agradar a Dios y a los hombres y acaban por desagravar a ambos; se sumergen tan profundamente en los asuntos mundanos que no tienen tiempo para las cosas del espíritu; preguntados por qué no dicen las oraciones de la mañana y de la tarde, por qué no hacen examen de conciencia, por qué no se acercan más asiduamente a la Santa Sinaxis, tienen siempre a punto «*motivos para excusar los pecados*» (Sal. 141, 4): Tienen negocios y ¡cuántos trabajos comporta el ejercicio de mi profesión! Casi no tengo tiempo de comer; ¿qué tiempo puedo dedicar a lo que me habéis indicado? Uno cultiva el campo y tiene arrendada una parcela de terreno: en los días de fiesta siempre hay algo que hacer y si lo aplazo, el heno se pudre, me pisan la mies, el grano se estropea, las uvas no maduran suficientemente. Pero ¿no véis, desgraciados, que Dios es mucho más que el heno, que el grano y que la uva, Él que os concede todo esto y que, olvidado por vosotros, puede quitároslo? ¿Y nuestra alma deberá estar ligada a las penas eternas a causa de un carro de heno o de grano, y arder eternamente? Pero todo esto se descuidada.

Cristiano, si el amor es incentivo del amor, si el amor es el precio del amor, si el amor exige amor, ¡qué amor te ha mostrado Cristo!

Ninguno jamás pudo tener «un amor más grande que éste: el de entregar la vida por sus amigos» (Jn. 15, 13). Cristo ha dado la vida por tí, que eras su enemigo; por tí se ha inmolado el Cordero inmaculado; por tí ha derramado su Sangre, toda la Sangre que le había quedado en el Cuerpo. ¿Cuánto le debes pues, ingrato? ¿Y consideras una indignidad de poca importancia el no hacer el bien a cambio de los beneficios que se te han hecho? ¿No devolverás nada por la inmensidad que has recibido? ¿serás siempre tan descuidado?

Te ha querido tanto que ha querido poner su complacencia en habitar con los hijos del hombre. (Cfr. Prov. 8, 31). ¿Tú te niegas a quien te ama de un modo tan elevado, impetuoso y benévolo? No es así, hijos, no es así: levantad las manos inertes, asegurad las rodillas que se tambalean para no tropezar después en los dos caminos. Caminad con vuestros pies, y que nada os haga tibios o fríos: que cualquier otra cosa ceda el paso a esta tarea primera. Sois antes de todo cristianos y no comerciantes: la primera profesión no es negociar sino ser religiosos. ¡Y no dudéis! Nada es más fácil que vivir como cristianos, mientras que, por el contrario, «el camino de los pecadores está enlosado, pero su fin es la sima del Ades» (Ecl. 21, 11). ¿Queréis ir hacia piedras, cardos y espinas? Uno roba y hurta furtivamente los bienes a otro. Sepa que, si no los devuelve, el pecado no le será perdonado: teme el patíbulo, si es denunciado; si no lo devuelve, es como si cobijase en su seno una serpiente. Otro está entregado a las obras de la carne. Su conciencia lo acusa siempre, sus sanos principios le reprochan como si se le dijera: ¿Qué será de ti, si el Señor, mientras duermes te pide la vida? ¿No arderás en el fuego eterno? ¿Crees que vas a ser el primero que, acostándose sano, es hallado muerto a la mañana siguiente? Los bienes ajenos hacen siempre sentirse mal al envidioso. ¿No muere de rabia el soberbio, lleno de viento y de humo, porque no triunfa? Para los impíos no hay paz ni alegría (Cfr. Is. 48, 22).

Reflexionad sobre qué piedras y espinas recubren el

camino de los pecadores: ellos no han obtenido nada por sí mismos y dicen haber obtenido todo con su actividad, o del mundo o de otros, antes que de Dios. De ellos bien dice el Profeta Oseas: *«Me iré tras de mis amantes, que ellos me dan mi pan y mi agua, mi lana y mi lino, mi aceite y mi bebida. Por eso yo (añade el Señor) voy a cercar su camino con zarzas y a alzar un muro para que no pueda ya hallar sus sendas. Irá en seguimiento de sus amantes, pero no los alcanzará.* (Estas palabras no os podrían ser explicadas ni siquiera con discursos que duraran más días: os sea suficiente el leerlas). *Entonces dirá: Voy a volverme ahora con mi primer marido, pues mejor me iba entonces que me va ahora. No ha querido reconocer que era yo quien le daba el trigo, el mosto, el aceite; y la plata que yo pródigamente le dí, igual que el oro, se lo consagró a Baal. Por eso voy a recobrar mi trigo a su tiempo y mi mosto a su sazón, y me tomaré mi lana y mi lino, que habían de cubrir su desnudez, y voy a descubrir sus vergüenzas a los ojos de sus amantes. Nadie la librará de mi mano. Haré cesar todas sus alegrías...»* (Os. 2, 5) y lo que sigue.

Esto, hijos, es el fruto de una diligencia desmesurada que os lleva, mientras buscáis las cosas terrenas, a olvidar las eternas. Por el contrario, ¡qué suave es la vida espiritual de quienes la buscan! Quien no la prueba la ignora. ¡Cuánta paz, cuánta concordia, qué decoro en aquellas casas que están deseosas de recibir frecuentemente los Santísimos Sacramentos, que rezan por la mañana y por la noche, que viven de sus fatigas! Allí hay siempre acciones de gracias, bendiciones, alegría y gozo. Admirad cuántos beneficios ofrece el Señor a quienes lo temen. Meditad cuántos Él mismo enumera en el libro del Eclesiástico, aunque ahora no voy a detallarlos, porque se hace tarde. Sólo uno no puedo dejar pasar en silencio. Cuando incluso los justos temerán en el tiempo en que ninguno más podrá ser ayudado y todos tendrán necesidad de ayuda aún más grande, entonces *«al que teme al Señor le irá bien en sus postrimerías, y el día de su fin*

hallará gracia» (Ecl. 1, 11). El no será atormentado por el remordimiento de conciencia, como normalmente temen mucho los hombres, y recibirá la recompensa de haber sido visto en el mundo justo y piadoso. Por el contrario, ¡ay de aquellos, que dejando el camino de la justicia, se han desviado por caminos de maldad! ¿Qué harán cuando Dios, que ahora parece desinteresarse por las acciones humanas y no pedir cuentas, valore las acciones de cada uno, recompense según los méritos reales y declare sus justas sentencias? El Señor es magnánimo y nos espera para la penitencia: pero éstos abusan de su paciencia y acumulan condenas para el día de la ira. El Señor les dirá: *«Creíste que de cierto era como tú. Yo quisiera corregirte poniendo esto ante tus ojos»* (Sal. 50, 21). Preparaos, hijos, en el día de vuestro examen, para no quedar confundidos, cuando Aquel que escruta los corazones y las mentes, examinará meticulosamente no sólo lo que habéis hecho, sino también con qué o sin qué intención habéis actuado.

Ahora es el momento de seguir todos en procesión el Cuerpo Sacratísimo de Cristo. ¡Cuántos, sin embargo, de entre vosotros no están inscritos en la Confraternidad! ¿Y a quién querrán servir, si no se dignan a ponerse al servicio de Dios que es Rey? ¿De qué otra cosa de igual valor se ocuparán, si no tienen en cuenta los tesoros tan insignes de las Indulgencias concedidas? ¡Con cuánto respeto y honor debemos seguir todos al Hijo de Dios con los cirios encendidos: ellos simbolizan la religiosidad del espíritu. Veo a muchos de vosotros preparados para hacer así, y me alegro de ello; pero veo también a otros que no lo hacen y me duelo no poco. Cuando Jesús estaba en la tierra, devolvió la vista a los ciegos y el oído a los sordos, a los enfermos la salud y la vida a los muertos: ha hecho muchos milagros con su presencia física. ¿Qué pensáis que puede hacer en vuestras almas ahora que reina glorioso en el cielo, sin estar ausente de la tierra, si no está lejos por vuestra causa? El Arca de Dios, entrando en la casa de Obed-Edom (2 Sam. 6, 11) dejó tantas bendiciones.

¿Qué podrá hacer en vosotros no un arca de madera, sino el Hijo de Dios, si lo recibís dignamente? Muchos enfermos fueron sanados de todos los males que tenían tocando las ropas de hombres santos; y ¿habrá algo que no obtendréis vosotros que no sólo tocáis sino que coméis al Santo de los Santos?

Así pues, hijos e hijas amados en el Señor: abrid los ojos de vuestra mente: Ved cómo ante el Altar de Cristo Rey y en la Casa de Dios, es necesario un gran respeto, una actitud religiosa también exteriormente, con la cabeza cubierta para no ofender a los Angeles y a su Señor: cómo deben estar recogidos el cuerpo y los pensamientos. La Eucaristía Santísima es un alimento y ¿para que sirve el alimento sino para ser comido? Así pues aquellos que han comulgado hasta ahora cada mes o cada quince días, de ahora en adelante lo deben hacer cada día de fiesta. Aumentarán en Gracia, avanzando en el camino del Señor y acumularán mayores grados de gloria en el Cielo. Que el Señor Jesucristo se digne concederos esto, él que ha querido entregarse a si mismo en alimento para nosotros, él bendito por los siglos. Amén.

DOMINGO III DESPUES DE PENTECOSTES

Homilía celebrada con ocasión de la institución de la Sociedad del SS. Sacramento en Milán en la iglesia metropolitana durante la celebración de la Sta. Misa 19 de Junio de 1583

En la lectura de la Misa de hoy hemos oído las palabras del Apóstol Pablo a los Romanos: *«Por esto Cristo ha muerto y a resucitado a la vida: para ser Señor de vivos y muertos»* (Rom. 14, 9). Este es el fin y la causa de todos los gestos y misterios de Cristo. Por este motivo ha venido del cielo a la tierra; se ha hecho hombre, ha nacido, ha permanecido entre nosotros, ha sufrido mucho, ha muerto y ha resucitado; ha subido al cielo, ha enviado a su Espíritu: para ser el Rey Supremo y el Señor de los vivos y de los muertos. También su Santa Esposa y nuestra Madre, la Iglesia Católica, se propone el mismo fin, poniendo ante nuestros ojos los variados misterios que celebra en las multiples solemnidades durante el año. Y también nosotros tenemos nuestra parte que cumplir, amadísimos hijos, orientándonos hacia el mismo fin y preparándonos para estos misterios. Y como entre estos misterios que últimamente hemos celebrado, el último fue el de la institución de la Eucaristía, mediante la cual Cristo Dios nos ha manifestado su inefable amor y ha abierto las entrañas de su inmensa caridad, nos parece justo mover vuestras almas a entregaros a cambio de tan gran bondad, porque el amor pide amor.

Hoy (día sagrado y solemne, dedicado a los mártires Gervasio y Protasio, patrones de esta ciudad; por eso con mayor gusto es dedicado por nosotros a la difusión de la fe cristiana para que todos los que pertenecen a esta Confraternidad encuentren gozo en ello), hoy, ha sido instituida en este Templo Mayor la Santa Confraternidad de la Santísima Eucaristía: por este gran don nosotros, y vosotros que participáis conmigo, ofrezcamos esta Sagrada Celebración y nuestras acciones de gracias.

En el breve sermón de hoy hablaremos de dos cosas que se refieren a este hecho: ante todo de cuán grande es la dignidad, excelencia, utilidad y alegría de aquellos que se han inscrito o se inscribirán en esta Sacrosanta Sociedad; después de cómo debe ser su vida y su comportamiento.

Estad atentos, pues, a lo que digo. Ciertamente era grande el sentimiento de amor de aquella Esposa, signo de la Iglesia, que deseaba intensamente unirse a su Esposo: *«¡Quién me diera que fueses hermano mío, amamantado a los pechos de mi madre, para que al encontrarte te besara, sin que nadie se burlara de mí!»* (Cant. 8, 1). La Santa Madre Iglesia deseaba ver unido con ella al Señor Jesús, hecho hombre, de forma que ninguno en el futuro se atreviera a despreciarla jamás. Y si ella deseaba ser unida a su Esposo con un afecto tan intenso, cuánto más ardientemente cada alma debería anhelar unirse a Cristo, su Esposo, recibiendo al Santísimo Sacramento: nos ha sido dado en efecto para que nos unamos a Dios, y transformados en Él, seamos casi deificados; de modo que en el futuro ninguno se atreva a despreciarlo. Ya te contemplamos, oh buen Jesús, ya te intuimos habitando unido a nosotros, aunque ello no sea evidente ante nuestros ojos y sólo podamos percibir las pobres especies del pan y del vino. Podemos gozar de ti, cada vez que lo deseamos, nos alimentamos de ti, eres nuestro alimento mientras que queramos. ¿Quién podrá todavía despreciar a los hombres, objetos de tal dignidad? ¿Quién menospreciar a las criaturas de tal modo ennoblecidas? ¿Quizá el Padre Eter-

no, cuyo Hijo los ha estimado hasta el punto de querer ser comido por ellos? ¿O quizá el propio Hijo que nos ha amado hasta el punto de que su vida, su muerte, su resurrección, su ascensión y la institución de este Santísimo Sacramento se han hecho signo y efecto de su bondad para nosotros? ¿O el Espíritu Santo, el Espíritu de amor, no exaltará esta benevolencia, Él que por este motivo se ha mostrado tan generoso con nosotros y nos ha comunicado sus multiples bienes? ¿O los Angeles no nos reverenciarán a nosotros que hemos sido saciados por este Pan? ¿Quién podrá todavía depreciarnos? Aterrorizaremos hasta a los demonios.

¡Qué honor y dignidad, qué fruto y gozo se deriva para nosotros de recibir este Sagrado Pan! ¡Cuánto debemos admirar esta Mesa Celestial!

La Reina de Saba fue a encontrar a Salomón cuando le llegó noticia de su fama; después *«viendo la sabiduría de Salomón, la casa que había construido, los manjares de su mesa, el asiento de sus servidores, el porte y los vestidos de la servidumbre y la subida a la casa de Dios, fuera de sí, dijo al rey: «Verdad es cuánto de tu estado y tu sabiduría había oído en mi tierra. No lo creía hasta que he venido y lo he visto con mis ojos; y hallo ahora que no me habían dicho ni la mitad de tu grandeza, de tu sabiduría, pues sobrepujas la fama que a mí había llegado. Dichosas tus gentes, dichosos tus servidores, que continuamente están delante de ti y oyen tu sabiduría»* (2 Par. 9, 3-7). Pero, ¡cuánto más estupefactos debéis quedar vosotros, hermanos amadísimos, de esta Sacratísima Mesa en la que es recibido como alimento nada menos que la Carne y el Cuerpo de Cristo Dios! Con razón han de llamarse y estimarse felices los siervos de Cristo porque forman parte del número de sus familiares inscritos en esta Santa Sociedad; pero aún más dichosos y felices, porque fortalecidos por los dones que de ellos requieren una mayor proximidad con Cristo, ya porque portan las antorchas, ya porque desempeñan otras tareas. Felices vosotros, hermanos y hermanas que podéis gozar de esta ale-

gría durante la vida mortal: éste es el camino hacia la felicidad eterna y la esperanza de obtenerla. Pero no sólo felices: podemos declararos superiores y más dignos del honor de los otros hombres; en efecto, en la Iglesia de Dios hay otras Sociedades piadosas, dedicadas a hombres y mujeres santas; ésta a la que vosotros pertenecéis en cambio, es tanto más elevada que las otras, cuanto Cristo, el Santo de los Santos, autor y fuente de toda santidad, su Patrón, es superior a sus siervos. Estas se posponen, con relación a la vuestra, en la misma relación que el siervo tiene con su Señor. Si vuestro Rey escogiese a uno cualquiera para su servicio y para formar parte del número de sus familiares, y lo designara en su casa para un oficio que requiera la continua presencia delante del Rey, los otros compañeros de servidumbre lo mirarían con admiración y respeto. Oh Cristianos, nosotros creemos que ya ha sido ofrecido este honor al hombre mortal, destinado al polvo y a la destrucción, cuando no a la condenación eterna: ¿podemos considerar de otro modo el hecho de servir al Rey de los siglos el inmortal e invisible Dios, Cristo, ser siervo de Él y reinar? ¿El pertenecer a su familia y estar siempre en su presencia, como vosotros hacéis? ¡Qué dignos de honor sois, ya que el mismo Rey Cristo os ha ennoblecido de este modo!

La visión y la cercanía de nuestro Salvador, además, os ofrece grandísimos frutos espirituales. También cuando estaba entre nosotros, habiendo asumido la condición de esclavo, sujeto a las debilidades humanas, emanaba de Él tanto poder y realizaba tantos milagros con su sola presencia física: daba la vista a los ciegos, el oído a los sordos, la salud a los enfermos y la vida a los muertos. Admirad la vocación de Mateo, que dejando de repente el puesto de las tasas corrió hacia Él; los pobres discípulos, que dejando la barca y las redes, lo seguían; Pedro, que juró en falso y mintió, obligado a lágrimas muy amargas por su sola mirada; cómo santificó la casa de Zaqueo con su sola presencia. Admirad, en fin cuántos milagros realizó, porque en su humanidad actuaba la Divinidad. ¿No

creéis que hará las mismas cosas, operará y concederá lo mismo Cristo, que ya no es siervo humilde, sino Rey glorioso, triunfante en el cielo, que vive también entre nosotros con su divina presencia y siempre visible? ¡Innumerables, innumerables! Os las indicaremos sólomente, porque el tiempo es limitado. Añadiremos sólo esto, acabando esta primera reflexión: en verdad felices vosotros y todos los que se han inscrito en esta Santa Sociedad; para vosotros y de vosotros digo aquellas palabras que la Iglesia canta en la solemnidad de S. Gervasio y S. Protasio, cuyo oficio hemos debido pasar a mañana para dar espacio a este Sagrado Misterio: «*¡Ved cuán bueno y deleitoso es que los hermanos vivan juntos!*» (Sal. 133, 1). ¡Qué bello es servir al sumo bien, de quien procede todo don y bien: todo don es aún mejor y más accesible! ¡Qué alegría servir a Aquel que concede todo bien y está pronto a conceder toda gracia que queramos pedirle! Pero también ¡qué gratificante es vivir como hermanos en el vínculo de la caridad: nada es más gozoso que ésta y es continuamente acrecentada por la frecuente recepción del Santísimo Sacramento: por eso se llama el Sacramento de la Comunión. ¿Qué puede ser más útil o gozoso que formar parte de esta Santísima Sociedad cuyo fin es procurar todo honor al Cuerpo y a la Sangre de nuestro Señor Jesucristo, estar siempre más unidos a Él, acogerlo presurosamente con las antorchas y otras atenciones cuando es llevado a los enfermos, pasa por las calles de la ciudad o es guardado en la Iglesia? Y como Dios es agradecido, ¿qué honores no devolverá a aquellos que se esfuerzan por obsequiarlo? ¿Acaso no dará la alegría del Espíritu a aquellos que lo aman con todo su corazón? Hermanos, «gustad y ved qué suave» y bueno será para vosotros «*el Señor*» (Sal. 34, 9); ahora que sois llamados a la unidad, permaneced en esta Sociedad en el modo que más conviene; vivid una existencia que está de acuerdo con los fines de vuestra institución. De éstas queremos hablar brevemente en el segundo punto de reflexión que nos habíamos propuesto.

El primer deber para vosotros que os habéis inscrito es rendir todo el honor que podáis al Santísimo Sacramento, y el máximo honor se rinde comiendo frecuentemente este Santo Pan. Por ello, al menos cada tres domingos recibiréis la Santa Comunión, cosa que habéis comenzado a hacer hoy. Pero para que las cosas no se prolonguen y la celebración de los Santos Misterios no sea interrumpida, los Sacerdotes administraremos la Santa Eucaristía en los dos altares laterales de aquí al lado, en uno a los hombres y en el otro a las mujeres, mientras que nosotros la administraremos sólo a los Eclesiásticos que sirven en el altar.

Pero hay otro deber: es necesario que mostréis algún signo de agradecimiento para declarar que habéis entendido qué beneficio os ha hecho Dios; acercándoos a los Sacerdotes que recibirán vuestras ofrendas (éstas son libres y ninguno controlará su entidad) debe haber en vosotros la voluntad de dar lo que ofrecéis. *«Dios ama a quien da con alegría»* (2 Cor 9, 7). Todo lo que déis será empleado en el honor del Santísimo Sacramento, para adquirir los cirios y velas con los que, del modo más honroso y digno para la grandeza de su majestad, sea custodiado en la Iglesia y, cuando es necesario, sea llevado a casa de los enfermos. Dios ciertamente no tiene necesidad de nada, pero se complace viendo en estos minúsculos gestos la religiosidad y la devoción de nuestros ánimos. Pero vayamos ahora más al particular. Esta Santa Sociedad es una escuela de Cristo, es la familia del Rey eterno; ¿cuál será pues la divisa, el vestido de estos Escolares de Cristo, de estos Servidores de Dios? Los Reyes, los Príncipes, los nobles suelen prescribir un vestido de determinado tipo a sus siervos: cuando se lo ponen son reconocidos como siervos de aquel rey, aunque sean desconocidos por otros motivos. Dios, Rey de reyes y Señor de señores lo pide con mayor razón: todos nosotros que somos Cristianos, y vosotros de modo particular, hemos de tener una conducta exterior tal que se nos reconozca como discípulos y siervos de Cristo, como si nos pusiéramos una divisa. Es necesario que con las palabras y las acciones profe-

semos públicamente la fe en Cristo y su regla de vida; será feliz, en efecto, quien lo confiese. Si alguno se avergonzara de hacerlo, también Cristo se avergonzará de él frente a su Padre. (cfr. Mt. 10, 32). Hay quien tiene respeto humano de comulgar a menudo; a otros les desagrada dejar las malas compañías para llevar una vida según el espíritu. Dicen: ¿Cómo hablará la gente viéndome comportarme así, qué dirán los hombres? ¡Qué desgraciados sois! ¡ay de vosotros que estáis atentos, a lo que dice el mundo porque de ello dependéis! Pero, decidme: ¿qué es el mundo para que seáis tan respetuosos con él? o ¿qué es el cielo, la tierra, el sol, la luna o todos los otros elementos mudos? ¡No hablan! o ¿los coros de los Angeles y los Santos que están en el cielo? Estos sí os alabarán, si os comportáis bien. Para ellos, en efecto, hay más *«alegría por un pecador convertido, que por noventa y nueve justos»* (Luc. 15, 7). O ¿los hombres justos, los siervos de Dios que están vivos aquí en la tierra? ¡Estos llorarían amargamente viéndoos descuidar lo que deberíais hacer! Veamos, pues, un poco qué es este mundo del que sois siervos. Hombres malvados, enemigos de Dios, mundanos, lujuriosos, avaros, soberbios, manchados con todo delito y maldad: ¡Estos son el mundo! ¡Estos vuestros amos de los que dependéis en todo!; ¡sus voces son como oráculos para vosotros: estos son vuestros dioses! Sois hombres dignos de lástima vosotros que por sus voces os dejáis apartar de hacer el bien, de comulgar a menudo, de dar testimonio de Cristo el Señor.

¡No es así, hijos! Que cada uno de vosotros diga: Cristo Dios, a partir de hoy decido considerar una basura el mundo, quien en él habita, finalmente mi cuerpo y mi vida, cuando se trata de la gloria de tu nombre y todo cuanto atañe a tu honor; quiero ganarte sólo a Ti (cfr. Fil. 3, 8). Pero ¿qué deberéis hacer para mostraros como discípulos de Cristo y hermanos de esta Sociedad? ¿Cuál será vuestro vestido, cuáles las insignias de vuestro Rey? Cristo antes de morir, lo enseñó a los Apóstoles y a nosotros; decía: *«En esto conocerán que sois mis discípulos,*

en que os amáis los unos a los otros» (Jn. 13, 35). Así como os esforzaréis por realizar o evitar lo que en el Evangelio de hoy el Señor os enseña, donde dice: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso» (Lc. 6, 36). Hijos, ¡cuánto debemos al Señor: Él se dignó a ser para nosotros Creador, Conservador, Redentor, Padre y Maestro nuestro. No sin razón el Profeta Joel nos manda alegrarnos y dar gracias por todo esto, cuando dice: «Vosotros, hijos de Sión, alegráos en el Señor vuestro Dios porque os ha dado un maestro de justicia» (Jl. 2, 23). Nuestro Salvador nos ha hecho este don abundante, como dice por medio del Profeta: «He anunciado tu justicia en la gran asamblea: mira, no tengo cerrados los labios, Señor, tú lo sabes» (Sal. 40, 10). Como la justicia tiene tres direcciones y se propone dar a cada uno lo que le conviene, a Dios, a nosotros mismos, y al prójimo, se nos sugiere hoy la tercera parte de nuestra actuación: «Sed pues misericordiosos» (es decir soportad en vuestros corazones el mal del prójimo; uno es tanto más perfecto cuanto más sensible al dolor ajeno) »como vuestro Padre es misericordioso» (Luc. 6, 36) «que hace salir el sol sobre los malvados y sobre los buenos, y hace llover sobre los justos y sobre los injustos» (Mt. 5, 45). Como el sol ilumina a todos del mismo modo y las lluvias riegan en la misma medida a todos, así también vosotros: con justicia, excluyendo cualquier preferencia personal, debéis ser misericordiosos. No con la esperanza de obtener un premio de vuestros beneficiados, sino sólo de Dios que derramará sobre vuestro regazo una medida buena, apretada, colmada, rebosante (cfr. Luc. 6, 38). No hay nada que un mercader pueda desear más que una medida así; y la recompensa de la caridad será tan grande que hay que pedirla todavía más intensamente. Los frutos de la misericordia son numerosos, pero, en la esperanza de poder hablar de ellos de modo más extenso en otra ocasión, ahora voluntariamente los dejo de lado. Sin embargo no puedo callar uno: la palabra de Cristo nos ha prometido que aquellos que han empleado misericordia «obtendrán misericor-

dia» (Mt. 5, 7), sobre todo en el día de la justicia, del gran juicio, cuando el Señor venga a juzgar todo. ¡Qué grande es este premio! tanto más precioso por el hecho de que todos tenemos necesidad de ella, en cuanto que todos hemos pecado. La misericordia es el remedio más oportuno para borrar los pecados: *«El agua apaga un fuego encendido, la limosna expía los pecados»* (Eclo. 3, 33). A nuestro prójimo no debemos en modo alguno hacerle el mal, ni con acciones, ni con palabras, ni siquiera con el pensamiento. La Misericordia misma nos enseña esto diciendo: *«No juzguéis y no seréis juzgados»*; ¿quiénes sois vosotros que queréis juzgar a vuestros hermanos? *«No condenéis y no seréis condenados»* (Luc. 6, 37). En este nuestro pobre tiempo ¡cuántos están constantemente ocupados en discutir o juzgar los hechos ajenos, dejando de actuar por si mismos! Interpretan de mala manera las cosas bien dichas o hechas por otros. Y esto no sólo con sus iguales, sino, lo que es peor, juzgan también a sus superiores y ellos que son como los pies de este gran cuerpo que es la Iglesia, pretenden juzgar a quienes desempeñan la función de cabeza. Los rebaños se atreven a reprender al Pastor. Pero sufrirán la pena de tal temeridad: con la misma medida con la que han medido, serán ellos medidos. Vosotros, hijos, no hagáis así. Estimad como pajas los errores de los otros, mientras que los vuestros consideradlos como vigas, para que el Señor no os diga: *«Hipócrita, quita primero la viga de tu ojo, y entonces podrás ver bien para quitar la paja en el ojo de tu hermano»* (Luc. 6, 42).

Pero no es suficiente, hermanos, amar al prójimo, rodearlo presurosamente de obras de misericordia, darle lo que pide, perdonarle los errores cometidos contra nosotros, no juzgar sus obras, no condenarlo; en todo esto es necesario que el ojo de las intenciones sea simple, para que todo el cuerpo esté en la luz (Luc. 11, 34). Todo lo que hagamos por el prójimo debe ser hecho bajo la mirada de Dios, para ser hecho justamente. Los hijos tienen el precepto de obedecer a sus padres, como a Dios; el Apóstol Pablo manda a los siervos obedecer a sus amos como

al Señor (cfr. Ef. 6, 1.5); Cristo muestra que es preciso dar limosna a los pobres como si se hiciera al Señor: «*Cada vez que hayáis hecho estas cosas a uno solo de estos hermanos míos pequeños, a mí lo habéis hecho*» (Mt. 25, 40). Es necesario reconocer siempre a Dios en cada persona, venerar su semejanza con Él porque todos han sido creados a su imagen: aquellos que sepan verla siempre no harán nunca mal a nadie para no ofender a Dios cuya imagen ven. Harán bien a todos para obtener beneficios de Dios a semejanza de quien han sido creados. Pero si siempre se ha de tener delante de los ojos a Dios y su imagen en todo lo que hagamos en favor del hombre, ¿qué perfección y reverencia es necesario tener en lo que hagáis directamente para Dios en esta Santa Sociedad? ¿Cuál será el modo más decoroso de servirle? ¿Cómo a un rey poderosísimo, o un emperador siempre invicto? No, diré que es todavía poco: estas son obras de sus manos: no han sido hechas para hacerlo a Él, sino que Él mismo los ha creado. ¿De qué modo pues hay que servir a Dios? Aquí guardo silencio, hijos, porque en este mundo finito no hay semejanza o proporción con el infinito; guardo silencio porque cuando servimos al Señor, cuando recibimos su Santísimo Cuerpo, cuando estamos en su presencia, cuando lo acompañamos con los cirios o de otro modo, vale la pena decir solamente lo que el Apóstol Tomás exclamó, mientras tocaba las llagas y las heridas de Cristo: «*¡Señor mío y Dios mío!*» *¡Mi Dios y mi Señor!*» (Jn. 20, 28)

Todos estos honores hay que tributar a nuestro Dios que no puede ser definido o descrito con nuestras palabras. Venerémoslo como a Nuestro Señor, Creador y Dominador de nuestras almas y de nuestros cuerpos; sirvámosle de un modo tan digno no tanto por la recompensa que de Él recibiremos, sino por Él mismo, y no como serviremos a otros; de este modo amaremos a nuestro prójimo en Él y a Él por si mismo.

Cristo es la suma del amor y su caridad hacia el prójimo es verdaderamente sublime: ésta debe llegar a ser

vuestra vestidura. La mostraréis no sólo manifestándola de palabra, sino con vuestras acciones, las limosnas, las obras de misericordia y todo lo que en el Evangelio de hoy el Señor nos ha enseñado a hacer por los demás, incluso por aquellos de los que debemos estar alejados. Que nadie se engañe, afirmando sólo que es caritativo y ama a su prójimo: que lo demuestre con aquellas consecuencias y aquellas características que son propias de la caridad: en efecto *«la caridad es paciente, es benigna; no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha; no es descortés, no es interesada, no se irrita, no piensa mal; no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera.»* (1 Cor. 13, 4 ss.).

Quien no tiene todo esto, no posee la caridad, no es discípulo de Cristo, es un inscrito indigno de la Sociedad del Santísimo Sacramento: *«Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y vistamos las armas de la luz. Andemos decentemente y como de día, no viviendo en comilonas y borracheras, no en amancebamiento y libertinaje, no en querellas y envidias; antes revestíos del Señor Jesucristo»* (Rom. 13, 12): Él mismo será vuestro vestido. ¡Que diferencia hay entre vuestros indumentos y este vestido! Cristo se ha revestido de espinas de golpes, de clavos y de sangre: en cambio vosotras, mujeres fatuas, que os revestís con indumentos adquiridos a costa de gastos excesivos, que os preocupáis del arreglo de los cabellos, y tenéis otras ocupaciones de este tipo, ¿en qué os parecéis a Cristo? ¿Cómo os presentaréis a Él? Revestíos de otras vestiduras, de aquellas virtudes que vuestro Maestro y Señor os ha enseñado desde la cátedra de la Cruz: la humildad, la mansedumbre, la obediencia al Padre eterno, el amor a los enemigos por quienes ha pedido, la tolerancia en las contrariedades, la paciencia, a fin de que *«llevando siempre y en todas partes en nuestro cuerpo la muerte de Jesús, también la vida de Jesús se manifieste en vuestra carne»* (2 Cor. 4, 10); aquí en la tierra por medio de su gracia; en el Cielo por su Gloria; que a ella nos conduzca a todos la Bondad de Dios. Amén.

EN OCASION DE LA CONSAGRACION DE LOS ALTARES

**Homilía pronunciada en la iglesia parroquial de
Galbiate de la diócesis de Milán el jueves del
IV domingo después de Pentecostés
30 de Junio de 1583**

Queridísimos hermanos, el pueblo hebreo fue amado por Dios de modo muy especial y rodeado de cuidados afectuosos particulares: para él realizó gestas maravillosas, le dió la Ley, le dió el Maná, le ofreció la Tierra Prometida donde fluía leche y miel; le enseñó cada rito y ceremonia, quiso ser y llamarse su Dios, quiso ser adorado y venerado por ellos de modo particular. Todo esto fue sólo sombra, noche, imagen: la noche dió paso al día, las tinieblas a la luz, la figura a la presencia, la Ley al Evangelio, los Hebreos a los Cristianos. Y cuando conmigo mismo vuelvo a considerar sobre los dones que Dios nos ha concedido y la dignidad que nos ha sido conferida, veo claramente que aquel pueblo, por voluntad de Dios, está tan lejos de nosotros cuanto el oriente del occidente. Se me abre un abismo de razones de superioridad en comparación con ellos, que ahora no podemos tratar porque la hora es avanzada y esta celebración no es el momento oportuno para ello. Me parece sin embargo que al menos una cosa no debo pasar en silencio: el Señor quiso ser adorado por ellos en un solo lugar, en el Templo de Salomón, en Jerusalén: allí sólo debían ofrecerle sacrificios, allí Él los encontraba acogiendo sus plegarias. En cambio

con nosotros y en medio de nosotros está realmente el Hijo de Dios mismo, ha actuado de distinta manera, dignándose a morar no sólo en una ciudad, sino en todo el mundo, en las numerosas iglesias que hay en cualquier parte suya, en muchos altares. El profeta Malaquías, previendo la grandeza de esta gracia, mucho tiempo antes había dicho: «Porque desde el orto del sol hasta el ocaso es grande mi nombre entre las gentes y en todo lugar se ofrece a mi nombre un sacrificio humeante y una oblación pura, pues grande es mi nombre entre las gentes» (Mal. 1, 11). En verdad hoy todos los pueblos y las naciones están obligadas a decir de nosotros que «no hay una nación tan grande que tenga la divinidad tan cercana a ella, como Dios» (Deut. 4, 7), y presente en todas partes para los cristianos; sobre todo en las iglesias y sobre los altares, como los dos que hemos consagrado hace un momento, como habéis visto, en esta iglesia. Estas celebraciones están llenas de misterio, y no se pueden pasar en silencio de modo apresurado. Nuestro deber requiere por tanto que os hablemos un poco de la dignidad de estos altares, de los frutos espirituales de esta consagración, de los deberes y encargos de los fieles cristianos y, en particular, de los vuestros.

La institución y la consagración de los altares es una costumbre muy antigua. Los hombres son por naturaleza seres religiosos y la religión parece nacida con ellos: por eso en cada tiempo ofrecen a Dios sacrificios y ritos y dedican a Él los altares. No vamos a hablar aquí de aquellos que, siguiendo una falsa religión, inmolaban víctimas a los dioses; trataremos sólo de aquellos dedicados al Dios vivo y verdadero. El primer ejemplo lo hallamos en Noé, hombre justo y recto, agradable a Dios; cuando salió del arca, él y todos los animales que estaban con él, edificó un altar al Señor; y tomando de todos los animales puros y de todas las aves puras, ofreció sobre el altar un holocausto. *Y aspiró el Señor el suave olor, y se dijo en su corazón: No volveré ya más a maldecir a la tierra por el hombre»* (Gen. 8, 20 ss.). Pero, hermanos, ¿con qué in-

tensidad el Señor Dios acogerá con placer el perfume no de corderos y cabras, sino el sacrificio del Cuerpo y de la Sangre de su Hijo, prefigurados en ellos, que ofreceréis sobre estos altares? ¿Cómo no va a dejarse aplacar por esta ofrenda de modo que no maldiga más a los hombres y está bien dispuesto hacia ellos?

Abraham, padre de muchos pueblos, supo por el Señor que Él daría la tierra de Canán a su descendencia y le edificó un altar; los otros altares son erigidos en memoria de los beneficios concedidos por Dios a los hombres (cfr. Gen. 13, 18). La Sagrada Escritura atestigua que también Moisés y todos los primeros Patriarcas erigieron numerosos altares a Dios. Uno que merece particular atención fue el altar que el santo Jacob edificó con la piedra sobre la cual había dormido, cuando había soñado la escala que partía de la tierra y llegaba a la cima del cielo, «*y los ángeles de Dios subían y bajaban por ella*». Despertándose dijo: «*En verdad el Señor está en este lugar y yo no lo sabía*». Tuvo temor y dijo: *¡Qué terrible es este lugar! Esta es la casa de Dios, esta es la puerta del cielo*» (Gen. 28, 12 ss.) ¡Oh! si vieras nuestros altares, Jacob, y las escalas celestiales apoyadas sobre ellos, a lo largo de las cuales suben hasta Dios las oraciones y las palabras de los sacerdotes, y descienden sobre los hombres los signos de la benevolencia de Dios, su mismo Cuerpo y su misma Sangre icon cuánta mayor verdad y decisión excluirías: «*¡En verdad el Señor está en este lugar!*» no para prometer una descendencia numerosa, como en aquel, sino para darse por entero a si mismo en alimento a los mortales y al mismo tiempo proporcionarles todo bien.

«*¡Qué terrible es este lugar!*» para los demonios aquí se han deshecho sus fuerzas. Amable en cambio para los hombres porque aquí obtienen todo beneficio. «*Esta es realmente la casa de Dios, ésta es la puerta del cielo*»: aquí el Altísimo ha preparado su tienda, aquí habita del mismo modo que reina en los cielos. Y la puerta del cielo es Aquel que durante su vida, dijo de si mismo: «*Yo soy la puerta*» (Jn. 10, 9); no está permitido acceder al cielo

sino por medio de Él. Por eso nuestra Iglesia debe ser amada. Al mismo tiempo sin embargo es temible porque Dios habita en ella y está presente: Él escruta desde el cielo el corazón y los riñones de los hombres. Desde cada altar podemos decir de modo pleno: El Señor está en su santo templo, el Señor tiene el trono en los cielos. Sus ojos están abiertos sobre el mundo, sus pupilas escrutan a cada hombre. El Señor escudriña a los justos y a los impíos, Él aborrece a los que aman la violencia» (Sal. 11, 4i5). En efecto, aquí se posan *«los ojos del Señor sobre los justos, y sus oídos atentos a sus clamores. El rostro del Señor contra los que hacen el mal, para borrar de la tierra su memoria»* (Sal. 34, 16-17). Desde este altar el Señor mira a aquellos que se han arrepentido con ojos de misericordia para borrar sus pecados; los justos con ojos de amistad, para otorgarles su recompensa; los impíos con ojos de justicia para que sean arrojados fuera en las tinieblas, con las manos y los pies atados. Para no obligarnos a soportar tal mirada, el Señor, benigno y apasionado hacia nosotros, nos advierte con las palabras del Evangelio de hoy: si alguno, al acercarse al altar se acordara de tener alguna cosa contra su hermano, que deje su ofrenda y vaya primero a reconciliarse con él (cfr. Mt. 5, 23-24). La Iglesia de Dios debe ser muy rígida con los pecadores que en ella entran: deben acordarse que se aproximan a la presencia de Dios que ve sus pensamientos y su corazón y ser juez de vivos y de muertos. La Iglesia es terrible y tremenda también para el demonio, porque en ella se dan poderes para oponerse a él a los penitentes y confesores: por sus santos consejos son rotos los lazos de Satanás, y él está obligado a devolver a Dios las almas que le había sustraído; aquí en efecto están la Cruz de Cristo, las imágenes de los Santos, sus numerosas reliquias, y un número inmenso de Angeles rodean al Sacrosanto Cuerpo de Cristo presente sobre el altar. Pero, ¡ay! existen pecadores que se atreven a visitar la iglesia y no temen nada de todo esto. Hasta algunos se permiten pecar dentro de ella y ofender a Dios en su presencia. En

esto son más perversos que los demonios: éstos al menos creen y sienten temor. Estos otros, por el hecho de que no sienten temor, probablemente no creen. De ellos se lamenta el Señor por medio del profeta: «¿Qué tiene que hacer mi amado en mi casa, con su perversa conducta» (Jer. 11, 15), porque aquel a quien tanto he amado, por quien he entregado mi vida, que he rescatado con mi sangre, se mancha de graves culpas en mi casa, elegido para colmarlo de particulares beneficios por mi que no considero indigno habitar con él? ¡Se ha entregado a amores ilícitos, ha entretenido conversaciones frívolas, ha concluido contratos claramente ilegales y después transforma mi casa, lugar de oración, en una cueva de malhechores!

Pero la Iglesia es de temer porque serán castigados terriblemente aquellos que no le tengan respeto, porque a ella le conviene la santidad. Nos lo ha mostrado claramente el Señor Jesús, Él que, suave y manso en toda ocasión, jamás se encendió tanto de celo como en el Templo contra aquellos que vendían y compraban cosas que incluso eran destinadas como ofrendas a Dios (cfr. Mt. 21, 12): le devoraba el celo por la casa de Dios (Jn. 2, 17). Y si en cada lugar debemos buscar el honor de Dios, aquí debe hacerse ciertamente de modo más elevado, porque aquí ha elegido habitar de modo singular.

De todo cuanto se ha dicho, véis cuánta dignidad revierte a la iglesia: pero el altar la supera en grandeza. Ciertamente fue grande el Templo de Salomón, ingente el gasto de la construcción, prolongada durante tantos años, enriquecida por muchos dones: era la casa de Dios. Al pueblo hebreo le fueron concedidos muchos beneficios en él, como atestigua la larga oración que Salomón hizo en él (1 Re 8, 15 ss.); a él *«el Señor apareció de noche y le dijo: He escuchado tu oración; he elegido para mí este lugar como casa de sacrificio. Cuando yo cierre el cielo y no haya lluvia, cuando mande a la langosta devorar la tierra, cuando mande la peste entre mi pueblo, si mi pueblo, sobre el que se invoca mi nombre, se humilla, ruega y me busca la cara, si se aparta de sus malos caminos, yo oiré*

desde los cielos y perdonaré su pecado y curaré a la tierra. Mis ojos estarán siempre abiertos y atentos mis oídos a su plegaria hecha en este lugar» (2 Par. 7, 12 ss.). Pero más fácilmente obtendrán todo esto los fieles de Cristo entrando en esta iglesia y postrándose ante el santo altar. Aquí no sólo está el arca de la Alianza con las Tablas de piedra de la Ley: aquí está presente el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Aquí no está Salomón rezando sino la Santa Madre Iglesia, la Esposa de Cristo, que suplica con la oración de todos, que Dios conceda sus dones. «Escucha propicio, Señor, y concede que quienquiera que entre en este Templo para pedir beneficios, se regocije de haber pedido cada cosa» (Oración IV ad Vesperas de la Dedicación de la Iglesia Mayor, según el Breviario Ambrosiano antes de la reforma). Aquí tendréis como intercesores vuestros a los gloriosos Santos bajo cuyos auspicios hemos consagrado estos altares: S. Juan evangelista, el discípulo amado por Dios; S. Ambrosio pastor, padre y patrón nuestro; S. Máximo, invicto mártir de Cristo, cuyas reliquias hemos depositado aquí. Nuestro Señor prometió escuchar todo lo que Salomón pidiera en sus oraciones; pero aún más generoso con nosotros Nuestro Señor ha prometido: *«Si pedís cualquier cosa a mi Padre en mi nombre, Él os la dará»* (Jn. 16, 23). Aquí entrarán los pobres, y el Señor eliminará su miseria. Vendrán los afligidos y serán consolados por el Señor. La madre llorosa obtendrá la salud para sus hijos. Aquí pediremos al Señor la abundancia de las cosechas. Aquí dejaremos el grave peso de los pecados. Este es el lugar donde se construyen todas las virtudes. Aquí vosotros sedientos *«tocaréis el agua con alegría en las fuentes de la salvación»* (Is. 12, 3).

Yo mismo me hago garante para vosotros de la misericordia de Dios: sus ojos están abiertos, y atentos sus oídos a las súplicas de aquellos que rueguen en este lugar (cfr. Sal. 34, 16). Aquí será derrotada la soberbia del ánimo, debilitada la llama de la ira, apagado el ardor de las pasiones; toda pereza desaparecerá y se fundirá la frialdad del corazón. Podréis venir aquí cada vez que queráis.

¡Qué grande y admirable beneficio poder hablar siempre con Dios presente, encontrarse con el Médico celestial en nuestras debilidades! Aquí ya no sois pobres porque tenéis entre vosotros al rey de toda gloria y riqueza: sabed bien que de Él obtendréis todo lo que pidáis: y si no os fuera concedido, es porque lo pedís mal, o bien porque lo que habéis pedido, una vez obtenido, habría sido para vosotros dañino y nocivo. Que todo cristiano se enfervorice por la meditación de un misterio tan inmenso y rodee del debido honor a este santo edificio y su noble altar; que reciban los numerosos frutos espirituales que de él derivan de modo que no parezca que han recibido en vano la gracia de Dios (cfr. 2 Cor. 6, 1).

Ahora sin embargo dirijamos la atención a aquellas que son vuestras futuras ocupaciones, con cuyo cumplimiento obtendréis los beneficios que se derraman de este altar. Como primera cosa debéis tener una profunda pasión por el culto de Dios, con el corazón entregado a todo lo que a él se refiere. Trataréis las cosas de Dios y las realidades espirituales con todo honor, mientras no estaréis de igual modo entregados a las realidades privadas. Esto significa que trataréis de honrar todo lo que se refiere al ministerio del altar de oro y de plata, y con preciosas telas de seda. Quien ama a la mujer le regala cada día vestidos preciosos, anillos de oro, collares, pendientes y otras mil cosas de este tipo. Y si fuera preguntado por qué actúa así, os responderá inmediatamente: porque ama a su mujer. ¿Por qué, pues, si amáis a Cristo, no actuáis para embellecer su casa, para hacer más espléndido el altar? Mirad a Salomón y observad los maravillosos vasos sagrados que mandó hacer para el culto del Templo, que sólomente contenía las tablas de piedra de la Ley. ¿Consideráis que aquí, donde están presentes el Cuerpo y la Sangre de Cristo, se debe ahorrar dinero o reparar en gastos? Somos pobres. ¡Si hacemos así apenas nos quedará con que vivir! Pero, ¿acaso no habéis recibido todo lo que poseéis del Señor? ¿No es Él el amo de todo? ¿Qué os impide pues sustraer algo a vuestras necesidades para desti-

narlo al adorno de su altar? Cristo, vuestro huésped, os pide sobre todo esto: si lo amáis, tened particular cuidado de su altar y su tabernáculo, su morada. En segundo lugar: debéis acercaros con la máxima reverencia a estos altares. Como un reo de muerte se acerca con ánimo humilde y dócil al príncipe del que puede esperarse gracia, así nosotros, merecedores de la muerte tantas veces cuantas hemos cometido pecado, debemos presentarnos ante su presencia y permanecer llenos de sentimientos religiosos; Él puede condenar nuestra alma, después de haber castigado nuestro cuerpo con la muerte. Por eso en las iglesias evitaréis cancioncillas, risas, charlas, conversaciones vanas y todavía más aquellas obscenas, las difamaciones y las murmuraciones. Que las mujeres entren con la cabeza cubierta, evitando actitudes provocativas; que estén sólo entregadas a la oración, meditando que están en la presencia de Aquel que está rodeado de millares de Angeles.

En tercer lugar: así como Dios nos ha enriquecido de numerosos dones, nos ha rodeado de cuidados solícitos, exige de nosotros celo en abrazarlos, en admirarlos, en usarlos. ¿De qué serviría a un enfermo mostrarle la medicina, si después rechazase tomarla? ¿O quién de vosotros no se incomodaría si, habiendo hecho un regalo a un amigo, éste se negara a aceptarlo o al menos mirarlo? Si en una hipotética Diócesis hubiera solamente una iglesia con un solo altar, todos deberíamos dirigirnos solícitamente a él para obtener los tesoros celestiales, para ver a nuestro Rey y Señor. Pero como Él está tan próximo, ¿cómo podremos ser justificados si no frecuentamos asiduamente sus iglesias para recibir en ellas tan numerosos y grandes dones? Así pues, hermanos, como tenemos poco tiempo por la longitud del rito de la consagración del altar, os imploro que los altares de vuestra alma estén siempre consagrados a Dios Nuestro Señor. Como estos altares están para siempre vinculados al culto divino, de modo que no pueden ser dedicados a ningún otro uso, de este modo dedicad al Dios vivo vuestros corazones y

vuestras almas. ¿A quién los podéis dedicar de modo más útil? ¿Al mundo que es falso y cuyo gozo es como la farsa de un actor, que *«está todo bajo el poder del maligno»* (1 Jn. 5, 19), que siempre ha sido enemigo de Dios? ¿o la carne, siempre rebelde al espíritu, que trata de arrojaros ruinosamente a un abismo? ¿o al demonio, el antiguo enemigo del Hijo de Dios, Cristo, que os rodea de un amor tan grande; y ha preparado una admirable heredad para sus seguidores? *«Como hasta ahora habéis puesto vuestros miembros al servicio de la impureza y de la iniquidad, así ahora poned vuestros miembros al servicio de la justicia para vuestra santificación»* (Rom. 6, 19), en el Espíritu Santo. Conservad puros sus templos y esforzáos por adornarlos cada día más con las virtudes y las buenas obras; hecho prisionero de su amor por vosotros, no abandone nunca vuestras moradas Aquel que no habita en un alma esclava del pecado. Sé que no sois capaces de rendir honores dignos de un huésped tan excelso: Él mismo se construirá la casa. Él mismo la adornará. Se acerca a vosotros, hoy, para daros la plenitud de su gracia con su Santo Crisma. Pide solamente una casa, si no bien embellecida, al menos limpia de toda preocupación terrena y sobre todo libre de pecado. No os opongáis a Él; por el contrario id a su encuentro con ánimo glorioso; dadle incluso una casa vacía pero ponedle delante todo lo que podáis ofrecerle.

No os avergoncéis porque Él mismo dispondrá, preparar y adornar aquí sobre la tierra vuestras almas para colmarlas después de gloria en el cielo. Los mayores reyes y príncipes, cuando se dirigen a casa de alguien, tienen la costumbre de enviar personas que les precedan para preparar aquellas moradas con los tejidos y alfombras propias. También vosotros, hijos, pedid y suplicad hoy al Hijo de Dios para que infunda sobre vosotros el Espíritu Santo. Y para que realice para vosotros con más gusto todo esto Aquel que está bien contento de concedérselo, hoy, cuando beséis el altar, os consagréis a vosotros mismos como altares vivos y os ofrezcáis como tabernáculo

de Dios: que no se goce de otra morada que la de vuestro corazón.

Vendrá a vosotros el Señor Jesús rodeado de mil cor-
tejos de ángeles: Él os nutrirá, os alimentará con su carne.
Pero también vosotros, hijos, acudid al encuentro de Él y
ya en la puerta suplicadle así: Hasta ahora, oh Dios bon-
dadoso, nuestras almas han sido como cuevas habitadas
por serpientes y demonios, sentinas fétidas a causa de los
pecados. Estamos horrorizados por un hecho tan indigno
y queremos consagrártelas como altares vivientes. Tú
concedenos que ellas estén siempre reservadas a tu culto,
que no se manchen más y no sean profanadas más. Que
nada de lo que no conviene a tu majestad aceche nuestras
almas: consagra estos altares vivos con el óleo de tu gra-
cia, lávalos con el agua de tu misericordia, y desde ellos
se alce el incienso de la oración. Hemos decidido que se-
rán para siempre tuyas y en ellas no habrá más lugar para
el demonio, el mundo y la carne: pero Tú ayuda nuestra
debilidad. Que en ellas se eleven hacia Ti sólomente vo-
tos y oraciones; que a Ti se eleve el sacrificio de nuestro
corazón. Haz que demostremos nuestra devota voluntad
con nuestras acciones. Rodeálas Tú con las robustas rejas
de tu temor, de modo que queden alejadas de toda in-
dignidad. Y, así como Tú habitas en los tabernáculos
construídos sobre los altares de piedra, así habita durante
todo el curso de nuestra vida en nuestros corazones, hasta
cuando nos unas perfectamente a Ti en la Jerusalén del
cielo, donde reinas con el Padre y el Espíritu Santo, Dios,
por los siglos de los siglos. Amén.

DOMINGO VI DESPUES DE PENTECOSTES

**Homilía pronunciada comentando el cap. XIV del
Evangelio según Lucas en el pasaje: «un hombre
dio una gran cena e invitó a muchos»
Sobre la Eucaristía
10 de julio de 1583**

Elías, santo profeta de Dios, celoso de su honor, había pasado por el filo de la espada a todos los profetas de Baal (1 Re. 19, 2); cuando el rey Ajab anunció la noticia a la impía Jezabel, su mujer, ella enfurecida, mandó un mensajero al siervo de Dios para decirle: *«Que los dioses me hagan esto e incluso algo peor, si mañana a esta hora no te he hecho como uno de aquellos»*. Dios permitió que el profeta sintiese un fuerte temor, para que no se exaltase por lo que Dios realizaba por medio de él. *«Se levantó y se marchó a donde lo llevaba su voluntad. Llegó a Berseba de Judá. Allí dejó a su siervo»*, es decir el hijo de la viuda que él había resucitado: su madre lo había consagrado a su servicio como acto de perenne dedicación. *«Se adentró en el desierto un día de camino y fue a sentarse bajo una mata de retama»* (de costumbre las serpientes huyen de la sombra). *«Deseoso de morir, dijo: ¡Basta ya, Señor! Llévate mi alma, porque no soy mejor que mis padres. Se acostó y se durmió bajo la mata de retama. Entonces un ángel lo tocó y le dijo: ¡Levántate y come! Él miró y vio junto a su cabeza una torta cocida sobre piedras ardientes y una vasija de agua. Comió y bebió y lue-*

go volvió a acostarse. Vino de nuevo el Angel del Señor, lo tocó y le dijo: levántate y come, porque es demasiado largo para ti el camino. Se levantó, comió y bebió. Con la fuerza de aquella comida caminó durante cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte de Dios, el Horeb» (1 Re. 19, 4-8).

La enseñanza que se desprende para nosotros es ésta: en la figura de Ajab está indicado el demonio, el eterno enemigo del género humano; nuestra carne mortal nos amenaza de muerte eterna. No hay que extrañarse pues si a veces somos presa de fuerte temor y para nuestra alma pedimos morir. Viendo *«en nuestros miembros otra ley que declara la guerra a la ley de nuestra mente y nos hace esclavos de la ley del pecado que está en nuestros miembros»* (Rom. 7, 23), estamos obligados a exclamar: ¡Infelices de nosotros! *«¿Quién nos liberará de este cuerpo destinado a la muerte?»* (Rom. 7, 24). Pero despertados del sueño del pecado, he aquí que el Señor, hoy por medio de mí, su ángel (no por mérito, sino por encargo pastoral. Los ángeles son en efecto predicadores de la Palabra de Dios, sus mensajeros, es decir, precisamente, ángeles) os ha enviado este pan cocido bajo la ceniza: es aquel que baja del cielo, a las palabras del sacerdote, bajo los ácidos consagrados, el Pan de los ángeles, el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

¡Levantáos, hermanos queridísimos, y junto a mí comed espiritualmente de él! Comed con los dientes del deseo y de una devota hambre; asimiladlo con la santa contemplación del misterio; para que, fortificados por este alimento, alimento de los fuertes, en este largo y difícil camino que nos queda hasta la patria del cielo, podáis caminar, durante cuarenta años de la vida, hasta el Horeb (que significa: mesa), es decir, podáis llegar al banquete del cielo. Este Pan es fuerte y suave: Cristo, antes de su pasión, lo instituyó para nosotros en la gran Cena.

Hoy, mientras explicamos la parábola del Santo Evangelio, vosotros escucharéis atentamente y llenos de hambre espiritual nuestra enseñanza sobre esta santa

Cena, su institución, sus nobles efectos, las disposiciones que se deben tener y los impedimentos que a ella se oponen; también las penas para aquellos que están alejados de ella o que la reciben indignamente. De modo que todos podamos estar inflamados de amor. ¡Cristo, Dios y Hombre, Tú que has preparado esta Santa Cena y has querido ser Pan, alimenta estas almas con tu Palabra, para poder después nutrirlas contigo mismo!

«*Un hombre dió una gran cena*». Este hombre es Aquel que, siendo Dios no ha considerado indigno hacerse hombre. De Él la Santa Madre Iglesia dice en la profesión de la Fe, durante el Sacrificio de la Misa: «Por nosotros los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo, se encarnó en el seno de la Virgen María, y se hizo hombre» (Símbolo Niceno-Constantinopolitano). Este hombre, Cristo Jesús, que había preparado para sus fieles la Cena Eterna de la gloria con el Padre y el Espíritu Santo en el cielo, ha preparado también, como símbolo de aquella cena eterna, para el tiempo en el que permanece con los hombres, la Mesa de su Santísimo Cuerpo de la que estamos hablando. En aquella los Santos del cielo se nutren de la feliz visión de Dios; en ésta los fieles sobre la tierra se nutren del Cuerpo y Sangre de Cristo, Dios y Hombre, realmente presente bajo las especies del pan y del vino. Aquel hombre hizo una gran cena después de haber hecho ya muchos banquetes para los hombres: en los días de su vida, pasados con nosotros (toda la vida del hombre es como un día que pasa), a menudo los había nutrido con el alimento de su doctrina, de los ejemplos y de los milagros; pero al final de su vida, en la víspera de su día, ya próximo a la muerte, dió una gran Cena. Con razón se dice: una cena es con mucho más grande; la cena suele ser más abundante que el almuerzo: así Jesús, «*después de haber amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin*» (Jn. 13, 1). Quiso que este don suyo maravilloso viniera después de todos los grandísimos beneficios que ya había derramado; por medio de ello consiguió el fin que se había

fijado: había venido «a traer fuego a la tierra» (Luc. 12, 49) y no pedía otra cosa sino que se encendiera. Quería que el pecho de cada hombre ardiera de amor por Él: Cristo lo obtuvo con sus gracias y sus dones.

Pero, hijos, tratemos de comprender las causas que movieron al Señor a instituir esta Cena: entre las muchas escogeremos cuatro que la Iglesia Romana ha encerrado en el himno de Santo Tomás de Aquino. Ante todo debía ser un sacrificio: es indicado en la frase «*Ha terminado la antigua Pascua*». En segundo lugar debía ser un memorial: esto está expresado en las palabras: «*Lo que Cristo ha realizado en la Cena, nos ha mandado hacerlo de nuevo*».

LA CONTINUACION NO ESTA CONSERVADA
EN LOS MANUSCRITOS.

**EN OCASION DE LA ADMINISTRACION
DE LA SANTISIMA EUCARISTIA
AL SERENISIMO SEÑOR
CARLO EMMANUELE
DUQUE DE SABOYA
GRAVEMENTE ENFERMO**

**Homilía pronunciada en Vercelli el lunes del
I domingo después de la degollación
5 de septiembre de 1583**

Serenísimo duque, viene a ti Jesucristo: en la eternidad es el Hijo de Dios, en el tiempo, nacido de la Virgen María. Viene a ti aquel rey del cielo y de la tierra que es tan rico en misericordia que quiere hacer más hermosa su llegada a ti con el don de sus maravillosos beneficios. Él te ha restituído como a una nueva vida: ayer habías llegado a las puertas de la muerte por la gravísima enfermedad de la que estabas afligido: Él la ha combatido y se aproxima a ti para añadir al don de la salud del cuerpo, las gracias y los dones espirituales para agregar nuevos signos de benevolencia a aquellos tan grandes ya concedidos. Sería sumamente justo y conveniente a tu nobleza de ánimo salir al encuentro de su sublime Majestad y ponerte de rodillas delante de ella. Sin embargo, como no has recuperado apenas todavía tu salud y no puedes moverte con tus pasos, es necesario que tú al menos salgas a su encuentro con el ánimo y el espíritu, y tu corazón viva en el agradecimiento más grande que le sea posible, encendido como

el rey y profeta David que afirma: «*Sólo en Dios descansa mi alma; de Él viene mi salvación*» (Sal. 62, 1). ¿No vas a deshacerte por completo en agradecimientos y bendiciones? Por eso «*bendice al Señor, alma mía, cuanto hay en mí bendiga su santo nombre*» (Sal. 103, 1). Alma mía, da gracias al Señor, alábalo; todos los sentimientos más profundos de mi corazón no terminen nunca de alabar su santo nombre. No basta, en efecto, alabarle con la lengua y las palabras, sino que, como Él es espíritu y escudriña las almas, debe ser exaltado sobre todo con el pensamiento; no de una manera desapasionada, sino con todas las fuerzas, porque todo lo que posees lo debes a Él. Bendice al Señor, mi voluntad, mi memoria, mi inteligencia: bendicidlo todas mis capacidades, para que en el futuro podáis volver a meditar sus beneficios, amar su providencia, contemplar sus sagrados misterios; bendícelo por cada don de mi Señor, por cada consolación, por cada reproche, fatiga, enfermedad, gracia que Él se ha dignado a conceder; bendícelo por su magnanimidad por la que Él no se comporta como uno que devuelve lo estrictamente debido. Alma mía, en todas sus obras bendice al Señor porque es grande teniendo compasión, generoso en su amor, profundamente dulce, benévolo, suave, padre y benefactor amantísimo. Pero que no sólo mi interior bendiga al Señor; también las cosas exteriores, mis riquezas, mi estado, los amigos, las fuerzas físicas, la nobleza; todo lo que hay dentro, fuera y alrededor de mí bendiga a su autor y creador.

Nuevamente: «*Bendice al Señor, alma mía, no te olvides de todos sus beneficios*» (Sal. 103, 2); no permitas que se borren de tu memoria los numerosos gestos de su benevolencia; la perenne memoria de ellos y su justa valoración te muevan a alabar siempre a Dios. Para que bendigas siempre al Señor, «*no te olvides de todos sus beneficios*»: Él acepta tus pobres acciones (después de haberlas realizado recuerda que eres un siervo inútil) y por ellas te recompensará. ¿Cómo podría suceder que no reflexiones siempre sobre los beneficios que Él continuamente y

abundantemente realiza por ti, después de aquel primero de haberte creado? Escucha cuáles son sus dones.

«*Él perdona todas tus culpas*» (Sal. 103, 3). ¿Qué merece un pecador sino la condena y el fuego del infierno? Pero, mira: puesto que ha perdonado todos tus pecados, si bien variados y multiples, concede a tu alma espacio y tiempo para arrepentirte, aunque hubiera podido hacerte perecer improvisadamente.

«*Cura todas tus enfermedades*» (Ibidem); en efecto, el alma, aun habiendo obtenido el perdón de los pecados, se queda todavía débil, insegura por la natural propensión al mal. Él la restablece de esta enfermedad, te ofrece su diestra, se apresura a ayudarte; quita las enfermedades del alma, es decir los pecados, y, si a veces para corregirnos y reprocharnos como a sus hijos predilectos, permite que nos enfermemos, sin embargo en su bondad, nos cura de todo mal.

«*Salva de la fosa tu vida*» (Sal. 103, 4). Él te ha liberado de la condenación eterna derramando su Sangre preciosa; te ha rescatado de la muerte del pecado cada vez que has vuelto a Él en la penitencia; ha arrancado de las fauces de la muerte tu mismo cuerpo, que ya había llegado a límite extremo.

Y, no contento de haber apartado de ti todo mal, «*te corona de gracia y de misericordia*» (Ibidem); Él te rodea, te ciñe, te protege por todas partes con su benevolencia; te concede obtener victoria sobre las tentaciones que se alzan a causa del demonio; Él te dará en el cielo una corona inmarcesible de gloria.

Además «*sacia de bienes tus días*» (Sal. 103, 5), sacia completamente tu voluntad, te concede abundantemente todo bien; todavía por su gracia podrás conseguir que se «*renueve como el águila tu juventud*» (Ibidem).

Que mi alma, pues, no deje nunca de alabar al Señor que no cesa nunca de conceder dones. Es don de Dios si de ser un pecador eres llamado a la justicia; don de Dios si eres sostenido para que no caigas; don de Dios que se te de fuerza de perseverar hasta el fin; será también don de

Dios la resurrección de tu cuerpo muerto, de manera que ni siquiera uno de los cabellos de tu cabeza se pierda; será don de Dios la glorificación después de la resurrección; y, finalmente será también don de Dios poderlo alabar continuamente en la eternidad. Él cura nuestra inclinación a pecar y robustece nuestra debilidad haciendo el bien. Él te colma de todo bien e incesantemente muestra su benevolencia por ti.

En este punto, serenísimo duque, veo tu alma llena de conmoción, postrada a los pies de Dios, rezando humildemente así: Poderosísimo rey del cielo y de la tierra, mi Señor y mi Dios, en cuyas manos está todo poder y el derecho de todos los reinos, que confieres el dominio y lo quitas según el beneplácito de tu voluntad, *«ante quien no hay preferencia de personas»* (Act. 10, 34), heme aquí, mísera criatura que tantas veces te he ofendido, me atrevo a acercarme a Ti. Reconozco que Tú has perdonado todas mis culpas, has sanado todas mis enfermedades, no has querido que fuera a la ruina mi vida, me has colmado de misericordia y benevolencia, me has protegido siempre con tu diestra y has saciado mi deseo con todo bien. Por el contrario yo, a menudo he violado tus preceptos, te he defraudado del honor que te corresponde, he hecho a menudo lo que te desagrada: reconozco claramente mi pecado y con ánimo suplicante y lleno de humildad admito que *«contra Ti solo he pecado»* (Sal. 51, 6) porque Tú solo eres el Señor y el *«Altísimo sobre toda la tierra»* (Sal. 83, 19); nosotros somos *«tu pueblo y grey de tu pastizal»* (Sal. 79, 13). Me esforzaré, de ahora en adelante, por agradarte siempre. Pero *«¿qué daré al Señor por todo lo que me ha dado?»* (Sal. 116, 12) *«¿Qué recompensa podré darte y qué cosa podrá compensarte de tus beneficios?»* (Tob. 12, 2) *«Aunque me diese a mi mismo a Ti, no sería digno de tu bondad»* (Tob. 9, 2). He oído lo que me pides: heme aquí, te ofrezco todo mi corazón; que sea todo tuyo, que no entre en él ninguna otra cosa sino lo que tú hayas puesto en él. Haz de mí, Señor, lo que Tú quieras: si consideras que debo sanar, sanaré; si enfermar, que

vengan sobre mí todos los males; si quieres prolongar mi vida, viviré; si has decretado que muera, la muerte me será grata. Alejo y desarraigo de mi corazón todo deseo de lo uno o lo otro, y me postro a tus pies. Te ruego una sola cosa, puesto que me has constituido como cabeza de un pueblo tan numeroso: dame *«la sabiduría asistente de tu trono; envíala de tus santos cielos, y de tu trono de gloria envíala, para que me asista en mis trabajos, y venga yo a saber lo que te es grato. Porque ella conoce y entiende todas las cosas, y me guiará prudentemente en mis obras, y me guardará en su esplendor; y mis obras te serán aceptas, y yo regiré tu pueblo con justicia»* (Sab. 9, 4, 10-12). No me apartaré jamás de tu voluntad; caminaré sobre todo sobre el camino de tus mandamientos y a lo largo de él, guiaré a los pueblos sometidos a mí. Concedeme finalmente, saber que no debo vivir según mis gustos, sino que debo someterme a ti y adecuar mi voluntad a tu ley.

Serás grato a Dios, serenísimo duque; de esto no tengo duda porque sé que te comportarás así por aquella devoción y piedad que todos han podido admirar en ti. Serás semejante al gran Constantino que puso como bozal a su caballo un clavo de la Santa Cruz forjado a tal fin; serás grato a tu pueblo, como, por otra parte, ya lo eres ahora. Como no has pedido ni oro ni plata, sino sólo la sabiduría, el Señor te concederá también todas las demás cosas: tus pueblos bajo tu reinado vivirán en la felicidad. Veremos en ti *«a un rey que reinará según la justicia»* (Is. 32, 1); *«te propondrás siempre cosas nobles»*. (Is. 32, 8), tendrás siempre autoridad sobre tus magistrados controlando diligentemente que no hagan mal a nadie. Serás un puerto seguro para los huérfanos y las viudas, para los afligidos y los pobres: refugiándose en él huirán de los vientos y las tempestades. Para los sedientos serás como un arroyo de agua; para quien está extenuado por el sol abrasador, como la sombra deseada en el desierto.

Si tu reino es conducido por estos principios, reinarás también en el cielo. Amén.

**SABADO DEL II DOMINGO
DESPUES DE LA DEGOLLACION
COMENTANDO EL CAPITULO VIII
DEL EVANGELIO SEGUN LUCAS**

**Homilía pronunciada en la iglesia de Paderno,
de la diócesis de Milán
17 de septiembre de 1583**

Entre los muchos frutos que la santa madre Iglesia proclama que recibe con la visita de sus pastores, podemos señalar también la consolación espiritual que se derrama en las almas; del mismo modo que las ovejas muestran satisfacción al ver a sus pastores ausentes durante mucho tiempo. Este es el significado de aquella oración con la que son acogidos en su visita y que ahora nosotros dirigimos a Dios: «Oh Dios, Tú visitas a los humildes y los consuelas con tu paternal benevolencia». Esto es realizado por el Señor, por una razón específica, en la lectura del Evangelio de hoy; con un extraordinario milagro, Él muestra cuánto cuidado tiene de nosotros, liberando a los discípulos del grave peligro del que estaban amenazados, aunque finge no darse cuenta, y llevándonos a todos nosotros a la firme esperanza de que estar siempre pronto a correr en nuestra ayuda cuando estemos en necesidades. No nos dedicaremos, hijos, a enumerar todo lo que se deriva de la malvada raíz de la desconfianza; estamos seguros de que ninguno ignora qué seguro escudo es, contra las tentaciones del demonio, el confiar en la protección divina. La experiencia, sin embargo, nos enseña

dos cosas extremadamente útiles en toda vida cristiana: evitar muchos pecados; iniciar y perfeccionar las obras luminosas de la fe. Por eso, en fidelidad al Evangelio de hoy y asistidos del Espíritu Santo, explicaremos lo que es necesario saber en cada una de estas dos cosas y lo que claramente conduce a la salvación de vuestras almas.

En los Salmos el profeta David exhorta a todos a alabar la misericordia de Dios y su inmensa bondad; de modo particular invita a esto al pueblo hebreo a quien el Señor había liberado de tan grandes desastres que les había enviado a causa de los pecados cometidos. David lo repite muchas veces; y desde el momento que la benevolencia de Dios no cesa jamás, así no debe cesar nunca su proclamación. En el salmo 107 son indicados cuatro grandes peligros de los que fueron liberados por gracia de Dios: el vagar en el desierto, la esclavitud, las enfermedades y la salvación de las aguas del mar. Explicando este último hecho, dice: *«Den gracias al Señor por su misericordia y por los prodigios en favor de los hombres. Ofrezcanle sacrificios de alabanza, narren con júbilo sus obras»*. (Sal. 107, 21-22). Quería enseñar que la misericordia del Señor debía ser proclamada por ellos, para rendirle honor; sus obras maravillosas debían ser anunciadas a los hombres; y se debía ofrecer el sacrificio de alabanza; es decir que se proclamara la alabanza del Señor, sacrificio aceptable a Él, en agradecimiento; que se exteriorizase con signos de gratitud del ánimo y se recordaran abiertamente y con gozo ante los demás sus obras. Añade sin embargo quién está obligado a hacer todo esto de un modo particular: *«Aquellos que surcan el mar en las naves y hacen negocio en las inmensas aguas, vieron las obras del Señor y sus prodigios en el mar profundo»* (Ibidem, 23-24). ¡Maravillosa excelencia de la profecía, que pone ante nuestros ojos, las cosas que todavía no se han realizado y se realizarán después de tantos años, como si estuvieran presentes y ya cumplidas! ¿Quién podría pensar que David no está explicando el Evangelio de hoy? ¿Quién consideraría que él no estuviera presente en aquel

milagro para narrarlo personalmente? Escuchad brevemente el relato y os daréis cuenta de la correspondencia entre la profecía de David y el Evangelio.

«*Un día Jesús subió a la barca con sus discípulos y dijo: vayamos a la otra orilla del lago...*» (Luc. 8, 22 ss.). Los discípulos, que lo seguían, subieron inmediatamente a la barca; pero cuando estuvo en medio del lago, el Señor se durmió. Una tempestad de viento se abatió sobre el lago y estaban en peligro. «*Acercándose a Él, lo despertaron diciendo: ¡Maestro, estamos perdidos!*» Como si se hundieran en el lago: se consideraban ya muertos. Pero considerad cómo «*vieron las obras del Señor, sus prodigios en el mar profundo*» (cfr. Sal. 107, 23-24). En efecto el Señor se levantó inmediatamente, amenazó al viento y a la tempestad, y, como dice el otro evangelista (cfr. Marc. 4, 39), «*gritó al viento y dijo al mar: ¡Cállate, cálmate! El viento cesó y hubo una gran bonanza*». ¿Qué puede haber más claro que las palabras de David: «*Redujo la tempestad a la calma, y las olas se calmaron*» (Sal. 107, 29)? ¡Nada hay más maravilloso! En ambos pasajes ha hablado el mismo espíritu del Señor que no se contradice nunca.

A quien se pone a meditar sobre este milagro del Evangelio, se le propone enseguida una reflexión digna de consideración: ¿por qué motivo tú, mi Señor, que eres la paz perfecta y el origen verdadero de la quietud, has permitido que surgiese esta tempestad que poco después tenías en mente apaciguar?

No hay que extrañarse tampoco de que no la hayas aplacado desde su origen, y hayas aplazado la liberación de tus discípulos, hasta dejarlos en peligro de muerte, cuando ya habías decidido salvarlos.

Finalmente, es maravilloso qué fácilmente el viento y el mar han obedecido a una sola palabra tuya y has resuelto todo.

Vosotros que me escucháis, no creáis que el Señor ha actuado así por casualidad o en vano; incluso si dormía, no ignoraba lo que sucedía en torno a Él, Él que en el

sueño incluso, tiene un corazón que vigila siempre (Cfr. Cant. 5, 2).

Así pues aunque sean ocultos e inexcusables los pensamientos de Dios, el Señor no se enfadará si buscamos las causas, para poder acrecentar nuestra fe y nuestra práctica religiosa. Mis palabras sean contigo, bondadosísimo Jesús; permite, te ruego, que te preguntemos sobre todas aquellas cosas que no conocemos, por nuestras mentes en tiniebla. Si habías decidido resucitar a Lázaro, ¿por qué no has hecho de modo que no muriera? Tú que habrías devuelto la vista al ciego desde su nacimiento, ¿por qué has permitido que naciera así? ¿Por qué has querido que hoy se desencadenara una tempestad y que el mar se agitara, con gran peligro de la vida de los discípulos que estaban contigo, cuando el mar obedece a tus órdenes, ya que tú lo has creado? Si ha obedecido a tu voz, cuando estaba agitado, ¿no podía permanecer en calma por tu mandato? Ciertamente podías hacer así y no se me oculta tu omnipotencia por la cual puedes hacer lo que crees. Pero, ¿por qué no has querido?

No he querido para que los hombres me reconocieran como Dios y los inseguros, los enfermos, que tienen necesidad de mi ayuda, me siguieran. No he querido para que se diese el honor y la gloria debida a mi nombre, y éste fuese el principio de salvación para los hombres.

Queridísimos, los hombres han visto muchos signos que indicaban el poder de Dios, han tenido conocimiento de numerosos milagros: sin embargo todavía ahora la mayor parte parece ignorar a Dios, totalmente se olvida de Él. ¿Qué sucedería si no les sucediese nunca nada molesto, si todo sucediera según sus deseos, si fueran capaces de llevar a cabo todas las esperanzas que nacen en ellos, si ninguna tempestad se abatiera sobre ellos? Estoy seguro que declararían la guerra a Dios, como hicieron los gigantes; fuera de si mismos, no darían el título de Dios a ningún otro. Comportándose de tal modo, no producirían ciertamente ningún mal a Dios que es feliz por si mismo; pero se precipitarían en la muerte eterna con sus propias manos.

¿Qué ha establecido pues Dios que tanto nos ama? «Pondré un legislador a su cabeza para que sepan los pueblos que son mortales» (Sal. 9, 21). En verdad «sois todos hijos del Altísimo. Sin embargo moriréis como todo hombre» (Sal. 82, 6-7). Enviaré tempestades; permitiré que estén sometidos a mil peligros y enfermedades: comprenderán que sin mí no pueden ni siquiera estar de pie, y sin mi ayuda están expuestos a todos los peligros para su alma y su cuerpo. ¡Oh infinita bondad de Dios! ¡Inmensa caridad que derrama sobre nosotros numerosos dones; concediendo beneficios y no permitiendo que seamos hundidos en el mal! Alguno podrá considerar que el conocimiento de Dios y de si es cosa de poca importancia, pero yo lo considero un bien tan elevado que no podría esperar nada más grande de Dios: todo progreso nuestro, y el único camino que prepara la felicidad, reside aquí. También S. Agustín había descubierto la grandeza de este don, y cada día rezaba: Señor, que yo te conozca y me conozca. En las adversidades estas cosas cobran relieve: lo podéis ver en los Apóstoles. En primer lugar reconocen y admiten su debilidad, afirmando: «*¡Sálvanos, Señor, estamos perdidos!*» (Mt. 8, 25). Inmediatamente después anuncian la grandeza de Dios, admiran su potencia: «*¿Quién es éste a quien los vientos y el mar obedecen?*» (Mt. 8, 27). Estas son las cosas maravillosas que, según la promesa de David, verían aquellos que navegan en el mar, en medio de las calamidades y las dificultades, como antes habéis oído. La majestad divina no aparece nunca tan clara como cuando la fragilidad humana está en peligro; sucede que estas dos condiciones, tan opuestas entre sí, se iluminan recíprocamente. Por eso se desencadenó la tempestad, Lázaro murió y el ciego nació así. A veces estamos sumergidos en un mar de tribulaciones; pero también ahí podemos ver las maravillas de Dios y rendirle la gloria que Él espera; experimentamos la debilidad de nuestras fuerzas, pero todo esto se vuelve hacia nuestra salvación. Dios no tiene necesidad de nada de nosotros, y no se acrecienta en su honor por nuestras acciones de

rendirle gloria; igual que, si blasfemamos, no se le sustrae nada. Todo esto sin embargo revierte para nosotros en utilidad o daño. Se trata de esto, queridísimos: cuando nos envía adversidades, no las hace desaparecer de repente, sino que permite que duren por largo tiempo para que le recemos insistentemente. Quizá os extrañaréis, pero es muy cierto lo que os digo: el Señor se complace en vuestra insistencia más que en cualquier otra cosa. Permite que haya contrariedades para que, pidiéndole de modo oportuno, podamos ser liberados de ellas; a veces es lento en hacerlas cesar, para que perseveremos insistentemente en la oración: así crecen nuestros méritos y su bondad hacia nosotros se muestra aún más grande, ya sea cuando nos lo concede, ya sea cuando nos aflige con alguna desgracia, ya sea cuando es lento en quitárnosla: todo lo que dispone para nosotros se revela siempre en nuestro favor. La mujer cananea suplicaba por lo que deseaba; de Cristo había recibido una clara negativa, dada con palabras duras, porque de algún modo la había comparado a los perros. Ella sin embargo no dejó de gritar, de allanar las dificultades, de resistir, diciendo en su interior con extrema firmeza: «No te dejaré, si no me has bendecido» (Jn. 32, 27). Admirad la fuerza de su insistencia: obtuvo lo que pedía, fue alabada por el Señor y oyó que le decía: «¡Mujer, en verdad grande es tu fe!» (Mt. 15, 28).

Habéis ya entendido, creo, por qué razón el Señor es lento liberándonos de los males que nos amenazan. Veo ahora a muchos deseosos de saber (si es posible) y comprender al menos en parte hasta cuándo Dios pretende diferir y aplazar el don de su gracia. También aquí hay un misterio: Dios en efecto «*ha dispuesto todo con medida, cálculo y peso*» (Sab. 11, 20). Os explicaré brevemente la causa de todo esto. Escuchad: cuando se pierde la esperanza de un rápido auxilio humano, la misericordia divina está siempre presta; así los hombres comprenden que no se debe nunca desesperar de Dios. Cristo no ha esperado sólo a que Lázaro estuviese muerto, sino que estuviese ya cuatro días en el sepulcro, de modo que fuera mani-

fiesto que había sido llamado para resucitar su vida; hasta el punto que, cuando preguntó cuál era el lugar de la sepultura, y ordenó quitar la piedra, los presentes, juzgando el gesto inútil, le responden: «*Señor, ya huele mal, porque hace cuatro días*» (Jn. 11, 39). Cristo podía conceder mucho antes lo que después operó: liberar de su enfermedad a la mujer que tenía flujo de sangre; sin embargo permitió antes que ella gastara su dinero en los médicos. También hoy ha permitido que los discípulos perdieran toda esperanza de salvarse de modo que, presos del pánico, se vieran obligados a gritar a Cristo a quien veían adormecido: «*Maestro, ¿no te importa que muramos?*» (Marc. 4, 38). Así pues, donde el hombre había caído en la desesperación, allí Dios le ha llevado la salvación; donde los recursos humanos se habían perdido, allí aparecieron los de Dios. Recordad, además, que no sació a la multitud ni al primer ni al segundo día, sino sólo al tercero, cuando ya se podía temer que perdieran el sentido; Él mismo había afirmado: «*Siento compasión de esta multitud... Si las envío de vuelta en ayunas a sus casas, desfallecerán en el camino*» (Marc. 8, 2-3). Después de este ayuno de tres días y además en el desierto (lugar que obligaba a decir: «*¿Y cómo se podría saciarlos de pan, aquí en el desierto?*» (Marc. 8, 4), sació a la multitud con siete panes y unos pocos peces solamente y los discípulos recogieron muchos cestos de trozos de pan sobrante. Quede confundida la sabiduría y la seguridad humanas y reconozcan los estrechos límites de su poder, cuando poco pueden hacer, cuando están condenadas a la inercia si se quedan solas. Pero tratad ahora de comprender todo esto analizando también los medios que Dios usa para hacer aquello de lo que desesperamos de obtener.

Dios obtiene lo que quiere usando medios que a tu juicio son inadecuados y realmente contrarios a la prudencia humana. ¿Quién no sabe que el fango puede hacer mal a los ojos? Sin embargo con el fango abrió los ojos al ciego. ¿Qué hay más insignificante que tocar el borde de un vestido? Sin embargo la mujer que sufría flujo fue cu-

rada con el simple tocarlo. ¡Admirad qué fácilmente liberó a sus discípulos del miedo y del peligro! Dijo al mar: «*¡Cállate, cálmate! E inmediatamente hubo bonanza*» (Marc. 4, 39). ¡Admirable fuerza y eficacia de la voz de Dios! La experimentó aquel feliz centurión que le reconocía este poder y afirmaba: «*Señor, manda con una palabra y mi siervo será curado*» (Luc. 7, 7). Esta voz ha dado estabilidad al cielo y a la tierra, al sol, a las estrellas; ha creado de la nada los ángeles, los hombres y todas las cosas; esta voz manda a todas las criaturas y de inmediato obedecen; «*rompe los cedros del Líbano y se tronchan*» (Sal. 29, 5). Pero ¿por qué estoy contemplando el milagro ya pasado de la tempestad calmada? Veamos cómo en el día de hoy esta voz realiza cosas maravillosas ante nuestros ojos: a las palabras de Cristo, pronunciadas por el sacerdote, Dios desciende del cielo en las manos del sacerdote y cada día el pan se convierte Carne y Cuerpo de Cristo. Dios manda que el agua bendita según el rito de la Iglesia, haga desaparecer las enfermedades, ahuyente al demonio, y no se estanca el aire pestilencial y nocivo donde ha sido echada. Todo esto no sucede por la fuerza intrínseca del agua, sino por mandato de Dios.

¿Véis estas campanas de bronce, colocadas aquí, en medio de la iglesia, por qué han sido bendecidas? Es metal inerte, ineficaz para realizar nada: hacedlo sonar cada vez que consideréis oportuno, pero solamente sonar en vuestros oídos y no producir ningún efecto. Sin embargo una vez que ha sido ungido y consagrado por mí y por las oraciones de la iglesia, ¡cuánta fuerza recibe para arrojar las injusticias del maligno, para alejar el fragor de los truenos, los vientos tempestuosos, el ímpetu de la tormenta y toda calamidad! Todas estas cosas se realizan por orden de Dios. ¡Que el cielo se cubra de nubes, retumben los truenos, relampagueen los rojos rayos de los relámpagos, amenacen incluso la destrucción de las ciudades y de los campos! Al toque de este metal Dios gritará al viento: «*¡Cállate, cálmate!*»; retornará de nuevo la serenidad del cielo y podréis recoger de nuevo con abundancia vuestras

deseadas mieses. ¡Bendita, magnífica, omnipotente voz!

Pero «*saquemos las entrañas de este pez*» (Tob. 6, 5), queridísimos: ahondemos en profundidad en los resquicios más escondidos de este Evangelio; avancemos más allá y no nos contentemos solamente con poner pie en la envoltura exterior de la letra. Creedme, hallaremos medicinas excelentes para nuestros males. La santa madre Iglesia, pueblo universal de todos los fieles de Cristo, es la pequeña nave en la que están tanto aquellos que demuestran su fe con las buenas obras, como aquellos cuya fe está muerta. ¿Quién puede nombrar los múltiples oleajes por los que es agitada? ¿Quién puede contar las tempestades que sobre ella se abaten? Que las cuenten la Germania, Flandes o Inglaterra; o también los pueblos limítrofes con nosotros: los franceses, los suizos, los habitantes de la Retia y tantos otros: allí esta barquilla parece casi hundida en la profundidad. ¿Qué son estas herejías, sectas, impiedades, este comportamiento corrupto en el seno de la fe, estos cristianos sólo de nombre, sino tempestades, oleadas y escollos? Y ¿cómo ha sucedido todo esto? Aquí debería llorar en vez de hablar. Los hombres estaban embotados por el sueño, sumergidos en el maligno embrutecimiento de los pecados: se habían debilitado en sus comodidades. ¡Si al menos se hubieran despertado muchos de aquellos que estaban al timón sobre la popa de la nave! Yo mismo admito que por mi torpeza, mi negligencia, el barquillo de esta Diócesis mía se tambalea no poco, agitada por tempestades de todo tipo de corrupción y de pecados. Esta es la clara enseñanza que nos viene de Cristo adormecido en la barca. Él es como la piedra de comparación que pone en evidencia el oro verdadero frente al oro falso; Él, nunca manchado por ninguna culpa, jamás contaminado de engaño, nos ha propuesto un clarísimo ejemplo de toda virtud, y ha mostrado, a través de la figura de los acontecimientos que sucedían, lo que en el futuro deberíamos evitar. Jesús, con la cabeza apoyada, dormía en la popa de la barca; no tenía culpa, porque, aunque dormido, vigilaba, y por su voluntad la

tempestad se desencadenó; de ello aprendemos que, si dormimos en el sueño de la culpa y buscamos demasiado presurosamente las comodidades para nuestro cuerpo, en nosotros todo queda perturbado. Tenemos necesidad de mucha misericordia de parte vuestra, porque el primero de los Apóstoles a todos nos ha ordenado: «*Estad atentos, vigilad*» (1 Pe. 5, 8), pero esto se nos pide a nosotros de modo más estricto: nuestro sueño daña no sólo a nosotros, sino al entero pueblo de los creyentes. Vosotros dormís con los ojos serenos: nosotros hemos sido constituídos como vuestros vigilantes y observadores. Si viniera el enemigo y os hiciera esclavos durante el sueño, porque nosotros dormíamos, o hemos estado en silencio y no os hemos advertido, el Señor pedirá cuentas a nuestras manos de vuestras almas (cfr. Ez. 33, 6). Sed pues diligentes pidiendo por nosotros, obedeciendo a nuestras enseñanzas, para que podamos con alegría y serenidad dar cuenta de vosotros a Dios. Y lo que os he dicho, sea dicho de cada uno de los sacerdotes, en particular de aquellos que han sido llamados a formar parte de nuestro cuidado pastoral.

Finalmente, queridísimos que me escucháis, el alma de cada uno de nosotros es como una pequeña nave. «*El mar espacioso y extenso*» es nuestra vida presente. «*Allí se mueven sin número animales pequeños y grandes*» (Sal. 104, 25): en él están los cetáceos, los peces, serpientes marinas, y monstruos siempre dispuestos a engullirnos. ¡Desgraciados de nosotros que a menudo no pensamos en ello! En esta nave Cristo encuentra lugar en nuestros pensamientos, pero, ¡ay! ¡qué frecuentemente Cristo se ha adormecido en nosotros; y no porque no vele, sino porque no lo mostramos activo en nosotros! Duerme nuestra inteligencia cuando permitimos que se pliegue a los placeres y dulzuras de la vida; por eso surgen continuamente tempestades espantosas, chocamos contra los escollos, somos zarandeados por las olas y en este mar encontramos peligros por todas partes. Las tentaciones tratan de hacernos chocar contra los escollos. Estamos siem-

pre expuestos al grave peligro de ser hundidos. ¿A quién podemos recurrir en este mar? ¿Qué debemos hacer, por medio de quién lograremos navegar?

Aprendamos de los Apóstoles lo que debemos hacer. Tres cosas los han desatado de un peligro tan grave: la presencia del Maestro, Cristo; su humilde y frecuente oración; una sólida fe sin temor, después que el Señor los reprendió diciéndoles: «¿Por qué tenéis temor, hombres de poca fe?» (Marc. 4, 40). Tratad de procuraros estas tres cosas, para que vuestra nave pueda arribar incólume al puerto del reino de los cielos.

Como primera cosa, pues, que Cristo sea siempre con nosotros; así no pereceremos jamás. Y ¿cómo no va a estar con nosotros, a menos de que lo echemos con los pecados y nos hagamos indignos de su Gracia? Será extraordinariamente útil también que nosotros nos unamos a Él más estrechamente, recibiendo más frecuentemente la santísima Eucaristía. ¡A ésta, a ésta la temen las tempestades! A su presencia se desvanecen los rayos y los demonios no pueden resistir; todas las tentaciones se derriten como la cera al sol. La Eucaristía aporta sus beneficios no sólo en el campo espiritual, sino también en el material. ¿Quién ha llevado incólume al puerto, después del naufragio, a S. Sátiro, hombre santo, hermano de nuestro Patriarca Ambrosio, sino la Eucaristía que él llevaba colgada del cuello? Este es el santo de quien hoy conmemoramos el día de la deposición: debemos siempre alabarlo, como nuestro intercesor en el cielo, hombre dotado de rasgos humanos y dulces; lo teman sólo los demonios y las fuerzas enemigas. Si, como es cierto, los padres y los hijos tienen en común al menos en parte nobleza y gloria, ¡cuánto honor obtuvo S. Sátiro de ser el hermano de S. Ambrosio, semejante a él en todo en el modo de vivir de manera que proporcionó a toda la familia un honor verdaderamente grande! Él declaró que consideraba a Ambrosio como a su padre y lloró por largo tiempo su muerte.

Este santo se dirigía a Africa cuando la nave naufragó

por la violencia de la tempestad. Él tenía una fe sólida y sabía que el Señor había reprendido al mar, reduciéndolo al silencio, había cambiado la tempestad desencadenada por una tranquila bonanza; por ello, llevando al cuello, el Cuerpo y la Sangre de Cristo envueltos en un pañuelo, sin temor se arrojó al mar y su confianza no lo defraudó. Otros se quedan maravillados, y no sin razón, de la fe de Pedro: él, viendo a Cristo con los ojos del cuerpo, se arrojó al mar para alcanzarlo. Pero yo me asombro más de la fe de Sátiro que con los ojos del cuerpo no veía más que las especies del pan y, sin embargo, lleno de confianza, se expuso a un peligro de muerte tan grande. Esta es la primera cosa que debemos aprender, hijos; con su ejemplo y con otros muchos Él os ha enseñado que la frecuencia de este Santísimo Sacramento es en todos los aspectos muy útil: todo se os promete por medio de él: sois liberados de todo peligro del alma y del cuerpo. Sólo recibidlo con fe sólida *«y el amor perfecto echar todo temor»* (1 Jn. 4, 18).

La segunda cosa que se os pide, os la obtendrá el sacramento de la Confirmación que administraremos a aquellos de vosotros que no la hayan recibido aún: su prerrogativa es alejar el temor, el miedo; fortalecer al hombre, acrecentarle las fuerzas no sólo para creer lo que la Fe católica enseña, sino también para testimoniarla ante todos en plena libertad.

En tercer lugar, el Señor quiere que nosotros oremos con toda nuestra fuerza. Pero ¿por qué os exhorto a la oración? ¿No es quizá superfluo todo lo que podría intentar deciros para convenceros? Os exhorten a la oración los peligros que nos amenazan; os mueva este *«mar grande»* por el que navegáis; las continuas tempestades, los escollos insidiosos, las tormentas que se abaten. ¿No es acaso cierto que lo véis con vuestros ojos? ¿No es claro para vosotros qué próximos estáis a la muerte, a las fauces del feroz dragón? Por eso, acudamos rápidamente al Señor junto con los Apóstoles. ¡No duerme, hijos, no duerme! ¿Sabéis por qué os parece dormido? Porque somos noso-

tros los que dormimos. Él está en vela, está sentado a la diestra del Padre para prestar ayuda a quien lo invoca. Digamos por eso con confianza y en voz alta: *«¡Despierta! ¿Por qué estás dormido, Señor? ¡Desperézate! ¡No nos abandones para siempre! ¿Por qué escondes tu rostro, olvidándote de nuestra miseria y opresión?»* (Sal. 44, 24-25). *«Maestro, ¿no te importa que muramos?»* (Marc. 4, 38), que nos convirtamos en esclavos del demonio nosotros que somos tu pueblo, que sea inútil tu Sangre preciosa derramada por nosotros? Se trata de tu honor, de la gloria de tu nombre, Cristo; los enemigos invaden tu heredad, la usurpan para ellos mismos. ¿Por qué vas a dejar a otros el honor de tu nombre (cfr. Bar. 4, 3) o vas a permitir que digan: *«¿Dónde está su Dios?»* (Sal. 79, 10). Sálvanos, Señor, porque toda nuestra salvación está en Ti; fuera de Ti ninguno puede salvarse. De nosotros viene nuestra perdición: de Ti la salvación. Si no nos ayudas continuamente, morimos, nos precipitamos a la ruina, nos abatimos al infierno, nos convertimos en presa de Satanás. Da orden al mar y al viento para que se calmen; manda al demonio que se calle; y en los casos en que permitas que seamos puestos a prueba, danos fuerza y resistencia en virtud de las cuales no cedamos a las sugestiones del mal y no caigamos en el pecado. Llegaremos así incólumes al puerto. Amén.

A LOS CANONIGOS DEL TEMPLO MAYOR Y DE LAS IGLESIAS COLEGIADAS DE MILAN

**Homilía pronunciada en la capilla privada
del arzobispo
2 de enero de 1584**

Queridísimos hermanos, el comienzo de este nuevo año suele servir de estímulo y de incitación para los hombres de toda condición a comenzar una vida nueva, a proponerse nuevos comportamientos, a pensar en hacer cosas nuevas. Así pues, si la novedad, entre éstos, tiene una fuerza tan grande, ¿cuánto más, con mayor razón, deberá tenerla entre los sacerdotes y aquellos que pertenecen al estado clerical? Sobre todo para aquellos que sobresalen entre el clero y que son para los demás, como en vuestro caso, ejemplos luminosos para las Iglesias de esta ciudad y de esta Diócesis.

¿Hay que dudar que, para las personas como vosotros que están meditando y afrontando las novedades, es primero necesario ver cuáles son las antiguas realidades? En efecto, si hasta ahora habéis llevado una vida plenamente conforme con la ley de Dios y vuestra condición, sería superfluo hablar de novedades, sino en el sentido de cómo aumentar las actitudes de piedad, la búsqueda y el fervor de la devoción. Sin embargo si hasta ahora habéis tenido un comportamiento no conveniente con vuestra vocación, será extremadamente útil para vosotros y para nosotros pedir a cada uno una valoración del año pasado y hacer un serio examen para ver quién de nosotros ha caminado dignamente en la presencia del Señor.

Jeremías invitaba a cada uno de nosotros a hacer así: *«Ponte hitos, alza jalones, pon toda atención en la calzada, el camino que antes recorriste. Vuelve, virgen de Israel, retorna a estas tus ciudades»* (Jer. 31, 21). Es decir: piensa en los años de tu existencia, pon ante tus ojos tu comportamiento pasado: mira diligentemente como desde un observatorio el año que ha pasado. Mira y sopesa las culpas y las manchas de tu negligencia. Quienquiera que se sitúe en este punto de observación y someta a examen de manera seria y profunda sus errores, sin duda hallará amarguras, encontrará motivo de llanto y se verá obligado a volver a examinar con ánimo entristecido los años de su vida.

Pero siento ya a muchos sacerdotes responderme calladamente: por gracia de Dios el clero ya está reformado. Ya no se encuentran en él los abusos que había anteriormente; ya no hay los escándalos de antaño; no se encuentran ya los pecados y la corrupción que antes eran comunes. ¡Verdaderamente, cuántas cosas han cambiado de lo que antes había! Se han celebrado muchos concilios provinciales, hemos tenido tantos sínodos diócesanos. Hemos puesto remedio a tantos malos comportamientos de forma que parecería que no hay nada que reformar. Ha cambiado la condición del clero, hermanos: la vida de los sacerdotes se ha reformado, se han quitado de en medio tantos abusos y escándalos. ¡Demos infinitamente las gracias a Dios, autor de toda obra buena! Pero, creedme, hay todavía ocasiones de amargura; muchas cosas pueden ser mejoradas, hay todavía algo por lo que llorar. Esto es cuanto querría que meditásemos y viéramos claramente todos cuantos nos hemos encontrado aquí, hoy por este motivo. Veremos muchas cosas que pueden ser fuente de sufrimiento para nosotros: las corregiremos y yo mismo, junto a vosotros, aumentaré mi empeño por iniciar este nuevo año, habiendo renovado el propósito de dar inicio a una vida mejor.

Como habéis oído el estado del clero es tal que al mismo tiempo nos proporciona una doble ocasión: de dar

gracias por las mejoras que se han verificado; y de entristecernos por los errores cometidos. Esta mañana meditaba con qué situación se podría comparar el estado actual de los sacerdotes; me ha venido a la mente la condición del pueblo de Israel, amado por Dios; me ha parecido una clara y ejemplar imagen de esta situación. *El pueblo, liberado que partió de Jaserot y acampó en el desierto de Farán. El Señor dijo a Moisés: Manda hombres a explorar el país de Canán que voy a dar a los Israelitas. Moisés pues los mandó a explorar el país de Canán. Después de cuarenta días volvieron de la exploración y fueron a encontrar a Moisés y a Arón y toda la comunidad de los Israelitas, en el desierto de Farán, en Cades; refirieron todo a ellos y a toda la asamblea y mostraron los frutos del país. Contaron: Hemos llegado a la tierra donde nos mandásteis y en verdad mana leche y miel; ved sus frutos; pero la gente que la habita es fuerte, y sus ciudades son muy grandes y están amuralladas y hemos visto también allí a los hijos de Enac. Caleb, imponiendo silencio al pueblo que murmuraba contra Moisés dijo: Vayamos rápido, y conquistemos el país, porque en verdad podemos conseguirlo. Pero los que habían subido con él dijeron: No seremos capaces de ir contra este pueblo porque es más fuerte que nosotros. Y desacreditaban entre los Israelitas la tierra que habían explorado, diciendo: El país que hemos atravesado para explorarlo es un país que devora a sus habitantes; toda la gente que hemos visto es de gran estatura; hemos visto a los gigantes, hijos de Enac, de la raza de los gigantes, frente a los cuales nos parecía que éramos langostas. Entonces toda la muchedumbre rompió a gritar, y el pueblo se pasó toda la noche llorando. Todos los Israelitas murmuraron contra Moisés y contra Arón (Num. 12, 16-13, 2a.17.25-28.30-33.14, 1-2).*

Habéis oído el relato. ¿Por qué motivo nosotros no deberíamos mirarnos en él? El pueblo había salido de Egipto; había establecido sus tiendas en Jaserot; estaba en camino hacia la patria prometida; y, sin embargo estaba

dividido, perdía el ánimo, lloraba, desacreditaba la tierra prometida, temía, murmuraba. Los sacerdotes de nuestro tiempo son así. Han salido de Egipto, liberados de una dura esclavitud, porque entre nosotros ya no se cometen los pecados más graves y enormes. Están en Jaserot, que significa «entrada», porque están próximos a llegar a las cimas de la virtud, si lo quieren: están en el umbral de la tierra prometida, es decir de la perfección eclesiástica; pueden acercarse a la cima de la piedad y de la religiosidad que es la verdadera tierra donde mana leche y miel: en efecto no es posible encontrar verdadera consolación y plenitud de toda gracia sino en aquellos hombres que profundamente la buscan. Y sin embargo, ¡ay! ¡cuando sienten los decretos de los sínodos, cuando se les proponen las cosas que les afectan, pierden el ánimo, se dividen, se lamentan, se turban. Afirman que es tan difícil permanecer siempre en las Iglesias, confesar tan prolongadamente en el coro, recitar el oficio divino tan largo, no poderse nunca divertir. ¡Qué cansancio tan largo y prolongado: como gigantes! ¿Cómo podremos entrar en esta ciudad? ¿Cómo vencer estos monstruos, frente a los cuales somos como hormigas? Todo es pesado para ellos y los pequeños trabajos parecen difícilísimos. Por eso algunos desprecian la tierra de la Promesa, desaprueban las constituciones y los decretos, la regla de vida que les ha sido propuesta; probablemente muchos también murmurarán contra Moisés y Arón, es decir contra sus superiores. ¡Cuánto desagrada al Señor esta mezquindad de ánimo! El Señor había decidido exterminarlos con una dura peste y con la muerte; pero, en cierto sentido, vencido por las oraciones de Moisés, como castigo quiso que en la tierra prometida no entrase ninguno de aquellos que habían hablado mal y murmurado. ¿Y quién sabe si esta desmedida tibieza en las cosas sagradas que anida en el clero no es la pena de esta mezquindad de ánimo, de este murmurar? Son tantas, en efecto, las promesas hechas por amor de Dios; muchos los buenos propósitos. Pero ¿qué progresos en el camino del Señor se pueden notar, cuántos de estos

piadosos deseos ven la luz, qué separación y alejamiento de las atenciones y de las ansias por las realidades terrenas? Creo que al clero se le debe reprochar sobre todo esto: hay demasiadas controversias, demasiadas causas judiciales civiles, los tribunales son demasiado frecuentados, demasiado contencioso de hombres eclesiásticos frente a jueces extraños. ¿Qué es todo esto, sino indicio de una inmensa tibieza frente al Señor? ¡La tibieza espiritual es en verdad una grave y temible enfermedad que reside en las personas consagradas a Dios! El Espíritu dice al Obispo de la Iglesia de Sardes: «*Conozco tus obras y que tienes nombre de vivo, pero estás muerto*» (Ap. 3, 1). ¡Cuántos parecen vivos a los ojos de los demás, mientras que están próximos a morir. Exteriormente han modificado un poco su vida; pero interiormente están fríos, tibios, muertos.

Grande es la batalla que el Espíritu Santo entabla contra aquellos que son tibios: los odia y los detesta radicalmente. Al Obispo de la Iglesia de Laodicea Dios dice: «*Conozco tus obras; tú eres tibio, no eres ni frío ni caliente, voy a vomitarte fuera de mi boca*» (Ap. 3, 15-16). No es que quien es frío (y por ello se entiende pecador) sea mejor que quien permanece en la tibieza; pero ciertamente está más disponible para recibir el calor y la salvación; en cambio quien es tibio, no reconociendo su enfermedad, no se somete a ser curado: por ello muere en su pecado, y poco a poco, se desliza de la tibieza a la frialdad total. Probablemente muchos entre nosotros están en esta situación: no son ladrones, adúlteros, fornicadores, homicidas, entregados a las borracheras o a la incontinencia: no se han manchado con estos graves crímenes; ¡también aquel fariseo, que volvió a casa condenado, estaba libre de tales culpas! (cfr. Luc. 18, 11 ss.) Pero ¿dónde está el progreso en la virtud? ¿cuál es su avance en el camino del Señor? y ¿el fervor en la caridad, la piedad en la práctica religiosa, la constancia en las obras? ¿Qué luz deriva de una vida ejemplar, qué majestad sacerdotal en las palabras, cuánta atención en la recitación del oficio divino?

¡De esto no hay nunca! ¡de las otras cosas no hay nada! El Espíritu Santo añade: «*Tú dices: Soy rico, me he enriquecido: no tengo necesidad de nada. Pero no sabes que eres un infeliz, un miserable, un pobre, ciego y desnudo*» (Ap. 3, 17). Hermanos, estas palabras se refieren a nosotros, y golpean sobre todo a aquellos que, considerando haber progresado ya suficientemente, se han sentado despreocupándose de mejorar más. «*Infelices, miserables, ciegos y desnudos*» que se consideran ricos, y que no tienen necesidad de nada. «*Te aconsejo que compres de mí oro acrisolado por el fuego, para hacerte rico*» (Ap. 3, 18) añade el Señor. ¡Consejo verdaderamente santo, divino, paternal! Se nos aconseja que compremos oro, no cualquier cosa que parezca como tal, no el parecer externo; oro –digo– acrisolado. Este oro no es otro que la perfecta caridad en las intenciones y en las obras; buscar la gloria de Dios siempre en todas las cosas, después de haber dejado de lado todo el resto; dirigir a este fin toda intención y toda acción, cuando se cantan los salmos, o se reza o dedicados a la predicación; cuando se está con Dios o con el prójimo; en la casa o en la Iglesia. Quien tenga siempre delante de sí este propósito se hará rico: si recita los salmos, lo hace con atención; si reza, con fervor; si está en la presencia de Dios, obtendrá todo lo que haya pedido; si con su prójimo, sabrá persuadirlo sobre cada cosa que se proponga; cuando permanezca en casa, gozará de seguridad y alegría de ánimo; cuando esté en la iglesia le parecerá estar en un paraíso de delicias. Esta buena intención en todo comportamiento y misión sacerdotal produce muchos frutos saludables; en efecto «*si tu ojo está claro, todo tu cuerpo estará en la luz*» (Mt. 6, 22).

Como hemos ya hablado de la atención que hay que prestar al recitar los salmos –atención que es extremadamente necesaria en todos los ministerios y funciones sagradas– acordáos de esta sola cosa, hermanos: nada agrada a Dios en vuestros oficios y en vuestras salmodias si no está presente la atención del corazón y si ésta no los acompaña. Escuchad qué diría el Señor a los sacerdotes

por medio de Malaquías: *«Maldito el engañoso que tiene en el rebaño un macho, me lo promete y después me sacrifica un animal defectuoso. Porque yo soy un rey grande, dice el Señor de los ejércitos, y mi nombre es terrible entre las naciones»* (Mal. 1, 14). Y poco antes: *«Si ofrecéis un animal ciego ¿no es acaso un mal? Cuando ofrecéis un animal cojo ¿no es acaso un mal? Ofrecedlo a vuestro gobernador: ¿creeis acaso que lo aceptará y que estará contento con él? dice el Señor de los ejércitos»* (Mal. 1, 8). ¿Sabéis quiénes son los que ofrecen al Señor cosas defectuosas? Los que le tributan sólo un culto exterior; los que participan en la recitación de los salmos sólo con los labios y la voz; están presentes en la iglesia con el cuerpo, pero con el alma vagan por las plazas y por los lugares de reunión; cantan con la boca las alabanzas divinas y pasan revista en la mente a sus asuntos mundanos y seculares. ¿El cuerpo no es acaso más frágil que el alma? ¿y nuestra realidad mortal que el espíritu? ¿Por qué pues algunos ofrecen al Señor las cosas de menor valor que no se atreverían a ofrecer ni siquiera a los hombres? Que estos teman la ira de Dios, porque Él es un rey grande y su nombre es terrible entre las naciones. Ninguno puede añadir nada a su honor; no tolerará que alguien lo engañe, o lo prefiera a cualquier otro, o lo posponga impunemente a otros. ¿Acaso no es ofrecer a Dios las sobras, cuando un sacerdote está ocupado en asuntos mundanos para los que tiene ya todo programado, mientras participa sólo de modo superficial en los deberes eclesiásticos? ¿Acaso no los considera más importantes, mientras que estos últimos son para él sólo una tarea formal? Propio de los sacerdotes es estar presentes en la iglesia, cantar salmos a Dios, orar, estudiar; todo lo demás no es de su incumbencia. Hasta que este precepto no esté profundamente grabado en vuestro corazón, todo os parecerá fatigoso, el oficio demasiado largo, el coro fastidioso, la misma iglesia os parecerá un infierno. Salmodiando con la boca, mientras el corazón está ocupado en controversias, en preocupaciones familiares, en los padres o en otros

problemas de este tipo ¿no les dedicamos a ellos acaso nuestro corazón, que es la parte más noble del hombre? ¿No estamos dando a Dios la parte menos importante: la boca y el cuerpo?

¡Temed, temed, hermanos, porque Dios es un rey grande! Él ve desde lejos y su vara alcanza cualquier punto; defenderá su honor, cuando menos lo penséis, e infligir el justo castigo. No es como un hombre que olvida fácilmente los males sufridos. Vivid en el temor de Dios, para que no se diga con justa razón de vosotros: «*Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí*» (Mt. 15, 8). Cuando oréis junto con la lengua, que también ore el corazón, que vuestro espíritu cante salmos junto con los labios, y estéis atentos a lo que decís durante la oración. Hay un pequeño tratado, que tiene por título «*Tesoro de las pías instituciones cristianas*», recientemente publicado en Varona bajo nuestros auspicios; contiene muchas cosas de gran interés para vuestra condición, sobre todo cómo se puede pecar durante la recitación de los salmos y enseña claramente cómo, en cambio, se debe recitar los salmos. Os exhorto a que cada uno de vosotros lo tenga y lo lea frecuentemente.

Tratemos ahora de encontrar las causas de esta enfermedad, cómo los sacerdotes durante la recitación coral, no están atentos, mientras están salmodiando; por qué motivo tienen la mente ocupada en sus asuntos privados y familiares. Las distracciones de la mente derivan ciertamente del hecho de no tener la debida disposición y de dirigirse a su oficio sin haber preparado mínimamente su ánimo. Llegan a las escaleras del coro conversando sobre asuntos terrenos y consideran que, apenas lo quieran, pueden tener su mente rápidamente concentrada en Dios y poder obtener de Él con facilidad todo lo que toca al culto y a la vida religiosa. Estos ciertamente tientan a Dios y son semejantes a aquellos que le piden inútilmente y con temeridad milagros. El Sabio advierte con mucha sabiduría: «*Antes de la oración, prepara tu alma, no hagas como un hombre que tienta al Señor*» (Eclo. 18, 23).

Con esta función se han creado las sacristías en las iglesias: allí los sacerdotes y los canónigos han solido reunirse antes de ir al coro: pensando en lo que se dirigen a hacer, se dispondrán para salmodiar bien. Si alguien estuviera a punto de tratar con un rey o con el Sumo Pontífice, ¿no meditaría antes con cuidado sobre lo que debería decir, para no hacer afirmaciones desconsideradas ante una personalidad tan elevada, para no verse obligado a enrojecer y ser apartado de su presencia? Así pues, si ponemos en práctica tantas precauciones cuando debemos hablar con personas humanas y meditamos con antelación las cosas que vamos a decir ¿no deberemos acaso hacer otro tanto, y con anticipación, cuando nos disponemos a hablar con Dios? En cambio, desgraciadamente, nosotros, con sumo dolor nuestro trastornamos por completo el orden de todas estas cosas: en las sacristías los hombres no se recogen para prepararse a rezar, no se preparan para el coloquio con Dios; más bien se entretienen con conversaciones vulgares, frívolas y mundanas. El solo nombre «sacristía» debería generar en nosotros el máximo respeto y apartarnos de todas estas cosas. ¡Es un lugar sagrado, un lugar de oración, un lugar de silencio! Y, sin embargo, es destinado a intercambiar charlas generalmente inútiles, cuando no contrarias a ello. Allí se trata más de asuntos que de la oración, y no hay nada que se respete menos que el silencio: este lugar de silencio se hace, cada vez más, una plaza para las risas, las peleas, los contratos de asuntos mundanos. A la puerta de la sacristía y, con carteles hechos expresamente, como prescrito por las constituciones de los concilios y las visitas apostólicas, sobre las paredes, por todas partes está escrito con grandes letras: SILENCIO; desgraciadamente el silencio parece estar prohibido. En el pectoral del Sumo Pontífice estaba escrito: «*Doctrina y Verdad*»: indicaba que al conocimiento de la fe y a la predicación debían corresponder las acciones convenientes, de modo que se realizase lo que se decía y se predicaba. Aquel «silencio» que está allí escrito es equivalente a la doctrina: esta palabra nos enseña que en ese lu-

gar hay que guardar silencio, estar disponibles sólo para Dios, dejar de lado cualquier preocupación mundana. ¡Ahí está la enseñanza! Pero ¿dónde está la verdad? Véis pues qué alejados estáis de lo que vuestro ministerio os exige, qué semejantes sois a los hipócritas, porque no practicáis lo que enseñáis.

Pero ¿por qué hablar sólo de la sacristía? Hasta a veces en el mismo coro se entrelazan las alabanzas divinas con conversaciones profanas y así se llega a una nueva confusión de las lenguas que ofende no poco a Dios. ¿Quién, teniendo en cuenta la importancia de su interlocutor, le daría la espalda o, durante la conversación con él, se pondría a hablar con otros? Que estén bien atentos los Apuntadores, quienes tienen el encargo de cumplir su misión: deben rendir cuenta minuciosamente a Dios. Han sido establecidos como censores con este encargo: con su cuidado y diligencia, reprendiendo a los que se equivocan, que quiten al menos estos defectos externos, dado que la distracción mental es sólo conocida por Dios. Esta, creedme, no es poca cosa: la reprensión, la corrección y el castigo de Dios es bien distinto del de los hombres. Aunque, para decir la verdad, la actitud externa sea indicio de lo que está oculto en el interior de la persona. Un frasco puede despedir sólo el perfume de lo que contiene y *«la boca habla de la plenitud del corazón»* (Mt. 12, 34); la descompostura exterior es señal manifiesta de un ánimo agitado y distraído. Escuchad lo que dice el Espíritu Santo de estas actitudes exteriores: *«El vestido de un hombre, la boca sonriente, y su andar revelan lo que es»* (Eclo. 19, 27); es decir manifiestan el estado interior del sujeto. Nuestro beatísimo padre Ambrosio tenía en gran consideración los gestos exteriores y los movimientos del cuerpo; es necesario por eso que os refiera algunas de sus palabras tomadas del primer libro de los «Deberes de los Ministros». Se refieren, en efecto, a la oración y la disposición interior para ella: «También Pablo ordena que presentemos nuestras oraciones con pudor y sobriedad. Quiere que ésta sea la primera cosa y la que precede a la oración

que se va a hacer, para que el pecador en su oración no se excite, sino que ella como teñida del color del pudor, cuanto más se enrojece por la culpa cometida, tanto más merezca abundante gracia. Se debe observar el pudor en toda acción, en todo gesto, en todo paso. En efecto la índole del ánimo se revela en la actitud de la persona: en ello se ve el ánimo oculto en nuestro corazón, y se deduce si es ligero, o ufano, o excitado; o también si es bastante serio, constante, puro, juicioso; de tal manera que cada movimiento de la persona es como una voz que parte del ánimo. Acordáos, hijos míos, que cierto amigo vuestro, que parecía digno de alabanza por sus deberes cuidadosamente cumplidos, no fue admitido por mí a formar parte del clero, porque su modo de actuar era bastante impropio; otro que ya formaba parte del clero recibió una orden mía de no precederme nunca, porque su caminar petulante flagelaba, por así decirlo, mis ojos. Esto se lo dije, cuando, después del escándalo que me había hecho, fue restaurado a su cargo. Observé este solo indicio, pero no me engañé; en efecto el uno y el otro desertaron de la Iglesia; de manera que tal como se habían mostrado en el andar, así se mostraron en la perfidia de ánimo. Uno abandonó la Iglesia en el tiempo de la herejía epidémica de Arrio; el otro, por ambición de dinero, para no verse abocado al juicio sacerdotal, declaró que no era de los nuestros. Su modo de andar era una clara imagen de su ligereza, como de figuras bufonescas que van saltando de acá allá» (S. Ambrosio, *De officiis ministrorum*, XVIII; n. 70-71-72).

De estas cosas vosotros podéis comprender fácilmente con cuánto cuidado se debe evitar el desaliño del cuerpo.

¡Que nunca sucedan estas cosas entre los sacerdotes, para que no se apague tampoco entre el pueblo todo el sentido de devoción, de piedad y de religiosidad! La gente más débil en la fe, al ver tales ejemplos, acaba por despreciar, poco a poco, las cosas de Dios. Así pues aquellos que tienen la buena costumbre de la interioridad con su ánimo y su corazón, también cuando no están en el coro,

más fácilmente son capaces de interioridad cuando están en el coro; y aquellos que aunque lejos de la iglesia, no suelen mantener conversaciones vanas, cuando se encuentran en ella saben presentarse ante los ojos con el decoro y la majestad de la fe. Todo esto revertirá en provecho vuestro, si observáis con constancia lo que otras veces os he recomendado hacer: que, de vez en cuando, vosotros, sacerdotes y canónigos de cualquier iglesia, os reunáis y tratéis juntos de las cosas que se refieren al espíritu. Crecer vuestra recíproca y mutua caridad, tendréis cada día nuevo estímulo para la devoción y con vuestro ejemplo moveréis a vuestro pueblo hacia una fe más profunda. En cambio, si dejáis de hacer esto, necesariamente vuestro fervor acabará por entibiarse y crecerá excesivamente la negligencia para el culto divino. Precisamente por este motivo muchos están tan poco atentos a los Sagrados Misterios; no tienen consideración para con las cosas de Dios como si no se tratase de realidades confiadas a ellos bajo grave responsabilidad.

No se puede pensar en nada peor que esta negligencia: ocasiona un daño tan grande a Dios, que le hace afirmar, por boca del Profeta: *«Ahora os advierto a vosotros, sacerdotes: Si no me escucháis y no decidís de corazón dar gloria a mi nombre, dice el Señor de los ejércitos, enviaré sobre vosotros la maldición, y cambiaré por maldiciones vuestras bendiciones. Ya las he maldecido porque ninguno de entre vosotros actúa de corazón»* (Mal. 2, 1-2). ¿Hay que extrañarse si sacerdotes de este tipo no se toman de corazón lo que se refiere a su ministerio? ¿Si se han convertido, como se dice en otro pasaje, *«como en una paloma ingenua, privada de inteligencia»*? (Os. 7, 11). Por esto David nos exhorta frecuentemente a *«cantar himnos con arte»* (Sal. 47, 8), para que los sentimientos estén de acuerdo con las palabras y tratemos las cosas de Dios con todo el afecto de nuestro corazón. ¡Debería ser fuente de vergüenza, hermanos, vernos separados de la gente común, distintos de sus ropas y atuendos, estar como coronados, haber dicho, cuando hemos recibido las

primeras Ordenes, «*el Señor es mi parte de heredad*» (Sal. 16, 5), destacarnos tanto en dignidad sobre los otros... y sin embargo no ser diferentes del pueblo en nuestra vida y comportamiento! Ser «*estirpe elegida, sacerdocio real, nación santa*» (1 Pe. 2, 9), mientras que cuando es considerada la vida de los sacerdotes, se debe afirmar: «*¿Sucederá lo mismo al pueblo que al sacerdote?*» (Is. 24, 2) Es necesario reprocharos también cuando os contentáis con poseer el mismo grado de virtud que la gente de vuestro pueblo, cuando estimáis que es suficiente ser como los más santos y los más perfectos entre ellos. ¿Cómo no deberíais llegar a su grado de virtud, no conseguir igualarlos en la religiosidad, en el amor a Dios y en los devotos afectos? ¡No tenemos ninguna excusa! No podemos decir, como cualquier otro: Soy un hombre frágil como todos, débil, enfermo. Si en efecto por una parte eres un hombre como los demás, sin embargo te diferencias en que has recibido un carácter indeleble. El Señor justo, que te ha elevado a esta dignidad, te ha dado ayudas suficientes para poder desarrollar de modo satisfactorio tu misión. Nadie puede poner en duda la verdad de esto: no creerlo con seguridad sería acusar a Dios de injusticia.

Que cada uno de vosotros, hoy, tenga como primera tarea que cumplir diligentemente el sopesar lo que es debido a Dios, todo lo que de Él ha recibido. Después que piense cuál debe ser la respuesta que debe darle. El modo justo de satisfacerlo. ¿Cuántas ocasiones fáciles para el estudio me han sido ofrecidas, como ningún otro podría pedir más en ninguna otra ciudad, excepto en Roma, que es la madre de todas las ciudades? Así pues si descuido el estudio –podrá decir alguno– ¿quién no me echará en cara mi culpa? He sido colocado en una situación de elevada dignidad, «*nos hemos convertido en espectáculo del mundo, de los ángeles y de los hombres*» (1 Cor. 4, 9); ¿con qué criterios deberé pues orientar mi vida y mi comportamiento? Mis defectos, mis pecados ¿no son acaso vergonzosos como las manchas en el rostro, que de pronto se

notan y es inútil tratar de ocultar? ¿Por qué no debería servir con todo el corazón a aquel Dios que me ha elevado a tal grado de nobleza? ¿Por qué no debería apresurarme hacia el coro para cantar las alabanzas de Aquel de quien he recibido tantos dones? ¿Por qué me retraso en ocupar mi sitio hasta casi el momento en que el censor me va a dar una nota de desaprobación? ¿Deberé prestar mi servicio a Dios sólo para ganarme el comprobante de asistencia, o para recibir los intereses, y no más bien para Él mismo? Sería una finalidad espuria, incluso horrible de decir: iservir a Dios por un interés terreno, envilecer un ministerio tan noble!

Hermanos, junto con Pablo *«os recuerdo que reavivéis el don de Dios que hay en vosotros por la imposición de nuestras manos. En efecto Dios no nos ha dado un Espíritu de temor, sino de fuerza, de amor, de sabiduría»* (2 Rom. 1, 6-7). No realicéis lo que os digo sólo por miedo de los castigos, o *«para ser vistos»* (Ef. 6, 6; cfr. 3, 22); no conviene a vuestro ánimo este temor servil e ignoble, porque habéis recibido un Espíritu de fuerza, de amor, de sabiduría. En verdad de vosotros se pide un alto grado de moderación en el comer, en las palabras, en el porte, en el vestir, en toda la vida, para que viváis de un modo sobrio, justo y piadoso. ¡Y no escandalicéis los ojos que os miran ni con palabras ni por ninguna otra razón!

Las miradas de todos están dirigidas sobre vosotros. Vuestros errores han llevado a las herejías, la mala manera de vivir de los sacerdotes ha conducido a muchos a apostatar de la fe. Nosotros mismos en estos días pasados lo hemos comprobado cuando, durante la visita a los habitantes de la Retia, hemos llegado a tierras de heréticos. Muchos de estos llegan a este punto a escondidas: si notaran en vosotros algo que no es conveniente con vuestro ministerio, al marcharse de Milán, contarían que los sacerdotes milaneses viven de tal modo, actúan así, hablan de esta otra manera, así pues a ellos les estaría permitido actuar mucho peor. Estad bien atentos, por eso, para que *«el nombre de Dios no sea blasfemado por vues-*

tra causa» (Rom. 2, 24); hoy estableciendo ante vosotros estos hitos interiores y llorando por estas amarguras, esforzáos para que jamás haya en vosotros, en el futuro, ninguna ocasión de llorar amargamente. Amén.

A LOS PARROCOS, A LOS CONFESORES Y A LOS PREDICADORES DEL CLERO SECULAR DE LA CIUDAD DE MILAN

**Homilía pronunciada en la capilla privada
del arzobispo
3 de enero de 1584**

Hermanos queridísimos, no se que hemos hecho en las fiestas que acaban de transcurrir. Probablemente os extrañáis porque he hablado en plural: qué hemos hecho. El motivo sin embargo es evidente: veo aquí reunidos a todos estos reverendos sacerdotes y cada vez que se habla del clero, se menciona automáticamente también al obispo, como aquel que es el primero y está a la cabeza del clero. El modo de vida del clero debe ser también el modo de vida del obispo; el obispo debe formarse a si mismo, así como tiene preocupación de que el clero se haya formado. Hoy pues debo dirigirme a miembros no cualesquiera del clero, sino a los sacerdotes confesores, a los Ministros de la Palabra de Dios, sobre todo a los párrocos y a aquellos que tienen a su cuidado las almas, a aquellos que, por encargo, son directamente nuestros cooperadores y coadjutores en el gobierno de las almas confiadas a nosotros, en los específicos encargos pastorales. ¿Qué podría decir que desearía que primero se me dijera a mí mismo? Vosotros sois partícipes de nuestra ansia pastoral, lleváis el peso de la misma preocupación por las almas, sois compañeros de fátigas: exhortaros a vosotros es exhortarnos a nosotros mismos; vuestras dificultades son las nuestras, vuestro encargo pastoral es el nuestro. Pero al final seréis partícipes también de nuestras ale-

grías, de los frutos y de los premios que con confianza esperamos; porque el Señor Jesús, príncipe de los pastores, los recompensará de todo esto. Por eso, todo lo que tratemos juntos a vosotros, también nos afecta a nosotros.

Os repito: no se de qué hemos hablado en estos días sagrados; no se cómo hemos hecho uso, para encendernos de celo, de esta afortunada ocasión que se nos ha presentado. Ignoro si hemos meditado sobre la figura de los pastores, sus vigiliass nocturnas, el cuidado de los rebaños, las apariciones de los ángeles, el alegre anuncio del nacimiento de Cristo; la prisa de los pastores por dirigirse al pesebre, su alegría, una vez que vieron los signos preanunciados por el ángel; la gloria que rindieron a Dios; la maravilla de la que se llenaron y el estupor común a todos por las novedades anunciadas. Todas estas cosas pueden ser puestas en sintonía con el inicio del nuevo año, de modo pleno y oportuno. Por eso, hoy, nos hemos reunido aquí para renovar dentro de nosotros el fervor y el celo espiritual.

Aquellos pastores son símbolo de los pastores de las almas: observad enseguida, por tanto, lo que es propio de la figura del pastor, porque es también nuestra prerrogativa. Ante todo, su vigilancia, de lo que también hablaremos. Lucas, no contento de haber dicho que *«había en aquella región algunos pastores que velaban»*, añade: *«que hacían guardia de noche a su rebaño»* (Lc. 2, 8): nos muestra su perseverancia en el velar: la noche, en efecto, estaba dividida en cuatro turnos de vela y los pastores los observaban. Por eso el Señor Jesús, hablando de la vigilancia de los pastores del espíritu, se había puesto ante los ojos la misma perseverancia y la señalaba con sus palabras: *«Estad preparados con los lomos ceñidos y las lámparas encendidas; sed semejantes a aquellos que esperan a su amo de vuelta de las bodas, para abrirle tan pronto como llegue y llame. Felices aquellos siervos a quienes el amo a su vuelta encuentre en vela; en verdad os digo, que se ceñirá y los sentará a la mesa y se pondrá a servirlos. Y, si llegando a la mitad de la noche o antes del*

amanecer, los encuentra así, ifelices ellos!» (Luc. 12, 35-36). ¡Cuántas veces el sacerdote comienza a desarrollar su ministerio con cierta diligencia; pero al encontrar un obstáculo, poco a poco se enfría y su diligencia se desvanece! El Señor nos pide que seamos asiduos en las buenas obras, constantes en el velar: «*aquellos pastores hacían guardia de noche*». Pero hay una cosa que el Evangelista añade y que nos interesa particularmente. En efecto añade: «*Hacían guardia de noche a su rebaño*». Nos hace comprender que los pastores de las almas suelen ser vigilantes, pero con la vigilancia que es grata al Señor, con la que Él exige. Son extremadamente atentos en las cosas materiales, pero en las del espíritu tienen los ojos pesados por el sueño, se apoltronan en el sueño. Hay algún sacerdote que se preocupa con diligencia de los intereses de su ministerio sacerdotal, no quiere perder nada, defiende con maestría los derechos de su iglesia: recupera lo que se había perdido, y se las ingenia para acrecentar cada vez más los ingresos. No hace mal actuando así, porque esto es parte de lo que ha prometido hacer. Pero ¡este no es el camino justo, no es la vigilancia grata a Dios el estar bien vigilante para los intereses materiales y después dormir por la salvación de las almas! Ante todo es necesario ser vigilantes con templanza y sobriedad. Las atenciones preferentes deben ser más por las almas que por las controversias jurídicas; por las cosas del espíritu que por las materiales. Sólo en caso de verdadera necesidad se debe poner en marcha también esta última vigilancia: estas cosas se deben afrontar, cuando uno se ve obligado, no como si fuera el comportamiento normal.

Como hemos llegado a tratar cómo incitarnos mutuamente a la vigilancia y al cumplimiento cuidadoso de nuestros deberes pastorales, querría que hoy nos centráramos en descubrir de qué sueño debemos despertarnos; qué sueño es extremadamente perjudicial para nosotros y para nuestro camino; cómo podemos vencerlo con la máxima diligencia y empeño, puesto que es específico de nuestro encargo y de nuestro ministerio el estar vigilan-

tes. Las Sagradas Escrituras nos recuerdan muchos tipos de sueño espiritual, de modo que no es posible dejar de hablar de ello. El primer sueño es la ignorancia. ¡Oh ignorancia, enemiga de los sacerdotes, qué perjudicial eres para ellos, que inconveniente! El sacerdote tiene en sus manos almas: debe saber distinguir una forma de enfermedad de otra; deber suyo es apacentar el pueblo que le ha sido confiado con su doctrina y su ejemplo, enseñar la Ley de Dios, dar una leche y un alimento sólido, y ofrecer una comida propocionada a cada uno. ¡Cuántos obstáculos a todo esto produce la ignorancia! ¡A qué severo juicio será sometido el sacerdote sin erudición, incapaz de cumplir alguno de sus deberes pastorales! Creedme: ninguno jamás es suficientemente sabio como para llevar dignamente el peso de su ministerio! Si esto es verdad para quien tenga necesidad de saber por si mismo –y también en un modo excelente– ¿qué deberemos decir de aquellos que deben ser sabios para si y para los otros? Dice el Señor, por boca del Profeta: «*Los labios del sacerdote deben guardar la ciencia*» (Mal. 2, 7). A sus sacerdotes el Señor pedía una ciencia tan clara y manifiesta que pudiera ser notada «*en los labios*»; quería que guardaran la comprensión profunda de cada cosa. «*De su boca se busca la instrucción*» (Ibidem), como cosa debida por derecho. Pero aquellos que son ignorantes ¿cómo podrán saldar esta deuda? Querría que meditáseis a menudo sobre esto; debéis tener siempre ante los ojos estas palabras, sopesarlas, meditarlas. Me entristezco no poco de todo esto; y, por otra parte, tengo mucho miedo por vosotros, cuando por una parte veo cuántas posibilidades hay en esta ciudad de ponerse al día; cuando recuerdo cuántos maestros, cursos, lugares de reunión se os ofrecen; mientras que por otra parte constato la negligencia de muchos que se resisten frente a los gestos de benevolencia divina que se les ofrecen, porque consideran que han estudiado ya bastante y que han avanzado mucho en la doctrina. Pablo escribía a Timoteo, que era un obispo erudito y con profundos conocimientos en las cosas sa-

gradas, incitándolo con fuerza para que se dedicase a ello más a fondo: *«Pero tú permanece en lo que has aprendido y te ha sido confiado, considerando de quiénes lo aprendiste y porque desde la infancia conoces las letras sagradas: ellas pueden instruirte para la salvación, que se obtiene por medio de la fe en Jesucristo. Toda la Escritura, en efecto, está inspirada por Dios y es útil para enseñar, convencer, corregir y formar en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y consumado en toda obra buena»*. (2 Tim. 3, 14-16) Alguno considerará suficiente haber superado el examen para el encargo pastoral, o haber conseguido el sacerdocio que le garantice el alimento cotidiano. En cambio Pablo, a aquel obispo doctísimo, le insiste que debe permanecer firme en la doctrina, aunque más abajo añade: *«desde la infancia conoces las Escrituras»*. ¡Es verdaderamente propio de los sacerdotes dedicarse al estudio y avanzar en ello cada vez más! Este tipo de sueño, el de la ignorancia, debe ser evitado con decisión por nosotros, hermanos. El profeta detestaba este sueño; decía: *«Sus guardianes están todos ciegos, no se dan cuenta de nada»* (Is. 56, 10); y más abajo: *«Los pastores son incapaces de comprender»* (Ibidem, v. 11). Los mismos que se espera que controlen, aquellos que están establecidos como centinelas para prevenir los males que amenazan, los mismos a quienes incumbe la tarea de indicar a los otros el camino, pues bien, éstos mismos están ciegos. ¿Cómo podrán indicar a los otros el camino justo, si ellos mismos lo ignoran? Estos mismos que deben revelar a los otros el sentido de las Escrituras, *«de cuya boca se busca la instrucción»* (Mal. 2, 7), ellos mismos son incapaces de comprender. Que no haya entre vosotros ninguno de ánimo tan vil y mente tan oscurecida que se atreva a decir: He conseguido el sacerdocio; ¿por qué debería emplear más tiempo en estudiar? Hemos aprendido de la experiencia que ha habido algunos que han afrontado el examen y han resultado idóneos, como para ser asignados al cuidado pastoral; ha sucedido que, después de algunos meses o algunos años, se ha considerado oportuno exami-

nar de nuevo su preparación doctrinal: hemos descubierto que sabían menos que cuando afrontaron el primer examen, a pesar de que a la preparación demostrada se hubiera añadido un largo cuidado de las almas y la práctica de lo que habían aprendido. Habían predicado a menudo la Palabra de Dios, habían tenido a menudo muchas ocasiones de profundizar sus estudios, pero aún dando como verificadas estas cosas, se vió claramente que habían olvidado todo porque, contentos con lo que sabían, habían dejado de estudiar. ¡Almas innobles y mezquinas! Es evidente que cuando estudiaban, no lo hacían por amor a la ciencia o para crecer en la virtud, sino sólo mecánicamente, para conseguir el sacerdocio. No queráis, amadísimos, perder las ocasiones que Dios os ofrece a causa del ocio: no os mostréis ingratos hacia la clemencia de Dios. Mostrad con hechos la pureza y la grandeza de vuestro ánimo; que deseéis gozar de lo que es virtuoso y avanzar en la doctrina. Isaías nos muestra otro sueño lleno de peligros. *«Son todos perros mudos, incapaces de ladrar; soñadores, se acuestan, son amigos de dormir»* (Is. 56, 10). Se abandonan a sueños fútiles y se gozan de tales vanidades. En otro lugar el profeta muestra claramente quiénes son aquellos que duermen este sueño: *«Sucederá como cuando un hambriento sueña con comer, pero se despierta con el estómago vacío; como cuando un sediento sueña con beber, pero se despierta cansado y con la garganta seca; así sucederá a la multitud de todas las naciones que marchan contra el monte de Sión»* (Is. 29, 8). ¿Sabéis vosotros, sacerdotes, quiénes son los que duermen y sueñan de este modo? Son aquellos que tienen su corazón inmerso en las cosas del mundo, aquellos que no se proponen otra cosa sino acrecentar sus riquezas, enriquecer a sus padres, prever para su propia vejez. ¡Desgraciados! ¿Cuál será su fin? La muerte llega de improviso y *«dejarán a otros sus riquezas. El sepulcro será su casa para siempre»* (Sal. 49, 11-12). ¡Realidad miserable hasta más no poder! El Eclesiastés parece describir verdaderamente sacerdotes de esta naturaleza: *«Además he consi-*

derado otra vanidad bajo el sol: uno está solo, sin herederos, no tiene hijo, ni hermano. Sin embargo no deja nunca de fatigarse, ni se hartan sus ojos de riquezas: ¿Para qué me fatigo y me privo de bienes? También esto es vanidad y un duro afanarse» (Ecl. 4, 7-8). Esta es la desgracia de muchos sacerdotes: aquí caen muchos a menudo. Pero admitamos aún esto: un sacerdote tiene padres pobres, quizá muchos los tienen. Pero ¿es esto un motivo válido para usar el sacerdocio de un modo tan abyecto? Nuestro ánimo está entristecido porque frecuentemente nos llegan voces de irritación y de queja de algún sacerdote a propósito de las limosnas, de las velas y los cirios que se le deben cuando son llamados a celebrar las exequias y a recitar el oficio de los difuntos. Estos desgraciados ¿qué se están preparando? Amasarán dinero, dejarán claro a todos que su ánimo es innoble, les llegará la muerte y *«con sus bienes otros se darán la buena vida»* (Eccl. 14, 4). No pocas veces sucede que los familiares y los herederos, después de la muerte, no hagan celebrar ni siquiera un Sta. Misa de sufragio. La avaricia de los sacerdotes es una grave desgracia; cuando esta peste ha tomado posesión de su corazón, caen en el abismo de toda desgracia. El Profeta se lamenta de estos desventurados, porque *«cada uno seguía su camino»* (Is. 53, 6). Son aquellos que el Apóstol Pablo define como aquellos que *«buscan sus propios intereses, no los de Jesucristo»* (Fil. 2, 21). Cuando un sacerdote deja paso en sí mismo a una actitud así, todo va mal; fija todo para este fin: ganar y enriquecerse. Calla, cuando, por el contrario, debería reprender; tolera, no toma posición, disimula los pecados; absuelve de aquello para lo que no tiene poder; se embarca en todas las actividades de las que espera obtener beneficio; envilece el sacramento de la Confesión, usándolo para fines viles e innobles; desvía toda sanción penal. Por todo esto, los hombres, mal guiados, se endurecen en los pecados, prolongan situaciones de concubinato, practican la usura. Y, sin embargo, estos ministros del Altar, tienen siempre dispuestas excusas. Dicen que han denunciado al

superior los nombres de estos pecadores durante el periodo pascual, y que por tanto han cumplido con su deber y que no ven qué otra cosa han de hacer. Dice muy bien S. Bernardo: «Cuando muere un hijo, ¿acaso la madre podrá consolarse fácilmente, viéndolo exánime, con solo pensar que ha hecho todo lo que le era posible, que ha tomado todos los cuidados para que no muriera? Un verdadero amor materno no admite tal forma de resignación». Quien forma parte del número de tales sacerdotes razona consigo mismo de este modo: Yo también tengo un hijo, un feligrés mío, debilitado por los pecados, muerto; ¿y me podré consolar o considerar que he hecho bastante porque he señalado a mi superior o a mi obispo tal calamidad? ¿Arde todavía en mi pecho el celo por el honor del Señor y la salvación de esta alma? ¡Oh, si tal celo, queridísimos hermanos, tuviera un poco de fuerza en este sacerdote, cómo se sentiría angustiado y estimulado. No se daría nunca por vencido, pasaría las noches sin dormir, lloraría, no se ahorraría fatigas y atenciones con tal de dar la vida al alma de este hijo suyo! ¡Y en cambio...! Por esto sucede que en muchos lugares se encuentran personas, que, aunque viviendo en situación de pecado desde muchos años, sin embargo son confesados y se acercan a la sagrada Mesa: después, muchos no hacen ni una cosa ni la otra y continúan perseverando en el pecado. Todas estas cosas deben ser achacadas a la avaricia de los sacerdotes. Jeremías dice: *«Cosas horribles y espantosas han sucedido en la tierra. Los profetas predicán en nombre de la mentira y los sacerdotes gobiernan por su propia cuenta; sin embargo mi pueblo está contento con esto. ¿Qué haréis cuando llegue el fin?»* (Jer. 5, 30-31). Y más adelante añade: *3«Del más pequeño al más grande todos cometen fraude; desde el profeta al sacerdote todos practican la mentira. Ellos pretenden curar la herida de mi pueblo, pero sólo a la ligera, diciendo: ¡Bien, bien! Pero no va bien»* (Jer. 6, 13-14). *El sacerdote avaro dice: La amistad con éste me puede ser útil; trataré de hacerla crecer. Por eso me callaré y disimularé.*

¡Cosas espantosas y horribles! Tratan de cubrir los contratos ilícitos, «hacen cintajos para todas las articulaciones de las manos y preparan lazos para todas las cabezas» (Ez. 13, 18). Presentan esta atenuante: «Mi pueblo está contento con esto» (Jer. 5, 31) y dice: No encuentro en este hecho aquel remordimiento de conciencia que otro sacerdote, severo, inútilmente trataba de suscitar en mí. Este es demasiado rígido y trata de asustarme inútilmente. He encontrado a uno que me absuelve, aunque tenga una concubina en casa. Es suficiente prometer que con ella no caeré más en pecado. El profeta dice: «¿Qué haréis cuando venga el fin?» (Ibidem), y sin añadir nada más, cierra el párrafo.

¿Qué sucederá en el momento de la muerte, del sacerdote y del penitente engañado por él? Pensad por vosotros mismos qué sucederá. Ciertamente *«cuando un ciego guía a otro, los dos caerán en un foso»* (Mt. 15, 14). Por eso estos disimulos, esta ligereza, los engaños, la muerte de las almas derivan del hecho de que *«cada uno sigue su camino, cada uno piensa en su propio interés, sin excepción»* (Is. 56, 11): La Verdad Eterna nos ha enseñado con sus mismas palabras que debemos huir de este sueño: *«Estad bien atentos»* y temed *«que vuestros corazones no se embrutezcan en disipaciones, borracheras y afanes de la vida»* (Luc. 21, 34).

¿Hay acaso, hermanos, algún otro sueño perjudicial para los sacerdotes? Seguramente es el de las comilonas y las borracheras, como acabáis de oír en las palabras de Cristo. El no tener medida al alimentarse no sólo embrutece el cuerpo sino también el corazón. Hay algunos que dicen: *«Venid, yo tomaré vino, y nos emborracharemos de una bebida embriagadora. Mañana será como hoy; hay una reserva muy grande»* (Is. 56, 12). Gocemos de este mundo como hacen todos: ¿por qué vamos a intentar inútilmente cambiar el mundo? El fin de éstos es comer, beber y dormir.

Pero ¿es posible pensar en encontrar sacerdotes entregados al cuidado de las almas que duerman? Hermanos,

no es este el fin de nuestra vocación; no es ésta la intención de quien os ha elegido para este ministerio. Cuando Cristo llamó a Pedro y a Andrés al apostolado, empleó estas palabras: «*Seguidme, os haré pescadores de hombres*» (Mt. 4, 19). La vida de los pescadores está llena de fatigas y de peligros; echan las redes de día y de noche; no dejan de pescar ni en el frío ni en el calor; ni lo dejan por cualquier dolorosa molestia; incluso, si después, muchas veces, no cogen nada. Con el ejemplo de estos dos hermanos, el Señor enseñaba que aquel que es llamado al cuidado de las almas, no es llamado a la tranquilidad ociosa, sino a un trabajo continuo, a pescar. Guiar las almas es ciertamente una tarea que requiera fatiga y, a pesar de ello, algunos ignoran las obligaciones de su ministerio; se dicen a sí mismos que ya han alcanzado un puesto muy cómodo de sacerdote, que tienen abundantes ingresos, que tienen de qué vivir holgadamente y que por ello pueden descansar. Esta actitud espiritual es extremadamente nociva, incluso en un hombre de vida mundana: ¡cuánto más en un sacerdote! Estaba guiado por ese espíritu aquel que decía: «*Alma mía, tienes a tu disposición muchos bienes, para muchos años; descansa, come, bebe, y date la buena vida. Pero Dios le dijo: Necio, esta misma noche se te pedirá la vida. Y lo que has preparado ¿de quién será?*» (Luc. 12, 19-20). Muchos fijan límites a su fatiga pastoral; dicen: he ido a casa del enfermo que me ha llamado; lo he confesado; le he llevado la Comunión; he hecho de modo que mis fieles cumplieran el precepto en el periodo pascual; me he dedicado a explicar la doctrina cristiana por las tardes de los días festivos. No se pretende otra cosa de mí.

¿Cómo puedes decir: ninguna otra cosa? ¡Cuántas otras cosas requiere el cuidado de las almas! Tu ministerio requiere mucho más. Está esa persona a la que debes aconsejar a su tiempo o fuera de tiempo; debes mostrarle claramente ante sus ojos las penas del infierno; debes descubrirle las heridas de sus pecados; debes presentarle la Pasión de Cristo, sufrida para borrar los pecados. Debes

constantemente exhortar, suplicar, instruir, invitar a la frecuencia de los sacramentos, dirigir las almas. Y cuando por don de la gracia, en el corazón de éstos nazca Cristo, debe ser mantenido y seguido. Un párroco, a quien Cristo ha confiado las almas, ¿podrá estimar que ha cumplido su deber por el hecho de haber cumplido su ministerio en el periodo pascual? ¡Cuánta solicitud debe poner todavía en práctica! *«Quien preside, lo debe hacer con diligencia»* (Rom. 12, 8), dice S. Pablo. La pérdida de esta diligencia es un daño gravísimo: de ella deriva la ruina de los parroquianos y las almas confiadas al cuidado pastoral. Dice el Sabio: *«He pasado junto al campo de un perezoso, junto a la viña de un insensato: por todas partes habían crecido malas hierbas, el terreno estaba cubierto de cardos, y el cercado de piedras estaba en ruinas»* (Prov. 24, 30-31). Si se debilita el fervor en el cuidado de las almas, enseguida crecen con fuerza todos los males. El campo del párroco es la parroquia: la viña son las almas confiadas a él. Si el párroco es perezoso, si duerme, la parroquia se llena enseguida de malas hierbas y cardos; en ella ponen sus raíces mil abusos, mil escándalos, la corrupción. El recinto de piedra se desmorona: se destruye la observancia de los mandamientos por la que las almas son protegidas como por una muralla. En consecuencia, una parroquia sin orden, fieles entregados a la disolución, ya sin una regla de vida, son indicio de la pereza y la torpeza del párroco. Todo esto, en nosotros, hermanos, es un pecado gravísimo, mortal, aunque pueda ser excusable en aquellos sobre cuyas espaldas no pesa este ministerio. Que ellos escuchén esta exhortación del Espíritu del Señor: *«¿Hasta cuando, perezoso, estarás durmiendo? ¿Cuándo te despertarás del sueño?»* (Prov. 6, 9). Los santos pastores de quienes habla el Evangelio de hoy no se comportaron así: ellos *«hacían guardia de noche»*. Por eso el Señor los ha honrado con tanto honor y los ha iluminado con una luz tan elevada: pues Dios es la luz de aquellos que velan en su ministerio. Cada uno de nosotros debe ser vigilante en la espera del juicio; que diga: Debo rendir cuenta de estas

almas. El Señor me las ha confiado, no se cuándo «*el Hijo del hombre vendrá*» (Luc. 12, 40) para pedirme las cuentas. Por eso estaré siempre dispuesto, para que «*cuando venga y llame, enseguida le abra la puerta*» (cfr. Luc. 12, 36). Hay todavía otro gravísimo sueño: el no esperar al Señor cada hora y cada momento. Él mismo nos indica con qué preparación se le debe esperar: «*Estad preparados, con los lomos ceñidos y encendidas las lámparas*» (Luc. 12, 35). Tiene los lomos ceñidos quien no está ocupado en preocupaciones mundanas, sino que se mantiene libre y desatado de ellas. Las lámparas encendidas son la inocencia de la vida y las obras acordes con lo que es enseñado. ¡De qué levadura debe ser la vida, la conversación honesta, los gestos y las palabras de los sacerdotes! Aquellos que tienen el cuidado de las almas y han sido establecidos como ejemplo para el pueblo confiado a ellos, y a cuyo ejemplo muchos conforman su vida, ¡cómo deben mucho más que otros resplandecer y brillar por sus obras perfectas!

¡Con cuánto cuidado es necesario huir de las maneras mundanas y la excesiva familiaridad, siempre perjudicial para quienes pertenecen al estado clerical. Por esto se dejan arrastrar a comilonas y banquetes; se hacen cada vez más dignos de desprecio, acabando por ser incluso peores que la gente del mundo, contagiándose de su forma de ser: «*se mezclan con los pueblos y aprender sus obras*» (Sal. 106, 35). Pero si el sacerdote y el párroco, que es como el ojo de su parroquia, está sumergido en las tinieblas, ¿en qué condiciones estará toda la casa (Cfr. Mt. 6, 23; Luc. 11, 34)? ¿Si la sal se vuelve sosa, con qué se le dará sabor (cfr. Mt. 5, 13)? Si aquel que debe poner sólidas bases, erudición, luces, indicaciones, está afectado por gravísimos males, ¿cómo será posible prestar cuidado a los parroquianos?

Aquellos que velan en la espera evitan este sueño y el Señor los recompensa en la alegría. Mientras los pastores velaban, «*la gloria del Señor los envolvió con su luz*» (Luc. 2, 9); oyeron el anuncio del ángel que proclamaba

el nacimiento de Cristo, y a continuación pudieron verlo en persona. También el párroco que es vigilante puede ver a un pecador cambiar de vida, gracias a su ejemplo y a su empeño; a otro que anula contratos ilícitos; también a otros que vuelven a acercarse con frecuencia a los sacramentos. En todos estos ve a Cristo que nace, se llena de estupor y de gozo.

Los pastores se dirigieron apresuradamente al pesebre y vieron la señal que el ángel les había indicado: «*un niño envuelto en pañales, que yace en un pesebre*» (Ibidem, v. 12). ¿Qué habríamos visto, si con ellos nos hubiéramos acercado al pesebre en los días pasados? Un Dios hecho hombre, en el corazón del invierno y de la noche, en el frío y en el hielo, nacido en un establo, «*porque no había lugar para ellos en la posada*» (Ibidem, v. 7), acostado entre dos animales, sobre el heno, sufriendo, temblando, gimiendo. ¿Acaso el niño Jesús no sufrió todo esto por las almas? ¿Y nosotros, pues, podremos rehusar el gastar las energías, fatigarnos, sufrir, soportar un poco de pobreza por las mismas?

El sumo sacerdote sobre el pectoral tenía escritos, con oro y piedras preciosas, los nombres de los hijos de Israel (cfr. Ex. 28, 15 ss.). Esto es figura de Cristo, supremo sacerdote y pontífice, que ha grabado sobre su corazón las almas de todos, extremadamentepreciadas para Él. El ejemplo de Cristo nos enseña a considerar de inmenso valor ante nuestros ojos las almas confiadas a nosotros. Para salvarlas el Hijo de Dios ha derramado toda su sangre: ¿y nosotros consideraremos cosa de poca monta aunque sea una sola de ellas? ¿Nos será posible ver al pueblo completamente bañado por la preciosísima sangre de Cristo, sin sentirnos dispuestos, si es necesario, a dar nuestra vida por ello? ¿No daremos nuestro magisterio, no aconsejaremos, no daremos instrucciones, no guardaremos las almas redimidas a tan caro precio? Quisiera, hermanos, que, al inicio de este nuevo año, pusieramos este fundamento. Hace dos días el Señor Jesús en la Circuncisión comenzó a derramar precozmente su sangre por las almas; ¿perma-

neceremos nosotros ociosos e inertes? ¿No deberemos darnos a nosotros mismos sin ningún límite, por el hecho de que los misterios de Cristo que hemos contemplado nos estimulan e incitan?

Después de haber visto a Cristo, los pastores volvieron a su casa, llenos de estupor y alegría, *«alabando y glorificando a Dios»* (Luc. 2, 20). ¡Qué consuelo sentirá el sacerdote, al término de su vida, al ver presentadas ante Dios a numerosas almas por mérito de lo que él ha realizado! ¡Con cuánta tranquilidad de conciencia podrá decir que ha conquistado para Cristo tal alma; que ha apartado de una situación de concubinato a otra; que ha apartado a otra de contratos ilícitos! Son sus victorias: *«había muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido hallado»* (Luc. 15, 24). Santiago afirma: *«Hermanos míos, si uno de vosotros se aleja de la verdad y otro logra reconducirlo, sepa que quien convierte a un pecador de su errado camino, salvará su alma de la muerte y cubrirá una multitud de pecados»* (Sant. 5, 19). Job hace notar el ánimo grato de los pobres que él vestía: *«Si vi al miserable sin vestidos, y al pobre sin ropas, y no me bendijeron sus carnes y no se calentaron con el vellón de mis corderos»* (Job. 31, 19-20). Así pues, si sólo los costados y el cuerpo de los pobres, notando que son cubiertos y calentados por los vestidos de esta santa persona, parecen bendecirlo y darle gracias no tanto con palabras sino con su mismo bienestar, ¡cuánto más las almas salvadas del pecado darán las gracias a los buenos sacerdotes!: estaban desnudos y por su interés, por su cuidado, se han revestido de gracias y se han calentado al fuego de la caridad. No hay otra consolación que pueda ser comparada a ésta.

Acordáos por eso, hermanos, que esta es nuestra primera tarea: digo nuestra, porque de él nadie está excluído. Es mío y de los párrocos, de los que oyen las confesiones y de los que predicán. Por eso todos nosotros debemos estar vigilantes. El cuidado pastoral es como un tipo de caza. Los Apóstoles eran cazadores: cazadores fueron los que les sucedieron y sus colaboradores. El Señor, por

boca del profeta, les decía: *«Enviaré a numerosos cazadores que les darán caza en cada monte, en cada monte y en las cavernas de las rocas»* (Jer. 16, 16). Para la caza generalmente se usan dos tipos de perros de caza: unos se mandan al bosque para espantar a las presas, para obligarla a salir a descubierto y ponerla en fuga; los otros sirven para perseguir y cazar a las presas que huyen. En la caza espiritual, los predicadores mueven a los pecadores, amenazándoles con las penas del infierno, mostrando la fealdad del pecado, infundiendo el temor de Dios. Una vez que el pecador está lleno de este temor y piensa consigo mismo: ¡En qué situación de peligro espiritual me encuentro! Si muriera, sería de inmediato arrojado a las penas eternas para ser atormentado por el fuego inextinguible!, se dirige al confesor y se convierte inmediatamente en presa de Cristo. Le abre su conciencia, revela sus pecados, pregunta cuáles son los medios, y mediante los consejos, las exhortaciones, los mandatos saludables del sabio sacerdote, se prepara a Cristo un plato de caza.

Aquí estáis presentes todos vosotros que sois como las fuerzas esenciales de la vida espiritual del pueblo. ¡Incitémonos mutuamente y encendámonos de celo al inicio de este nuevo año! Decidamos firmemente ser siervos de Dios, no llamados a la tranquilidad y al descanso, sino a la fatiga apostólica. Reconozcamos nuestra llamada (cfr. 1 Cor. 1, 26), qué es lo que conlleva el celo por las almas; abracemos seriamente este encargo tan gravoso. Tratemos de ser útiles a las almas con las palabras, con el ejemplo, las exhortaciones, los mandamientos, gobernando y dirigiendo la Iglesia con rectitud. Que el pueblo sea incitado a una vida correcta, no sólo porque no ve acciones malas en nosotros, sino porque reconoce la dignidad sacerdotal en cada gesto nuestro y la modestia que caracteriza a toda acción exterior nuestra. ¡Que pueda ver que nuestro ministerio es agradable a Dios; que sirvamos dignamente al altar; que amemos el decoro y la belleza de la iglesia, casa de Dios; que conservemos limpio y pulcro todo lo que sirve al culto sagrado. Hermanos, volveremos a visitar,

sin previo aviso, vuestras iglesias, los altares y las sacristías. Llegaremos cuando menos lo penséis. Haced de modo que no tengamos que imponer duras sanciones. En los meses pasados no hemos podido realizar esta tarea, como bien sabéis, porque hemos obedecido al santísimo Vicario de Cristo que nos había encargado visitar la Retia. Pero, de ahora en adelante hasta la solemnidad del sacratísimo Cuerpo de Cristo, nos presentaremos con mucha más frecuencia. Entretanto, anotad todo lo que consideréis oportuno darnos a conocer cuando vengamos, sobre todo con relación a aquellos que en los festines se entregan a gastos desmesurados o se dedican completamente a la diversión en estos tiempos de carnaval: que no circulen por la ciudad hombres enmascarados, durante los domingos y los días de fiesta. Ocupaos de la familiaridad de los creyentes en la casa de Dios; que los hombres y las mujeres recen separadamente en las iglesias; que las mujeres no entren sino con la cabeza cubierta. Tened cuidado de los que pertenecen al estado clerical que están a vuestro servicio: que no deambulen ociosamente por la ciudad. Si en cualquier cosa tenéis necesidad de nuestra ayuda, hacedlo saber.

Que el martes de la próxima semana cada párroco nos traiga los libros parroquiales del año 1583, en los que deben estar anotados distintamente los bautizados, los confirmados, los difuntos, y los que han contraído matrimonio.

Por último: vivid de modo que podáis rendir cuentas al Señor con alegría de vosotros mismos y de vuestros parroquianos. Amén.

DOMINGO DURANTE LA OCTAVA DE LA EPIFANIA

**Homilía sobre el capítulo II del Evangelio
según Lucas**

«Cuando Jesús tuvo doce años»

**Pronunciada en la basílica metropolitana
en Milán**

8 de enero de 1584

Amadísimos hijos, hemos visto a muchos personajes de variado tipo dar testimonio de Cristo, nuestro Salvador que ha nacido: los Angeles lo habían anunciado a los pastores; una nueva estrella, apareciendo a los reyes Magos, los había conducido desde el oriente al pesebre; poco después el santísimo Simeón, lleno del Espíritu Santo, teniendo entre sus brazos al Divino Infante, había exclamado: *«Ahora, Señor, deja que tu siervo vaya en paz según tu palabra porque mis ojos han visto tu salvación, preparada por Ti ante todos los pueblos»* (Luc. 2, 29-30). Y Jesús, el Redentor, ¿estará siempre en silencio mientras todos hablan de Él? ¿Soportará estar siempre escondido Él a quien toda criatura venera con testimonios tan excelentes? Vosotros que me escucháis, sabed que no es así. Una vez llegado el tiempo establecido, mostrará el esplendor de su divinidad con aquellos rayos que son la predicación, las obras y los milagros. ¡Qué espectáculo dará de sí mismo sobre la Cruz; qué abertura descubrirá en su pecho, para que los hombres puedan penetrar en los más íntimos secretos de su corazón! Él ha reservado su manifes-

tación para aquel tiempo tan deseado por Él en el que dijo: «*He deseado ardientemente comer esta Pascua con vosotros*» (Idem, 22, 15); iba a comenzar el tiempo de su Pasión: «*Hay un Bautismo que debo recibir; y que angustia siento hasta que se cumpla*» (Idem, 12, 50). Era como si dijera: ¿Por qué angustias estoy atormentado, por qué sufro así? Pero, buen Jesús, estos tiempos son todavía muy lejanos! Tú has venido al mundo como la luz verdadera que ilumina a todo hombre, te mantendrás escondido hasta los treinta años y ¿soportarás que tan grandes tinieblas envuelvan a tus hermanos, con los que te has querido encontrar? ¡Estad alegres, hijos de los hombres! Él desea revelarse con más entusiasmo que cuanto vosotros anhelaís conocerlo. Arde en amor por vosotros: le habéis arrebatado el corazón con una sola de vuestras miradas (Cant. 4, 9); vuestras miserias y vuestras desgracias han herido su alma y no permitirá que no lo conozcáis por tan largo tiempo. Así pues, hoy, todavía niño, «*cuando tuvo doce años*» (Luc. 2, 42), comenzó a manifestar progresivamente su divinidad a los hombres, estando sentado en el Templo con los Doctores de la Ley, escuchándoles y preguntándoles, de uno en uno: y todos «*estaban llenos de estupor ante su inteligencia y sus respuestas*» (Ibidem 2, 47). Es verdaderamente luminoso el relato que se hace en el Evangelio de hoy y que la Santa Madre Iglesia nos propone a la reflexión. Hemos considerado que algunos rasgos de él, bien meditados, son extremadamente útiles para ordenar nuestra vida.

Cristo era el verdadero sol de justicia, queridísimos hermanos; no podía suceder que él no brillase para el mundo entero. Pero, como el sol que vemos, antes de mostrar completamente sus rayos, y difundirlos sobre toda la tierra, hace preceder la aurora, a la que poco a poco sustituye resplandeciendo cada vez más, hasta que brilla es todo su esplendor cuando llega a su ápice, así el Hijo de Dios, antes del tiempo de su plenitud, en el que mostraría su divinidad e incommensurable amor por nosotros, hoy ha comenzado a resplandecer en su infancia

—considero— como en una aurora. El Evangelista Lucas dice: «*Cuando tuvo doce años*», y estas son palabras ricas de puntos de reflexión para la contemplación y para la vida. Lucas había narrado, poco antes, que los padres de Jesús tenían la costumbre de dirigirse cada año a Jerusalén en la Fiesta de Pascua; aquí añade: «*Partieron de nuevo según la costumbre*» (Ibidem, 2, 41-42). Esta es la primera enseñanza: con qué solícita y decidida diligencia han de guardarse las costumbres piadosas y loables, las tradiciones religiosas que han sido recibidas y confirmadas por un largo uso. Para vosotros, padres, es un deber preciso pasarlas a vuestros hijos, enseñarles estas tradiciones, sugerirles los usos y las costumbres de la Iglesia, e incitarles a su observancia. No es necesario que vayáis a indagar sobre su origen: por qué tal día se hace tal Súplica, por qué en determinados tiempos hay algunas ceremonias, por qué se practican algunos ayunos; con toda simplicidad se os pide que de modo particular guardéis las costumbres, como hacían los padres de Jesús: la fuerza de estos usos es tal que el Apóstol Pablo, mientras ordena que las mujeres permanezcan en la iglesia con la cabeza cubierta, puede afirmar, sin apoyarse en otra argumentación: «*Nosotros no tenemos esta costumbre*» (1 Cor. 11, 16). También ahora se conservan usos y con fuerte convicción: pero ¡ay! ¿cuáles son? Los que el demonio ha introducido y ha hecho llegar hasta estos tiempos. Entre los cristianos hay todavía fiestas paganas, como por ejemplo el Carnaval, que estaremos obligados a ver y a sentir estos días, con sumo dolor y desagrado. Los hombres, saltando como cabritillas, van y vienen por la ciudad; ofenden a Dios de mil modos; manchan dolorosamente sus almas, dando no sólo a sus conciencias sino también a la impresión externa la imagen de tremendos fantasmas y rasgos endemoniados. No se conservaban así las costumbres santas y dignas de alabanza de la Iglesia primitiva: la de comulgar a diario, la de profesar simplemente la fe de Cristo, la de frecuentar asiduamente las iglesias, y todas las demás tradiciones de este tipo.

Cada año todos debían dirigirse tres veces al Templo, excepción hecha de aquellos que, a causa de la excesiva distancia, eran obligados a hacerlo una sola vez. Pero ¿Dios no está en todas partes? ¿No llena Él el cielo y la tierra? ¿No hay que adorarlo en todo lugar y no es posible dirigirle las oraciones en todas partes? Ciertamente. Pero el lugar más indicado e idóneo para la oración es la iglesia, de la que se dice: *«Mi casa será llamada casa de oración, pero vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones»* (Mt. 21, 13). La oración que es elevada en los lugares dedicados a ello tiene mayor eficacia, una energía escondida. ¡Qué fuerza emana de aquellas numerosas bendiciones, consagraciones, aspersiones con las que las iglesias son consagradas y destinadas a la oración!

Además la caridad y el fervor de aquellos que rezan es acrecentada por el hecho de ser muchos los que rezan en la iglesia, movidos por la propia devoción y por los ejemplos de piedad, de modo que se convierte en un estímulo recíproco para la vida de fe. Esta oración común y unánime tiene una gran fuerza ante Dios, habiendo prometido Él que estaría presente allí donde dos o tres se hayan reunido en su nombre (Cfr. Mt. 18, 20); y además ha prometido atender aquí en la tierra la oración de dos que estén de acuerdo en pedir alguna cosa (Ibidem 18, 19). Después que Salomón fundó aquella casa del Señor, a la que vemos dirigirse, en el Evangelio de hoy, a los padres de Jesús, el famoso Templo de Jerusalén, suplicó por largo tiempo al Señor con una oración maravillosa: *«Estén abiertos tus ojos, de noche y de día, sobre esta casa. Todos los que oren en este lugar, sean escuchados desde el lugar de tu morada»* (1 Re 8, 29-30), y todas las otras palabras que siguen: oraba por los hijos de Israel y por los extrajeros que llegaran allí para obtener la ayuda de Dios frente a los enemigos, a la penuria, al hambre y la sequía. Pero ¡cuánto más fácilmente podrán obtener todo cuanto desean aquellos que se acerquen a este verdadero Templo, a esta sagrada mansión de Dios para rezar! Aquí no están depositadas las tablas de piedra de la Ley, ni los Pa-

nes de la Proposición, ni el bastón de Arón, ni el Arca de la Alianza; sin embargo, sobre el trono de su Majestad, aquí está asentado en el santo Altar, el Hijo de Dios mismo, Dios y hombre, rodeado de innumerables millares de ángeles. Aquí está aquel Pan que ha bajado del cielo, el portador de la ley evangélica, escrita por Él no sobre tablas de madera o de piedra, sino «*sobre tablas de carne de vuestros corazones*» (2 Cor. 3, 3); aquí habita aquella planta que floreció en el seno de la Virgen; aquí, en fin, vive el arca de la divinidad y el tesoro de toda gracia. ¿Quién podría no percibir los rayos salvadores que, emanando del altar, iluminan su mente y calientan su corazón, mientras se encuentra en la iglesia rezando? En el Antiguo Testamento la Iglesia de Dios era llamada «Propiciatorio»; pero el verdadero propiciatorio es nuestra iglesia en la que habita aquel «*que perdona todas tus culpas, cura todas tus enfermedades*» (Sal. 103, 3), al que debemos aproximarnos con la mayor fe y esperanza. Esta es pues la razón por la que es preferible rezar en la iglesia que en otro lugar; tal es el mandamiento del Señor, aunque Él esté en todas partes: el dirigimos a su santo templo cuando hayamos decidido dedicarnos a la oración. Pero, si por una parte es cosa buena que los cristianos estén ligados más a una u otra iglesia, sin embargo deben sentirse más aficionados a sus iglesias madres, a sus catedrales, a sus iglesias parroquiales y frecuentarlas más que las otras: esto está prescrito por los antiguos decretos de los sagrados cánones, por los que está sancionado que, durante la celebración de la Misa, se proclame en voz alta que aquellos que no pertenecen a aquella parroquia, se dirijan a la suya propia. En las propias iglesias parroquiales, por mandato de los Obispos, los párrocos enseñan todo lo que se refiere a la vida espiritual, qué súplicas se deben hacer, qué matrimonios se han de celebrar, qué formas de sufragio se han de ofrecer por los difuntos, cuáles son los días de fiesta que hay que pasar piadosamente. Aquellos que no frecuentan sus iglesias se hacen progresivamente ignorantes en el campo espiritual: acaban por no saber lo

que sería muy oportuno que conocieran, lo que por el contrario deberían tener en gran consideración. Y no digas, cristiano: Aunque no vaya a Vísperas, no cometo pecado; desde el momento en que, de este modo, se introduce en el ánimo un dañoso olvido de las cosas de Dios y el corazón de estos hombres se convierte como en «*una tierra olvidada*» (Sal. 88, 13) hay que dolerse. Un sendero que no es recorrido a menudo se hace fácilmente impracticable; el campo que no es cultivado con asiduidad y cuidado poco después se llena de ortigas, espinas y cardos. Lo mismo sucede a aquellas almas que raramente se acercan a la iglesia: en ella son hechas progresar mediante las santas ceremonias, los cantos sagrados y la recitación de los Salmos. Todas estas cosas tienen gran eficacia en las mentes más disponibles, como de sí mismo atestigua el doctor de la Iglesia Agustín, Obispo santísimo: haber llegado a llorar, a veces, y después creer y tener devoción sobre todo por lo que veía hacer y oía cantar en la iglesia. La debilidad humana encuentra una gran ayuda en estas ceremonias exteriores: por medio de ellas es poco a poco educada al gusto y a la comprensión de las cosas del cielo. Esto se comprueba también en las realidades terrenas: en efecto, las decoraciones en las casas de los reyes, la abundancia de tapices, los tejidos bordados con espléndidas piedras, la vajilla de plata y de oro provocan sumo temor y respeto hacia aquellos mismos reyes que por otra parte podrían parecer despreciables.

Para decir la verdad, la ley prescribía que sólo los hombres estuvieran obligados a dirigirse a Jerusalén para las festividades; el Señor hacía de este modo comprender qué inoportuno sería que las mujeres viajaran, estuvieran muy a menudo en lugares públicos, o fueran para arriba y para abajo por las calles, sino para procurar honor a Dios, o para subir a Jerusalén por el bien de sus almas: haciendo todo esto no hay necesidad de ninguna demora. Así pues las mujeres no tenían que dirigirse al Templo. Me pregunto: ¿qué dirías, pues tú, Moisés, escriba santísimo, si vieras ahora a las mujeres de nuestro tiempo ir y

venir cada día por las calles públicas y por las plazas; pecar allí o atraer a otra gente al pecado, y lanzar redes a las almas a cada esquina? No es esto de lo que escribía para vosotros nuestro Padre San Ambrosio: decía que vuestro deber era permanecer sólo en casa o en la iglesia e ir por las calles sólo por necesidad apremiante. No os lo ha enseñado así la Santa Madre de Dios, la Virgen, mujer como vosotras, que es maestra e intercede por todos los hombres: ella, dirigiéndose a casa de su pariente Isabel por mandato divino, para prestarle la ayuda necesaria durante el embarazo, se iba «a prisa» (Luc. 1, 39).

Así pues, la misma Virgen no estaba obligada a dirigirse, según la ley, a Jerusalén con ocasión de la fiesta: se le dejaba la libertad de actuar como considerara oportuno; permaneciendo en casa, o bien poniéndose en camino junto a su esposo; ¿por qué pues ella decidió acompañarlo en su peregrinaje? Oh hombres infelices que no hacéis nada si no estáis obligados por necesidad o por miedo de cometer un pecado grave a causa de vuestras omisiones. Aprended de la Virgen cuánto ama Dios a aquellos que dan con alegría y magnanimidad (Cfr. 2 Cor. 9, 7). ¡Qué digna de lástima es vuestra frialdad! Tú, desgraciado mortal, ¿te atreves a tratar duramente con Dios? Dices que no estás obligado, sino sólo una vez al año, a recibir los Sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, que no tienes obligación de realizar esta o aquella obra buena. Como no estás obligado por un mandato preciso de Dios o de la Iglesia ¿eres perezoso para dedicarte a una vida de devoción? ¡Ay de ti si el Señor decidiera juzgarte con el metro de su sola justicia! Además, ¿qué ley o derecho lo mueve a perdonarte a ti, que tantas veces pecas, o a esperarte tanto tiempo hasta que te arrepientas? Un esclavo que no hace nada sino bajo el mandato de su amo, no puede serle agradable. Debemos servir a Dios con un corazón grande, porque Él merece de nosotros más devoción que cuanta nosotros podamos tributarle: Él es con nosotros tan generoso y, me atrevería a decir, derrochador. El Señor no había ordenado a David que le edificara

una casa, pero lo deseaba ardientemente (cfr. 2 Sam. 7). El que es verdaderamente celoso del honor de Dios no mide o sopesa las cosas con ánimo mezquino o vil; sino que cuando ha realizado todo lo que podía decir, hacer o inventar, declara: «*Somos siervos inútiles. Solo hemos hecho cuanto debíamos hacer*» (Luc. 17, 10).

José y María subían al Templo, pues y llevaban con ellos a su hijo dulcísimo, el Señor Jesús. El primer deber de los padres y de las madres es precisamente éste: llevar consigo a los hijos a la iglesia, no permitir que anden dando vueltas por las plazas. No me digáis que vuestro hijo es todavía demasiado pequeño e incapaz de comprender lo que es enseñado y predicado en la iglesia. Esto no importa: en cambio no es poco el beneficio que se deriva de ello si permanece en la iglesia, porque de otro modo acabaría por mantener conversaciones inútiles con aquellos que son contrarios a las realidades del espíritu. No debe ser una excusa el hecho de que todavía no ha salido de su infancia: en efecto debes prestar todavía más atención, porque su edad es tierna, para que como una plantita pueda crecer bien a lo alto, y tome esta buena costumbre casi bebiéndola con la leche materna, si fuera posible! Aunque el niño no sea capaz de comprender lo que se dice en la iglesia, sin embargo adquiere la costumbre de frecuentar la iglesia, se reviste de esta costumbre como un vestido, y conservándola, cuando crezca, observará los mandamientos más prontamente y con mayor facilidad. Conseguir este resultado, hermanos, no es poca cosa.

Pero ¿por qué el Señor Jesús se dirigió al Templo precisamente a la edad de doce años y no antes, o a una edad más avanzada? Nuestro Salvador quería revelarse al mundo: para hacerlo eligió una edad adecuada. Nuestro Señor estaba ya lleno de sabiduría y gracia desde el momento de su concepción y estaba en posesión del uso de la razón. Pero como la mayor parte de los niños adquieren la capacidad del uso de la razón en torno a los doce años (cosa que Cristo poseía ya desde hacía mucho tiempo antes, de

manera abundante) comenzó a manifestarla en el momento en que, normalmente, se revela en los otros. En esto nos enseña que cualquier cristiano, apenas llega a sus años de la adolescencia, está obligado a reconocer a Dios ya con el primer acto personal que vaya a cumplir. Si no debieramos hacer así, incurriríamos en una grave culpa, de manera que si llegara la muerte, seríamos condenados a las penas del infierno.

Pero ¡qué pocos son los padres que se esfuerzan por enseñar todo esto a sus propios hijos! ¿Nuestra vida debe estar sin un sentido? Si una estatua o una vasija de barro pudieran hablar, una vez llegadas a la elegancia de su forma, tratarían de dar gracias y recompensar a su pintor o a su escultor que los ha producido; ¿no es pues justo que el hombre, criatura tan noble, creada de la nada a imagen de Dios, se oriente hacia su Creador, le de las gracias por tantos dones de Él recibidos, cuando en él resplandece más claramente la luz de la razón? Y aunque no se haya alcanzado el pleno uso de la razón el hombre puede igualmente dar gloria a Dios con sus afectos, con las buenas obras, la religiosidad y la devoción del ánimo.

PARTE SEGUNDA

Antes de proseguir en nuestra meditación, como ya conocéis que es conveniente para vosotros frecuentar asiduamente la iglesia, queremos también que no ignoréis lo que fue siempre grato al Señor y que está incluido en las antiguas usanzas: que quienes se dirigen a la iglesia hagan alguna ofrenda de los bienes que poseen y así testimonien públicamente que Dios es Señor de todo. En efecto, ha dado un mandamiento: «*Que ninguno venga ante mí, con las manos vacías*» (Ex. 34, 20). Él no tiene necesidad de lo que poseemos, pero en su infinita bondad nos concede una ocasión de ser merecedores a sus ojos, aunque todo lo

que tenemos es ya suyo. Por eso hemos decidido que en las iglesias se renueve la antigua y santísima costumbre de hacer ofrendas. Cada uno de vosotros, al dirigirse en lo sucesivo, a su iglesia parroquial para la Santa Misa, hará pues su ofrenda; quien sea rico dará mucho; en cambio quien sea pobre, lo que le sea posible. Dará testimonio así de que él y todas sus cosas están sometidas a la majestad de Dios.

El Señor Jesús se dirigió a la solemnidad que duraba siete días junto a su madre y José: vinieron desde lejos, sin desanimarse por la distancia del camino, su dificultad y sus peligros. ¡Qué reproche con esto a nuestra frialdad o tibieza en el campo del espíritu! El divino niño, pequeño y frágil, camina desde lejanos confines de Galilea hasta Jerusalén. José no quería dirigirse a Judea por miedo a Arquelao, hijo de aquel Herodes que había tratado de matar a Cristo cuando estaba todavía entre pañales; y, sin embargo, en esta circunstancia, no tuvo ningún temor o miedo: fueron olvidados todos los peligros.

En las realidades que se refieren al honor de Dios es necesario incluso soportar alguna incomodidad. Cuando se trata de la salvación del alma no hay peligros que temer; las iglesias no se deben abandonar por un poco de calor o de bochorno, ni por un golpe de viento! No se debe descuidar la predicación, faltar a las Escuelas de la Doctrina Cristiana. Cuando hay el propósito de honrar a Dios, cuando existe la afortunada ocasión de hacer el bien a las almas, no se debe temer ningún peligro al que no estemos dispuestos a exponernos con ánimo alegre y sereno: hay que intentarlo todo, con gusto y diligencia.

«Pasados los días de la fiesta, mientras reprendían el camino de regreso...» (Luc. 2, 43). Permanecieron siete días completos, cuanto duraba la celebración de la fiesta. ¡Qué cristianos son los que acusan las celebraciones litúrgicas de ser demasiado largas, que se alejan de la Iglesia y de la predicación diciendo que se ha hecho tarde? Ciertamente no han aprendido de Cristo, o de la Virgen, o de José: a quienes aman a Dios, lo que se refiere a su culto

no les puede parecer ni ser largo. No puedo callar una cosa, por la que deberemos sufrir confusión: en aquellas regiones que están detrás de las montañas (a las que nos hemos dirigido en los días pasados, para obedecer al mandato del santísimo Vicario de Cristo) los habitantes sufren por una grave escasez de sacerdotes; aunque en los días festivos, en muchos lugares hay sólo una celebración, no se atreven a sentarse a la mesa, sino sólo después de haber cantado la Misa en sus iglesias. En esta ciudad se canta la Misa por todas partes, en tantos conventos, en templos dirigidos por sacerdotes, en las parroquias: y sin embargo, la mayoría, apenas despertados del sueño, se apresura a ir a alguna misa privada para poder tener tiempo después para ir a comer o a banquetear. Supongamos incluso que las funciones sean demasiado largas y que se deba permanecer durante horas en la iglesia para las celebraciones; ¿acaso no es del Señor todo el día de fiesta? ¿acaso no debe emplearse todo él para las cosas del espíritu, así como todos los otros días de la semana son empleados en los asuntos terrenales? Además, todas las actividades serviles como vender, comprar, comerciar están prohibidas en los días de fiesta; no porque por si mismas sean intrínsecamente malas o condenables, sino porque los días sagrados no se deben violar con estos trabajos; deben ser consagrados a Dios y llenados de obras piadosas. *«Mientras emprendían el camino de retorno, el niño Jesús permaneció en Jerusalén, sin que los padres se dieran cuenta»* (Luc. 2, 43). Se diría que tenían poco cuidado de un hijo así, ya que los padres no se dieron cuenta de haberlo perdido. La culpa, sin embargo, no puede ser imputada a ninguno de los dos. Por la ley estaba prescrito que, al entrar en el Templo, los hombres y las mujeres no permanecieran juntos, sino que éstos entraran separadamente de ellas. En este punto se era más tolerante con los niños y los pequeños: podían permanecer con el padre o con la madre, libremente. Por ello José pensaba que estaba con María, y María con José, su esposo. Pero cuando se encontraron juntos, Jesús no fue hallado. ¡Qué inmen-

so dolor fue entonces el de María! Sabía que este hijo era Dios, Hijo de Dios; temía que tal culpa la hiciera indigna de tal hijo. Es propio de una conciencia delicada sentirse culpable aunque no se sea. Pasados tres días, encontró a quien había buscado por todas partes inútilmente. Hay un misterio escondido en el hecho de que pasaran tres días: fue como una prefiguración de aquel triduo durísimo durante el cual tu hijo, Madre Santísima, permaneció en el sepulcro, alejado de tu mirada.

Este dolor fue un anuncio de aquella atrocísima espada que traspasaría tu alma. La viveza del dolor fue vencida al final por la subsiguiente alegría y gozo de María, cuando finalmente encontró a aquel hijo que había buscado llorando. ¿Quién puede imaginarse los abrazos y los besos en que prorrumpió alegremente la Madre de Dios? El llanto y la alegría mezclados interrumpían sus palabras; se decía: Hijo mío dulcísimo, mi vida, mi esperanza, mi corazón, todo mi bien, ahora *«también puedo morir después de haber visto tu rostro»* (Gen. 46, 30); te suplico que no me disgustes de nuevo con un dolor tan grande, no atraveses todavía mi pecho con tus espadas; no podría continuar viviendo si tuviera que soportar otra dolorosa angustia del alma. Y sin embargo soportarás dolores mucho más grandes, oh Madre bendita, y seguirás viviendo; pero la vida te será mil veces más amarga que la muerte. Verás entregado a manos de pecadores a tu hijo inocente: lo verás reducido a tal estado que te parecerá ver un oprobio y no un hombre, porque *«no tiene apariencia ni belleza»* (Is. 53, 2). Lo verás brutalmente crucificado en el patíbulo de la cruz, entre los ladrones; verás su santo costado traspasado por el cruel golpe de lanza; verás finalmente derramar la sangre que tú le has dado. Y sin embargo ¡no podrás morir! ¡Qué dolores, qué sufrimientos te aguardan para ese tiempo!

Por fin María, afligida, sufriendo, llena de dolor encontró a su amantísimo hijo. Pero ¿dónde? ¿Quizá en el mismo lugar donde acualmente las madres pueden encontrar a sus hijos: por la calle, en las plazas, en los luga-

res públicos? Evidentemente no, sino *«en el Templo, sentado en medio de los Doctores, mientras les escuchaba y les preguntaba»* (Luc. 2, 46). Donde se trataba del culto divino, allí estaba Cristo. Oh jóvenes, el Hijo de Dios os enseña dónde debéis permanecer, dónde habéis de estar en compañía de vuestros amigos, con qué intereses debéis ocupar vuestros primeros años y emplear vuestra floreciente juventud.

«Y todos los que le oían estaban llenos de estupor ante su inteligencia y sus respuestas» (Ibidem 2, 47). En Cristo debía brillar inmensamente su divinidad, desde el momento en que los soberbios y arrogantes Fariseos se maravillaban: no sólo estaban admirados, sino *«estupefactos»*.

«Su madre le dijo: Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo angustiados te buscábamos» (Ibidem, 2, 48). Jesús no es reprendido, sino que con devoto afecto la Madre bendita expone a su hijo con voz apenada lo profundo de su dolor; como preguntándose si había faltado en algo ante él para poder evitarlo en el futuro, fuera lo que fuera.

«Y Él respondió: ¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que debo ocuparme de las cosas de mi Padre?» (Ibidem, 2, 49). Hijos, donde se trata de reverenciar y servir a Dios, no prevalecen los lazos humanos de parentesco; pasan a segundo plano el padre, la madre y todos los parientes: *«hay que obedecer a Dios antes que a los hombres»* (Act. 5, 29). S. Bernardo dice que un hijo debe pasar incluso por encima de su propio padre en el umbral de la puerta de casa. Si Dios te llama a un estado de vida más perfecto, aunque el padre y la madre traten de revocar tu decisión, que Dios prevalezca y supere. La respuesta de Jesús es un válido escudo contra todo lo que por cualquier motivo pueda apartarnos de las cosas de Dios y del espíritu. ¿Una hija quiere entrar en un monasterio y consagrar a Dios su virginidad, mientras la madre se opone? Que la hija diga: *«¿Qué tengo que ver contigo (Jn. 2, 4), madre? ¿No sabes «que tengo que ocuparme de las cosas de mi Padre?»*. Uno tiene la intención de recibir al

día siguiente o al otro día, la santísima Eucaristía, o realizar alguna obra pía, pero ¿muchas cosas se oponen? Que las deje de lado y las aparte de él, para que el primer lugar sea reservado sólo a Dios. *«Partió pues con ellos y volvió a Nazareth y estaba sometido a ellos»* (Luc. 2, 51). Hijos, si obedecéis a Dios, debéis obedecer también a los padres. Si una muchacha recibe a menudo el alimento eucarístico y se hace agradable a Dios con sus obras llenas de religiosidad y bondad, no por esto debe ensoberberse; cuando está en casa que aprenda qué actitud debe tener con sus propios padres y prestarse también a los trabajos más humildes. Es necesario que sea ejemplo también para sus hermanas y para todos los que están en la casa. El Hijo de Dios, Cristo, estaba sometido al Carpintero. En este punto mira si te enorgulleces y tratas de librarte, si puedes, de la obediencia que debes prestar a los superiores y los padres. ¿Por qué pretextas que eres más instruido que algún otro? ¿Quién es superior: José o Cristo, *«en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento»* de Dios? (Col. 2, 3). ¿Quién es más elevado por la virtud y la santidad de vida: Cristo o José? Y, sin embargo, Cristo está sometido a José. Aprende, desgraciado a reverenciar a quien está puesto por encima de ti, aunque falte en alguna cosa. Sabe bien que el Señor lo iluminará en el momento oportuno, para cumplir bien el deber de mando que le ha impuesto. Escucha lo que dice el Sabio a este propósito: *«Hijo, socorre a tu padre en la vejez, no lo entristezcas durante su vida. Aunque perdiera el juicio, compadécelo y o lo desprecies, mientras estés en tu pleno vigor»* (Eclo. 3, 14-15). Por este motivo el ángel que ordenó la huida a Egipto no se apareció a María, sino a José: ¡Y sin embargo ella era superior a él con mucho! Dios, cuando impone a alguien el peso del mando, le da siempre las ayudas necesarias para desarrollarlo bien.

Jesús, pues, *«crecía en sabiduría, edad y gracia ante Dios y ante los hombres»* (Luc. 2, 52), porque se manifestaba a los hombres cada día más: no es que en él pudieran

crecer sus prerrogativas infinitas, sino que, en proporción a la edad en él crecía aquel conocimiento que deriva de la experiencia.

Todo el pasaje de este Evangelio ha sido una instrucción completa para vosotros que habéis escuchado: ha sido como un espejo para todos los padres, las madres, los hijos, los superiores y los subordinados: en él pueden fácilmente ver cómo debe ser su vida. ¿Quién entre nosotros no pudo reconocerse entre estas categorías? Aquellos que son padres y superiores, imiten a José y María; los hijos y subordinados imiten al Señor Jesús. Avanzando en el mismo camino, podamos un día llegar a donde éstos ya han llegado. Amén.

VIERNES DEL IV DOMINGO DESPUES DE PASCUA

**Homilía pronunciada en la iglesia del priorato de
Campomorto, diócesis de Milán con ocasión de la
administración de la Eucaristía a la serenísima
Dorotea de Lorena Brunswick
4 de mayo de 1584**

«Donde esté el cuerpo, allí se juntarán los águilas»
(Luc. 17, 37).

Amadísimos hijos, habiendo predicho muchas cosas a propósito del juicio universal a sus discípulos, interrogado por ellos, sobre el tiempo y el lugar en que tendrían lugar, el Señor Jesús, como solía hacer, respondió con parábolas, de este modo: *«Donde esté el cuerpo, allí se juntarán las águilas»*. Quería indicar que, como las águilas, aves nobilísimas y de vista extremadamente aguda, son capaces de volar hasta lugares lejanos para devorar los cuerpos de los que se nutren, así, en el día del último juicio, los justos se encontrarán con Cristo Señor; Él será alimento perenne para ellos en la Cena feliz y ninguna fuerza podrá jamás separarlos de Él. Si es verdad que todo esto se realiza en modo completo en los espíritus felices, ¿quién no se convencerá que es igualmente verdad para aquellos que todavía viven sobre la tierra pero son capaces de una vida según el espíritu, aunque estén todavía en su cuerpo? Como águilas saben lanzarse a lo sublime del cielo, elevándose por encima de la tierra, atentos sólo a las realidades espirituales, tratan de volar donde está el cuerpo, el alimento, Cristo; en la medida que les es

posible tratan de no separarse jamás de él por ningún motivo.

Y hoy mismo podemos comprobar cómo todo esto es verdadero. Esta serenísima duquesa, sierva diligente del sumo Rey de reyes, que es persona importante aquí sobre la tierra, pero no se deja seducir por las cosas de este mundo, como una noble águila vuela solamente en torno a las cosas del cielo: aunque su morada estuviera lejos, ha sentido la fragancia del Cuerpo santísimo del Señor Jesús; ha comprendido qué rico banquete se celebra aquí, con qué preciosos alimentos son nutridas las almas, y con qué ricos tesoros de indulgencia las almas son atraídas a ellos. Se ha apresurado a venir aquí rápidamente, porque *«donde esté el cuerpo, allí se juntarán las águilas»*. ¡Felices estas águilas, felices estos espíritus celestiales aunque hasta ahora encerrados en la cárcel del cuerpo: ante ellas es dispuesto por el Señor un alimento tal! Esta duquesa, tan estimada por el mundo, resplandece entre todos ellos. No le faltan ni una ilustre ascendencia, ni amigos poderosos, ni numerosa descendencia, ni riquezas, ni buena salud; ella posee en abundancia todo lo que los ciegos mortales soñadores consideran como la felicidad humana. Sin embargo, sin considerarse en nada superior, sin enorgullecerse, no ha despreciado este pueblecito desconocido, ni recibir la Santa Eucaristía junto al pueblo humilde. No se ha puesto a considerar cuánto es estimada en la sociedad, ni siquiera cuánto, por su rango, está por encima de esta gente humilde aquí reunida. Mujer verdaderamente sabia y noble ante el Señor, a quien la devoción profunda y la humildad rinden aún más honor que las riquezas; mujer sabia porque ha querido no anteponerse a todos aquellos que son iguales a ella por la misma naturaleza humana, y la Sangre de Cristo, la Madre Iglesia, y el mismo Reino prometido han constituido como sus iguales. No se ha puesto a sopesar la pobreza exterior de los humildes, ni la simplicidad de los dones, ni esta iglesia situada en medio del campo: ha puesto ante sus ojos solamente el honor a tributar a Dios, el culto que se le debe rendir, la riqueza

espiritual del alma, el alimento del cielo, porque «*donde esté el cuerpo, allí se juntarán las águilas*».

Y aunque todas estas cosas fueran efectivamente tan míseras y despreciables, ¿deberíamos quizá considerarlas indignas de la nobleza y de la fama de esta mujer, dado que aquí está la grandeza y la nobleza de los cristianos, y sólo en Dios se tiene la justa medida de la propia dignidad? ¿Qué no estaba dispuesta a hacer por Cristo la mujer de Teodosio, la noble emperatriz Placilla? La púrpura del imperio, signo elevado de su dignidad, su enorme riqueza no la detuvieron nunca de realizar incluso los trabajos más humildes en el nombre de Dios, si puede llamarse humilde a todo lo que nosotros hacemos por inspiración divina. Los hospicios de los pobres y de los enfermos la vieron a menudo servir a los necesitados con sus propias manos, cocinar, y lavar las vasijas: hacía todos estos servicios con ánimo alegre. Pero ¡qué tiene de extraño que sirviera a los pobres y enfermos, desde el momento que, con mirada religiosa, comprendía que servía en ellos a Dios mismo. Él ha dicho: «*Cada vez que habéis hecho estas cosas a uno solo de mis hermanos más pequeños, lo habéis hecho a mí*» (Mt. 25, 40). Se gloriaba inmensamente sólo de esto; de ser imitadora de Cristo, sumo emperador del cielo y de la tierra, que había venido él mismo «*para servir y no para ser servido*» (Ibidem, 20, 28). Así pues si las consideraciones humanas habrían podido sugerir a esta mujer que no era conveniente para ella dejar sus ilustres y florecientes ciudades para dirigirse a este pueblecito agrícola, y acercarse a la Eucaristía junto al pueblo, pobre y humilde, sin embargo en este sentido ha sido guiada por el Espíritu Santo del que es rica en su devoción y sensibilísima religiosidad.

Estos pueblerinos han sido redimidos por la misma Sangre de Cristo que te ha redimido también a ti; ellos son partícipes del mismo reino celestial; también sobre ellos resplandece la luz del rostro del Señor (cfr. Sal. 4, 7); también ellos tienen un alma creada a imagen y semejanza de Dios. Ella no ha querido escuchar razones humanas

y ha rehusado las sugerencias de razonamientos frívolos: atenta al Espíritu Santo ha escuchado su voz y donde estaba el cuerpo, allí se ha dirigido esta águila.

Supongamos también que, para recibir este alimento, no hubiera habido cosas tan honrosas que cumplir. Pero ¿qué no deberemos hacer por el honor de Dios? ¿Cómo no posponer nuestra dignidad a la gloria de Dios? Nos viene a la mente aquel episodio de la vida del gran rey David, que es tan apropiado para nuestro caso. Él iba a introducir el Arca de la Alianza en su ciudad y la precedía saltando y danzando: *«Cuando David volvía para bendecir a su familia, Micol, la hija de Saul, le salió al encuentro y le dijo: ¡Qué gloria hoy para el rey de Israel haberse desnudado a los ojos de sus siervos y de sus siervas, como se desnudaría un juglar! David respondió a Micol: Lo he hecho delante del Señor que con preferencia a tu padre y a toda tu casa me eligió para hacerme jefe de su pueblo, de Israel; he bailado ante el Señor. Y aún me rebajaré más y me haré vil ante tus ojos, pero ante los ojos de las siervas de las que tú has hablado, seré honrado!»* (2 Sam. 6, 20). Así pues si un rey tan poderoso y noble no se avergonzaba comportándose así ante el Arca del Señor, ¿qué no deberemos hacer ante la verdadera Arca de la divinidad, el Hijo de Dios, para rendirle aquel honor que espera? ¿Qué honores no merecería de nosotros, qué gestos de culto y de obsequio? ¿En cuánto podríamos humillarnos para ser dignos del Señor y rey del cielo? Además, los numerosos beneficios espirituales que derivan para los fieles de esta santísima mesa, deberían movernos a acercarnos a ella con mayor convicción. ¡No es comparable la fuerza con la que el imán atrae hacia sí al hierro, con aquella con la que Cristo nos atrae hacia sí por su bondad a cada uno de nosotros. Dejando de lado otras argumentaciones, consideremos sólo ésta como la que más cuenta: el cuerpo simboliza el alimento y nosotros somos las águilas: por eso *«donde esté el cuerpo, allí se juntarán las águilas»*. ¡Alimento lleno de suavidad y de gozo, mucho más excelente que el antiguo maná, que

contiene en si todos los sabores de la dulzura! ¡Cristo es el alimento, amadísimos hijos, el alimento de nuestras almas! ¿No se había humillado bastante la grandeza divina cuando se dignó a asumir nuestra naturaleza? Vivió en la total privación de todas las cosas, habitó entre los hombres, sufrió tan atrozmente, sufrió una muerte cruel e infamante en la cruz, entre deshonorosos ladrones. ¿Por qué este mismo Dios que naciendo ha querido ser nuestro compañero de viaje, muriendo se ha convertido en el precio de nuestro rescate, en el cielo nuestro defensor, en la beatitud eterna nuestro premio, no se ha horrorizado de dejarse a si mismo como alimento a nosotros, desgraciados e insignificantes? Esta es la señal más grande de amor: por nosotros ya había hecho todo, había dado origen a toda la variedad y abundancia de alimentos para nuestro cuerpo; sin embargo ha querido nutrir nuestras almas con su Cuerpo y su Sangre. Para confirmar esto, escuchad lo que dice Él mismo en el Evangelio de hoy: «*Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida*» (Jn. 6, 55). Dice «*verdadera*» porque verdadera y realmente en esta comida y en esta bebida están presentes el Cuerpo y la Sangre de Cristo. «*Verdadera*» porque es verdadera comida y bebida: todos aquellos beneficios que el alimento y la bebida proporcionan al cuerpo, por una misteriosa razón son aportados a las almas de un modo eficaz por la Sacrosanta Sinaxis. ¡Felices los hombres si gustan a menudo de este alimento! ¡Como se llenarán de su gozo, el que sólo saben apreciar aquellos que la gustan! El profeta dice: «*Gustad y ved*» (Sal. 34, 9). ¿Y qué causa podría separarnos de esta comida? ¿Cómo podremos no sentir la necesidad de tal alimento? ¡Nosotros sentimos toda su exigencia! ¿Acaso el que es el Señor del banquete no nos ofrecerá sus alimentos con todo el corazón y de buen grado? ¡No desea otra cosa! En este santísimo Sacramento nos propone un banquete para que podamos comer, beber y emborracharnos (cfr. Cant. 5, 1); por esto su invitación es a acercarnos frecuentemente.

Es alimento, es comida, es el pan de los ángeles, ver-

dadero y sólido alimento de las almas. Pero, ¡ay! ¡cuántos desprecian este alegre banquete y prefieren apresurarse a mesas vacías, viles y falsas donde no hay comida sólida, capaz de saciar, de apagar el hambre y la sed! Estos se marchan, y *«me han abandonado a mí, fuente de agua viva, para escavarse cisternas, cisternas agrietadas incapaces de retener el agua»* (Jer. 2, 13). Ellos podrían embriagarse frecuentemente con la bebida celestial, y sin embargo prefieren *«beber aguas turbias por el camino de Egipto»* (Ibidem, 2, 18). Tiene razón el Señor de lamentarse de nosotros con su voz suave; ¡con qué dulces palabras Él nos invita a donde nosotros deberíamos dirigirnos a toda prisa! *«Todos vosotros sedientos, venid al agua, quien no tenga dinero que venga igualmente; comprad y comed sin dinero y sin gasto vino y leche. ¿Por qué gastáis dinero por lo que no es pan, vuestro patrimonio por lo que no sacia? Escuchadme y comeréis cosas buenas y gustaréis alimentos succulentos»* (Is. 55, 1-2). Almas, si sois débiles y frías, este alimento os encenderá con un inmenso ardor de caridad; si estáis agobiadas y oprimidas por toda suerte de desgracia espiritual, os curará; si sois frágiles e inseguras, os infundirá nuevo vigor y sucederá que *«cuantos esperan en el Señor, recuperarán fuerzas, pondrán alas como las águilas, correrán sin fatigarse, caminarán sin cansarse»* (Ibidem 55, 31).

Queridísimos, acordaos que somos peregrinos y que *«no tenemos aquí abajo una ciudad estable, sino que buscamos la futura»* (Heb. 13, 14); que *«estamos en un destierro lejano del Señor»* (2 Cor 5, 6); que *«entre nosotros hay establecido un gran abismo»* (Luc. 16, 26) de separación de aquella patria celestial que esperamos alcanzar; que debemos realizar todavía un largo camino. ¿Cómo podemos esperar conseguir un éxito feliz al término de tan largo y difícil camino, si no nos alimentamos abundantemente? ¿Cómo haremos para no desfallecer por el camino si nos quedamos en ayunas? (Mt. 15, 32) Este es el pan de aquellos que están en camino, el alimento del último viaje para quien está destinado a morir. Por

este motivo, muy oportunamente, se nos presenta bajo la apariencia de pan, porque como el pan es el alimento de cada día, así nosotros deberemos nutrarnos cotidianamente de la Eucaristía. El ángel no se contentó con que Elías comiera un solo pan cocido bajo la ceniza: lo incitó una segunda vez, dándole razones: «*¡Levántate y come! ¡Demasiado largo es el camino!*» (1 Re. 19, 5.7). Las mismas cosas hoy se os dicen no por parte de un ángel, sino del Señor de los ángeles, por boca mía: levantáos, comed, no una sola vez al año, no dos veces, no diez, sino frecuentemente. Tened compasión de vuestras almas, no seáis malvados y crueles con vosotros mismos; mirad y reflexionad sobre el gran viaje que debéis emprender, los altos montes, el camino sembrado de dificultad. Y comed de este pan que os es concedido desde el cielo, para que podáis llegar «*con la fuerza dada por aquel alimento hasta el monte de Dios, el Horeb*» (1 Re. 19, 8), a ver a Dios, a disfrutar para siempre de la visión beatífica. Transcurrido el breve tiempo de esta vida frágil e insignificante, sucederá que «*donde esté el cuerpo, allí se juntarán las águilas*». Amén.

A LOS QUE VAN A SER ORDENADOS

Homilía pronunciada el sábado después de Pentecostés 1 de junio de 1577

Cada vez que debo conferir los Sagrados Ordenes, queridísimos hermanos, pienso conmigo mismo con gran admiración, que ésta, entre todos los gestos pastorales, es con mucho la acción más elevada y noble. En efecto aunque la misión pastoral de cualquier sacerdote deba considerarse tan elevado que casi es divino, sobre todo por el poder de celebrar el Sacramento de la Eucaristía, y superior al ministerio de los mismos ángeles, ¿quién podría negar que es aún más grande –y por ello aún más deseable– la dignidad de quien tiene la autoridad de conferir a otros el poder y la idoneidad para celebrar el Sacramento? Me dispongo a ejercitar este ministerio lleno de admiración –lo confieso– y todavía más lleno de estupor. Me considero un indigno ministro de Jesucristo, precisamente yo que hoy voy a celebrar Sacramentos tan sublimes mientras tengo las manos manchadas de culpas y el corazón impuro. ¿Qué debo decir, después, de la búsqueda diligente y minuciosa que ha de hacerse en torno a la vida y la preparación cultural de aquellos que deben ser elevados a los Sagrados Ordenes? La voz del Apóstol me advierte que sea profunda y completa en todos los aspectos, en la medida de lo posible: *«No seas precipitado en imponer las manos a alguien»* (1 Tim. 5, 22). En todo esto, una negligencia mía por mínima que fuera podría volverse sobre mí como una grave culpa. Es verdad que de costumbre debe dejarse todo esto al arbitrio del Juez Supremo, porque en ese examen saldrán a la luz los secretos

más profundos del corazón y deberemos rendir cuentas de cada acción nuestra; pero entretanto a la luz manifiesta del juicio de Dios, algunos Obispos vieron volverse pesadamente contra ellos esta culpa (de la que pagaremos la deuda al final de la vida), por haber admitido a alguien a los Ordenes sin un examen diligente; habían estimado que eran plenamente idóneos para llevar el peso del cuidado pastoral y ser válidos colaboradores. Diré más: han hecho todo esto de buena fe; pero han acabado por darse cuenta de que no sólo no eran útiles, sino que realmente les servían de obstáculo y acarreaban un daño no pequeño al culto divino. Por ello es evidente que no basta con investigar superficialmente sobre la vida y la preparación de cada candidato, sino que en cuanto sea posible, es menester indagar en profundidad también sobre sus intenciones; y, después de haber tomado todas las precauciones y cuidados, hay que pedir y sobre todo implorar al bondadoso Dios, que sea Él quien escoja y eleve a aquellos que Él sabe que llegarán a ser buenos ministros. Por esto precisamente hoy, durante esta sagrada ceremonia de la administración de los Ordenes, nos oiréis cantar aquella piadosa súplica que la santa Iglesia entona desde lo íntimo de su corazón: «Nosotros, como hombres que tienen el sentimiento de las cosas de Dios pero a quienes se escapa la capacidad de conocer todo en profundidad, evaluamos en la medida que nos es posible la vida de éstos. A Ti, Dios, sin embargo, no te pasa desapercibido lo que para nosotros es oscuro; no te engañan las cosas más misteriosas; Tú conoces los secretos y escudriñas los corazones. Tú podrás examinar la vida de éstos con tu juicio divino con el que resultas siempre vencedor; Tú puedes purificar las culpas cometidas y conceder la gracia de cumplir todo lo que se debe».

Pero, ¿por qué os digo todo esto, amadísimos? Para que comprendáis qué peligroso, qué difícil es nuestro ministerio pastoral, en toda circunstancia, pero también en la celebración de hoy. Movidos por sentimientos de devoción, junto a vosotros pediremos a Dios por vosotros del

modo más intenso, para que os alcance con su divina y benévola clemencia, riegue vuestros corazones con la luz y el rocío de su Espíritu Santo; al mismo tiempo esforzáos por pensar con todo el ánimo si por casualidad hemos cometido alguna negligencia ante vosotros en todas estas cosas; finalmente, con fervientes oraciones y súplicas hay que implorar al Espíritu Santo. En cuanto a vosotros, en quienes puede hallarse alguna culpa, si no accedéis la los Sagrados Ordenes con aquella pureza de alma de a que hemos hablado antes, esforzáos desde ahora para obtener la ayuda divina.

La misión a la que hoy aspiráis es de gran prestigio y fuera de lo común: icómo querría que meditáseis en lo profundo de vuestro ánimo la extraordinaria excelencia de vuestro grado! Si no queréis pues haceros indignos de lo que recibís, no reflexionéis solamente sobre la santidad de la vida, la ciencia, la fe, y la prudencia con las que podréis llevar dignamente el peso de tal misión, sino considerad también profundamente qué fin os habéis propuesto. En efecto si habéis llegado hasta aquí con el solo objetivo de asegurarnos comida y vestidos, y no tenéis otro propósito que conseguir beneficios financieros, como sucede normalmente en todas aquellas actividades que tienen fines deshonestos, lo mejor para vosotros, ahora, sería iros. No es posible tener dudas que, así como es un gran sacrilegio acercarse al altar por motivo de ganancia o de interés, igualmente grave sacrilegio es recibir el Sacramento del Orden, mediante el cual somos hechos idóneos para el ministerio del altar, sólo por un interés económico. Es cosa justa, como dice la palabra del Apóstol de acuerdo con la ley de Dios y la ley natural, que quienes sirven al altar vivan de lo que se pone sobre el altar. Sin embargo se dice que a ninguno le está permitido anteponer cualquier necesidad al culto divino. Si por casualidad la ambición o el deseo de ganar ha llevado a alguno de vosotros a elegir esta condición de vida, os ruego, iros; os lo repito: ¡Marchaos! (cfr. Is. 52, 11). El Espíritu Santo que se derrama de modo particular en las almas bien pre-

paradas para recibir este Sacramento, inundándolas con un gran efluvio de gracias, no se posa sobre los soberbios y presuntuosos, sino sobre los humildes y mansos, como atestigua el profeta: ¿Sobre quién se posará el Espíritu del Señor? Sobre el que es manso, piadoso y humilde de corazón. Todos vosotros pues que deseáis ser introducidos y elevados al sagrado ministerio por otra razón que no sea el servicio y el culto de Dios grande y bondadoso, sois advertidos por mí repetidamente para que sepáis que sería mucho mejor para vosotros ataros al cuello una piedra de molino y arrojaros a lo profundo del mar (cfr. Mt. 18, 6), antes que entrar de este modo en el redil de Cristo, es decir por otro camino que no sea la puerta; Cristo, en el Evangelio, asegura que esto es propio de los ladrones y maleantes, no de los pastores (Cfr. Jn. 10, 1). Os lo ruego, no queráis entristecer de este modo al Espíritu Santo; es ciertamente Espíritu de dulzura, pero se irrita con aquellos que lo ofenden y cometen pecados. Aquellos clérigos y sacerdotes que reciben los Sagrados Ordenes de modo indigno y con un ánimo tan alejado de propósitos santos, no sólo no reciben las gracias del Espíritu Santo, sino que a ellos no les puede suceder nada más infeliz y triste; no puede haber nada más dañino para la Iglesia. Son objeto de desprecio y menosprecio por parte del pueblo de los fieles; son abandonados por Dios en esta vida y se preparan para ellos la condenación eterna en la otra. Para que podáis evitar una infelicidad y miseria tan grande, queridísimos, esforzáos con toda atención y empeño para brillar como ejemplo. ¡Fortaleced vuestro ánimo! Si en vuestro corazón ha habido alguna intención torcida o impura, aunque os acerquéis al altar con un ánimo menos preparado y formado del debido, todo será purificado y bien dispuesto por la fuerza del Espíritu Santo: hoy van a derramarse con abundancia sus dones en vuestras mentes, si vosotros no le sois obstáculo. No quiero ni siquiera pensar que alguno se acerque a los Ordenes con el alma manchada de alguna culpa, o pecado grave, o condenado por la censura eclesiástica. En esta santa y divina celebración,

junto a mí, invocad los favores del Espíritu Santo, cuya octava estamos celebrando; imploremos: «Ven, Espíritu Santo, calienta lo que está helado, endereza lo que está desviado». A los fieles que hoy te invocan «concede tus santos dones. Concede virtud y premio, concede una muerte santa, concede gozo eterno». Amén.

A LOS QUE VAN A SER ORDENADOS

Homilía pronunciada el sábado de la IV Tépóra

22 de febrero de 1578

Cuanto mayor y más excelente es la dignidad para ser admitidos a la que hoy habéis llegado aquí, hermanos, tanto más debéis reflexionar qué dificultades váis a encontrar, qué severo será el juicio de Dios si no os presentáis con una santidad de ánimo como conviene a esta dignidad. Podremos demostrároslo con muchos pasajes de la Escritura y otros tantos argumentos convincentes; tengo la intención de ponerlos a vuestra consideración uno solo: si es recibido en vuestro corazón como se debe, será suficiente para asustar el ánimo de aquellos que con indiferencia, o, lo que es peor, por ambición o malvado deseo de ganar, o por otros motivos que no sean el fiel servicio a Dios, desean conseguir un ministerio tan sublime. El argumento es el recogido por la frase del Exodo: *«También los sacerdotes, que se acercan al Señor, se deben mantener en estado de pureza, si no, el Señor se volverá contra ellos»* (Ex. 19, 22). En esta frase son dos las palabras que debemos considerar atentamente; una manifiesta un honor y una gloria increíbles; la otra desastres y calamidades terribles. Son las palabras: *«Se santifiquen»* y *«se lanzará»*. Si tuviera que exponeros aunque sólo fuera superficialmente su fuerza y eficacia, podría considerar que he cumplido mi deber: mi tarea es en efecto estimular de cualquier modo posible vuestro ánimo a la contemplación de un misterio tan sublime y profundo.

No quiero tratar en este breve tiempo de cuáles son las condiciones con las que os acercaréis a Dios no sólo con los pasos de vuestro cuerpo, sino con el progreso de vuestra alma: considero que ya habéis profundizado sobre todo esto, dado que hoy aspiráis a recibir el Sacramento del Orden en el que se confiere la gracia del Espíritu Santo a quien lo recibe dignamente; cada vez que os dirijáis al altar para celebrar personalmente o para asistir a algún celebrante, reflexionad que os acercáis al Señor, nada menos que a Aquel que es rey del cielo y de la tierra, ante el cual se postran en la mayor humildad los coros de los ángeles, celebrando perennemente su alabanza; os presentáis a Dios, cuya majestad se debe temer y su infinita potencia. ¿Cómo extrañarnos de que debemos purificarnos cuando a Él nos acercamos, para no ofender sus ojos con algo impuro y pecaminoso? Como es obligado que cada uno, cuando se presenta ante un rey de este mundo, se ponga los vestidos más escogidos para presentar el mejor aspecto posible, y esté atento que en el vestido o en su presencia física no haya algo poco adecuado o conveniente, ¡cuánto más es necesario, al acercarse al Señor y Dios nuestro, grande y sublime, que os pongáis los vestidos interiores del alma, adornándoos de las más preciosas entre las virtudes! Si no, seríamos estúpidos y necios, hermanos.

La belleza y el decoro del alma están en su interior, dice el Salmista: «*La hija del rey es toda esplendor en su interior, piedras preciosas y tejidos de oro su vestido*» (Sal. 45, 14). Es decir, está adornada de las virtudes más elevadas, que brillan entre todas las virtudes cristianas así como el oro se distingue entre todos los demás metales: son la santa humildad, la obediencia, la paciencia, la abstinencia, la castidad, la magnanimidad, la piedad, y la más perfecta de todas: la caridad. Si las almas de los fieles estuvieran revestidas interiormente de su maravillosa variedad, podrán estar con serenidad ante el Rey, unirse a Él con todo el corazón, y presentarse santificadas como conviene.

Vosotros pues que os vais a acercar al Señor, debéis santificaros: si no, debéis temer que su mano vengadora os golpee pesadamente. Que ninguno piense que esta amenaza está dirigida sólo a los sacerdotes y no a todos los hombres de iglesia. En otro lugar está escrito: «*Purificaos los que lleváis los utensilios del Señor*» (Is. 52, 11). Este pasaje nos muestra que no sólo los sacerdotes sino también aquellos que les asisten, sirviéndoles en el altar, deben purificarse. Los ministros de la Misa Grande o, como se suele decir, Conventual, que sepan que, aunque no sean ellos los que celebran el Sacramento, por el hecho de llevar los utensilios del Señor y asistir al sacerdote que consagra, deben también ellos santificarse, si no quieren encontrarse con el peligro de ser golpeados por el Señor. Cuanta fuerza tiene esta palabra, ni siquiera el más elocuente de los hombres de iglesia sabría expresar, creo. Contra los Egipcios, ¿qué más podría haber operado la diestra vengadora de Dios, aparte de aquellos tremendos y terribles azotes que ya conocemos: el cambiarse el agua en sangre, la invasión de las ranas en las casas y las molestas bandadas de mosquitos de toda especie, la peste que se desataba entre los animales de los Egipcios, el inmenso y voracísimo ejército de langostas que devoraban todo, la molesta e innumerable colonia de tábanos, la espesa nube de oscuridad durante el día y finalmente la despiadada muerte de todos los primogénitos? Y aún más: después de todo esto, el despojo de todos los objetos preciosos, el terrible sumergirse en el Mar Rojo? El Señor había afirmado todo esto diciendo una sola palabra: «*Golpearé a Egipto con todos mis prodigios*» (Ex. 3, 20). ¿Quién se augura tener que haberselas con el Angel exterminador que dio muerte a setenta mil hombres con la terrible plaga de la peste en un solo día (cfr. 2 Sam. 24, 15) o destruyó el entero ejército de Sennacherib en un momento y con increíble poder? (cfr. 2 Re. 19, 35) ¿Cómo no quedar aterrorizado? ¿Cómo no experimentar pavor?

Alguno recordará aquella frase del profeta que dice: «*Hiere al pastor y que se disperse el rebaño*» (Zac. 13, 7;

cfr. Mt. 26, 31). Al mismo tiempo se acordará de cómo fue golpeado de manera cruel y execrable el Pastor de nuestras almas, Jesucristo, cuando se mostró en la cruz, manchado de sangre, tan cubierto de llagas y heridas que se podía decir que *«desde la planta de los pies hasta la cabeza no hay en él una parte ilesa»* (Is. 1, 6). Quiero decir: ¿quién, mirando a Jesucristo tan herido, no comprendería en lo profundo de su alma la gravedad y la firmeza del Señor al golpear? Pero sabemos que el Unigénito Hijo de Dios fue golpeado por su elección por la justicia del Padre: fue atormentado sólo en su cuerpo, si bien en un modo atroz, movido por un amor inextinguible por nosotros, para pagar la deuda de nuestros pecados y de nuestras culpas, para dar satisfacción a la ira divina. En cambio, los Egipcios y todos los que están sepultados por un cúmulo de pecados y crímenes, son castigados por el Señor no sólo en el cuerpo: en sus almas son castigados con las penas y los sufrimientos eternos. Así serán decididamente castigados también todos aquellos sacerdotes y aquellos ministros de Dios que se atreven a acercarse al Señor sin ser purificados. Os pido, por tanto: si alguno ha llegado hasta aquí sin haberse santificado y sin haber quitado las tinieblas de su conciencia, que se vaya; que prefiera pasar un poco de vergüenza ante la gente antes que ser golpeado por la diestra vengadora de Dios y ser consumido en el fuego eterno. Después, cada vez que deba acercarse al altar, que cada uno se acuerde de esta frase terrible: ella ha resonado solemnemente en sus oídos hoy, en el día de su elevación a los Ordenes: los sacerdotes y todos los otros ministros que se acercan al Señor o a su altar, *«se deben mantener en estado de pureza, si no el Señor se volverá contra ellos»*. Que se acuerden también del infeliz y pobre Oza, que habiendo tratado de sujetar con sus manos el Arca de Dios que caía a tierra, fue golpeado por Él: su mano derecha quedó paralizada y murió (cfr. 2 Sam., cap. 6). El mismo Oza que llevaba por su cargo el Arca de la Alianza (que es solamente una prefijación de nuestro altar), por el solo hecho de haberla

tocado con su diestra fue golpeado de un modo tan severo, aunque estaba movido por una buena intención, pero no purificado; ¡Cuánto merecerán pues la condena aquellos que, sin la debida santidad o la justa preparación, se atrevan a tocar el altar de Dios que es mucho más excelente por su santidad, como puede juzgarse por la prefiguración que nos ha sido presentada!

Os suplico, queridísimos, por la profunda misericordia de nuestro Señor Jesucristo: reflexionad seriamente sobre lo que vais a hacer; esforzáos con toda la fuerza de vuestro ánimo por huir de la ira y el castigo de Dios. Tened cuidado de vosotros mismos y de todos los demás creyentes en Cristo: ellos os piden con insistencia ser iluminados por vosotros como por quienes deben ser la luz del mundo y recibir el sabor de la sal apostólica. Así os lo ha enseñado tantas veces el Señor Jesús: «*Vosotros sois la luz del mundo; vosotros sois la sal de la tierra*» (Mt. 5, 14 y 13). Ruego insistentemente a Dios Omnipotente, de quien procede todo bien y cuyos dones son siempre lo mejor para nosotros, para que sepáis comportaros de este modo, como conviene y con toda perfección: que os inunde el rocío de salvación de sus dones celestiales y derrame sobre vosotros, ahora y siempre, su bendición más larga, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

A LOS QUE VAN A SER ORDENADOS

Homilía pronunciada el sábado después de Pentecostés 24 de mayo de 1578

Hermanos queridísimos, si vais a escudriñar profundamente lo que está escrito en el Antiguo Testamento a propósito de los sacerdotes y todos los demás ministros que sirven en el altar, en cuanto a su dignidad, la pureza interior y la limpieza exterior del cuerpo, podréis comprender claramente, cuánto más dignos y purificados deben ser los ministros y los sacerdotes de la Nueva Ley del Evangelio; cuánto más deben estar libres de toda culpa y mancha del alma y no sólo del cuerpo. ¿Vamos a comparar el sacrosanto sacrificio del Cordero inmaculado de la Nueva Ley, es decir el verdadero Hijo de nuestro Dios y Señor, que se ofrece cada día sobre el altar a Dios Padre por nuestros pecados, con aquellas víctimas ignorantes que en los días fijados eran sacrificadas en el Templo de Salomón? Comparar a estos animales carentes de inteligencia con el Dios de dioses y nuestro Salvador, Jesucristo, sería como comparar la sombra y la realidad, las tinieblas y la luz, la tierra y el cielo. Además, como el autor de la Antigua y la Nueva Ley es el mismo omnipotente y sapientísimo Creador y generador de todas las cosas, ¿cómo no comprender que todo lo que estaba prescrito en el Antiguo Testamento no fue sancionado ante todo para conducir al culto y al respeto más profundo de Dios a un pueblo tan primitivo y ligado a las cosas terrenas, sino más aún para que nosotros, seguidores de la Nueva Ley,

fuéramos místicamente instruídos por medio de aquellas figuras tipológicas a venerar la Divina Majestad, con actitudes de veneración y de amor filial y devoto? Dios no nos ha librado de la esclavitud de Egipto, o nos ha conducido a través del Mar Rojo en tierra seca, bajo la guía de Moisés, no nos ha llevado a una tierra donde mana leche y miel; pero nos ha librado del triste dominio del diablo, a quien estábamos totalmente sometidos: nos ha rescatado con la gracia de la libertad mientras éramos esclavos, sin esperanza de poder ser redimidos; nos conduce al feliz puerto de la salvación bajo la bandera de su Unigénito Hijo, que habiendo asumido nuestra carne mortal sufrió el suplicio de la cruz, haciéndonos pasar, sin ser tocados, a través de los turbulentos oleajes tempestuosos de este nuestro mundo. Ahora que, pasadas las sombras, se ha hecho de día, ahora que es claro el verdadero significado de las Escrituras, de modo breve pero profundo escudriñemos qué nos ha dejado escrito Moisés, excelso y aclamado expositor y fidelísimo intérprete de las Escrituras; meditemos qué dice en el libro del Levítico a propósito de los ministros del altar, cuando, por mandato divino, habló a Arón de este modo, y en estos términos: *«Ningún hombre que tenga alguna deformidad podrá acercarse: ni el ciego, ni el cojo, ni el que tenga el rostro deforme por defecto o por exceso, ni el mutilado de pie o de mano, ni el jorobado, ni el enano, ni el que tenga una mancha en el ojo o la sarna o llagas purulentas o sea eunuco. Ningún hombre de la estirpe del sacerdote Arón con alguna deformidad, se acercará a ofrecer sacrificios... ni el pan de su Dios»* (Lev. 21, 17-21). También en nuestro tiempo, los que se acercan al sagrado ministerio deben estar libres de estas imperfecciones y de estos defectos, a menos que hayan obtenido dispensa de quien tiene facultad para ello. Sin embargo es evidente que la primera atención será vigilar con diligencia y empeño para que no estén tocados por las manchas del espíritu, es decir los vicios, aquellos que deben ser elevados a los Sagrados Ordenes. ¿Qué significado tiene para nosotros esta ceguera de la

que se ha hablado? Indica las tinieblas de la ignorancia, por la que los ojos de la mente están tan nublados que no saben distinguir lo que deben ver. ¿Qué significado tiene el ser cojos? Es la inestabilidad del ánimo por la que quien lleva una vida viciosa vaga de acá para allá, como una hoja agitada por el viento, vacila, es alejado y arrastrado lejos. ¿Y la nariz, que por una particular y maravillosa capacidad alcanza a distinguir la variedad de los olores? Indica la capacidad de juicio, de la que muchos están desprovistos y, por ello, a veces se equivocan por exceso o por defecto, a veces tienen un mal comportamiento: de este modo se compromete también la capacidad de operar de las otras virtudes, si se poseen. ¿Qué significan el pie o la mano lesionadas, con los que caminamos y actuamos? Es el hombre que no camina en el recto camino y no realiza obras virtuosas de justicia. ¿Quién es el jorobado en la espalda, aquel que tiene la mirada siempre dirigida al suelo; o el jorobado en el pecho, que está obligado a mirar siempre hacia arriba? ¿Acaso no son el hombre ocupado sólo en los asuntos materiales, y el hombre que se enorgullece por su ambición y la posición alcanzada en este mundo? Los ojos legañosos, mal que deriva de una secreción anormal de humores infectados, indican el hombre tan seducido por los deseos carnales, que su inteligencia no está libre para percibir qué es justo hacer. Quien trata de comprender qué es la mancha blanca en el ojo, es decir esa película o membrana blanca y sutil que impide ver bien, sabe que no significa otra cosa sino el hombre que se mantiene totalmente en el bien porque se autojustifica. ¿Qué es sarna, de la que los miembros, una vez que han quedado afectados por ella, no logran liberarse? ¿Cómo no decir que es la inmundicia de la lujuria cotidiana? Los que están afectados por ella son como los cerdos que se revuelven voluptuosamente en el fango y, a menos que una intervención extraordinaria de la divina gracia venga en su ayuda, no hay esperanza de que puedan librarse, definitivamente, de aquel tenacísimo lodazal. Si además decimos que las llagas purulen-

tas son la profunda avaricia, debemos justamente observar que, así como esta enfermedad se apodera poco a poco de todo el cuerpo sin provocar dolor, destruyendo el aspecto y haciéndolo impresentable, hasta degradarse en la lepra, enfermedad horrible e incurable, así, la avaricia, penetrando en el espíritu primeramente con un deseo dulce de riquezas, invade y contamina después todas las energías del alma de modo tan virulento que acaba siendo aquel detestable vicio que el Apóstol Pablo denomina «idolatría» (Ef. 5, 5). Después no se considere tan lejano de la realidad el comparar al enfermo de hernia, que se encuentra gravemente impedido por el hecho de que sus intestinos se mueven como en un saco, por la rotura del peritoneo con el hombre impedido por torpes pensamientos y preocupaciones materiales, tan oprimido en su corazón que no logra nunca elevar sus pensamientos a la contemplación de las cosas del cielo.

Si todos estos vicios, si cada una de estas culpas, son ya una cosa grave en cualquier cristiano, que nadie dude que todo esto es aún más destructivo en los sacerdotes y en las personas consagradas al culto sagrado. Estos deben brillar como lámparas delante de todos, por la pureza de su doctrina y la integridad de su vida; que puedan desempeñar su tarea de lámparas para la que Cristo Señor los ha elegido y querido: que no estén atados a las preocupaciones materiales, que se mantengan libres de los atractivos de la carne, que no se sumerjan en la mentalidad mundana, que no se inclinen en cada circunstancia a los bienes pasajeros y caducos que no son verdaderos bienes, que no estén sometidos a las turbaciones del espíritu; que en cambio, estén serenos, bien propensos hacia su prójimo; que descansen en el Señor y fijen constantemente su ánimo en la contemplación de los divinos misterios de modo que busquen siempre las cosas de arriba, no las de la tierra, y tengan siempre la perfecta sabiduría (Cfr. Col. 3, 1-2).

No hay que pasar por alto tampoco lo que Moisés, en el mismo pasaje, prescribe a los mismos sacerdotes: «Un

sacerdote no deberá hacerse inmundo por el contacto con un muerto de su parentela» (Lev. 21, 1). Es un mandamiento místico para que los sacerdotes estén atentos a no favorecer, ni de modo positivo, ni por negligencia o ignorancia aquellos pecados cometidos por algunos que pueden llevar la muerte espiritual al alma. «Serán santos para su Dios» (Lev. 21, 6), así pues como dice el mismo legislador, Moisés, libres y puros de toda mancha de pecado.

¡Sed santos también vosotros, queridísimos! No ciegos, ni cojos, ni defectuosos, ni con defectos en la mano o el pie, ni jorobados en el corazón, ni con los ojos nublados, ni afectados del vicio de la presunción, o de la sarna de la lujuria, o la llaga de la avaricia, ni indulgentes con los diversos deseos, ni partícipes de los graves pecados de los demás. Sed en cambio santos en vuestro corazón, en las palabras, en las obras; perfectos en cualquier aspecto, para recibir dignamente el Santísimo Sacramento del Orden y ser colmados de los dones del Espíritu Santo, por la gracia divina.

No os contentéis con avanzar sólo vosotros por el camino de la virtud; haced de modo que también las demás personas se santifiquen por medio de vuestro ejemplo y de vuestra palabra. Caminando desembaradamente por el camino de la vida hasta el monte del Señor, podáis llegar felizmente a la santa ciudad de Sión para gozar eternamente de la visión del rostro del sumo Dios. De ella embriaga a sus fieles servidores, colmándolos de todo bien con una medida apretada, colmada y rebosante (Luc. 6, 38) por todos los siglos de los siglos. Amén.

SERMON V

**Pronunciado el viernes en la Octava
del Corpus Domini
10 de junio de 1583**

Este tiempo sagrado, amadísimas hijas, nos habla continuamente de amor. Estos días santos, en los que hacemos particular memoria del ilimitado amor que Dios mostró hacia sus criaturas, hasta darse a si mismo, como alimento y comida de sus almas, nos invitan —os digo— a todos nosotros a amar. En los oídos y en los corazones devotos, resuena por todas partes esta palabra: amor. Espero que muchas de vosotras, sino todas, ya hayáis profundizado de modo más particular que de costumbre, en este misterio de amor, con el corazón lleno de vivo afecto. Muchas, digo, habrán ya gustado aquellos sentimientos suaves que este pan, este maná celestial, llevan siempre consigo: su dulzura no es comprensible, ni se puede expresar, si no es experimentada. Pero incluso habiéndola experimentado, en lo que se pueda decir con eficacia y profundidad, el gusto interior es mayor de cuanto se pueda exteriorizar.

Deseo por ello, amadísimas hijas, que prestéis oído sobre todo a este sentimiento interior, no tanto a mis palabras, y saquéis el fruto. Cada alma devota, poniendo atención a la voz interior con la que le habla interiormente Dios nuestro Señor, afirme, junto con el santo profeta: *«Audiam quid loquatur in me Dominus Deus»* (Sal. 85, 9), es decir: Escucharé lo que dice en mí el Señor Dios. Veré qué quieren decir, a qué se encaminan estas santas gracias, estos favores tan especiales con los que me col-

ma. Veré, me examinaré, trataré de comprender qué me piden: son todas voces y modos con los que Dios me habla: *«Escucharé lo que habla en mí el Señor Dios»*

Estoy convencido, hermanas, que esto os será de mayor utilidad que nuestras palabras. Sin embargo, para despertar vuestra atención, estimular y encender vuestros corazones para oír esta voz del Señor Dios, no queremos dejar de deciros, en esta solemnidad, algún pensamiento que nuestra mente sugiere.

Esta mañana estábamos reflexionando cuál podría ser el centro de nuestra meditación: nos ha venido a la mente el inicio de la lectura que es proclamada en esta fiesta. Ello nos ha sido más grato aún porque sabemos qué profunda devoción tenéis al glorioso Apóstol Pablo. El pasaje, pues, dice así: *«Pues yo he recibido del Señor lo que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que fue entregado, tomó el pan, y después de haber dado gracias, lo partió y dijo: Este es mi cuerpo, que es para vosotros; haced esto en memoria mía»* (1 Cor. 11, 23-24), y todo lo que sigue. Os aseguro que no tenemos intención de meditar por completo ni siquiera todo el fragmento que os hemos leído. Pues bien, queridísimas hijas, todas estas palabras son palabras de amor, suscitan sentimientos de amor y nos han sido dichas por el Señor en persona: *«Lo que he recibido del Señor»*.

Estaba meditando por qué motivo el Señor Dios ha revelado a San Pablo no sólo las modalidades, los gestos que constituyen con precisión este sagrado misterio, sino también el tiempo preciso en el que lo instituyó: *«En la noche en que iba a ser entregado»*. Hemos concluido que todo esto fue hecho para revelar su amor hacia nosotros; ha sido una elección de su amor el instituirlo en este tiempo antes que en otro momento. Reflexionemos sobre ello un poco: *«En la noche en que fue entregado»*. En aquella noche en que iba a ser pagado por su amor con la ingratitud más execrable que se pueda pensar y, además, por sus más íntimos amigos, por el pueblo elegido que había sido favorecido con tantas gracias, en esa noche nos

deja su Cuerpo como alimento y lo da personalmente a quien lo entregaba. «*En la noche en que fue entregado*». En la noche en la que su vida iba a acabar, no por muerte natural, ni asesinado por extraños (¡y también en este caso habría sido un gran gesto de amor!), sino como consecuencia de una traición; palabra horrible esta, que el alma humana en su piedad y en su comprensión no puede soportar; «*en la noche en que fue entregado*», en la hora en que tenía a sus enemigos a la vista, cuando sabía que estaba próximo a sudar sangre, y veía aproximarse el momento de la muerte, terrible para su cuerpo y para los sentimientos de su alma, de modo particular para Él, sobre quien se desfogarían las iras de los Judíos; en la hora de tantas injurias, de tantos insultos y ofensas, de crueles tormentos, en la hora —digo— en la que los sentimientos y la razón hubieran exigido que estuviera triste, alejado de todo pensamiento que no lo afectase personalmente y plenamente absorto en los hechos horribles e injustificables que le iban a sobrevenir, y de los que sólo la muerte es peor, en tal hora no se detuvo sobre estos pensamientos, sino que prodigó sus beneficios sobre sus criaturas, nosotros míseros pecadores: ¡estaba por completo entregado a demostrar su amor profundo por nosotros! ¡Queridísimos, qué gran acto de amor fue éste! Y ciertamente si nosotros, después de haber renunciado al mundo, confiado a Dios nuestra voluntad, entregado a sus manos toda nuestra vida; si vosotras, que habéis hecho la santa profesión mediante los tres votos solemnes de pobreza, castidad y obediencia, mediante los que habéis sacrificado vuestra voluntad y a vosotras mismas a Dios, de modo que pueda decirse que ya no os pertenece; si con todo esto —digo— una ligera enfermedad que sobreviene, una palabra descortés, una pequeña humillación, una chispa de desestima bastan para desviaros de Dios, para quitaros el gusto por la oración, por la meditación, por el Oficio Divino, por las lecturas sagradas, y para decirlo en una palabra, bastan para alejarnos de toda práctica piadosa y santa, ¿qué pensamientos, qué consideraciones no ha-

brían debido apoderarse de la mente de nuestro Señor Jesucristo, según la razón humana, en un tiempo tan lleno de dolor y tristeza? Sin embargo, Él se olvidó de si mismo, puso de lado el pensamiento de la muerte inminente y se dedicó a consolarnos, a alimentarnos, a vivificarnos a nosotros pecadores, sus traidores: nosotros causa de sus dolores, de sus tormentos y de su muerte. Amadísimas hijas ¿Qué amor fue éste? Era un amor tan abrasador que no le fue posible esperar al tiempo de la muerte para derramar su sagrada Sangre y sacrificarse a si mismo al Padre, para dar satisfacción de nuestros pecados sobre el altar de la cruz. Él quiso adelantarse a este momento dándose en alimento y comida de nuestras almas en el Santísimo Sacramento. ¡Oh hermanas, cuán frecuentemente debemos meditar este misterio, gustarlo, obtener fruto de él! ¡Con cuánta frecuencia deberemos dirigirnos a Dios y a nosotros mismos, diciendo: ¿Podré alguna vez permitir y soportar que otro ocupe mi corazón sino Vos, Señor Dios, cuando el vuestro está sólo pendiente de beneficiar a esta pobre criatura, y darse totalmente a ella? Estas meditaciones, queridísimas, deberían ser vuestra recreación, vuestro consuelo, vuestro alimento. Dios es espíritu; la parte más noble del hombre es el espíritu; por eso se puede nutrir perfectamente sólo de Dios. ¡Felices vosotras, amadísimas hijas, que os habéis encerrado aquí por este motivo: alimentaros sólo de Dios y gustar sólo de Él! A vosotras de modo particular, se ha concedido la gracia de poder dirigirse a la iglesia cada vez que lo queráis, y contemplar aquí, adorar el sagrado y divino Cuerpo de nuestro Salvador. ¡Oh hermanas, qué tesoro nos ha dado el Señor Dios! ¡Qué benevolencia, qué amor muestra a su criatura! Es algo que va más allá de la capacidad humana. También Salomón se asombraba y consideraba cosa inimaginable para la inteligencia del hombre que Dios se dignase a habitar en el Templo que él había construido con gran lujo y gloria (sin embargo sólo era una figura del que nosotros en realidad gozamos), hasta el punto de exclamar: *«¿Pero es cierto que Dios habita con los hombres*

sobre la tierra? Los cielos y los cielos de los cielos no pueden contenerte ¡cuánto menos esta casa que yo te he edificado!». Oh Señor Dios, si los cielos son tan pequeños, comparados con tu grandeza, de modo que no puedes ser encerrado en toda su extensión, ¿qué podrá ser nunca este pequeño templo? Os repito, hermanas: si Salomón se asombraba tanto de que el Señor se dignara habitar en aquel Templo (que era sólo una prefiguración, habiéndose colocado en él el Arca, el Propiciatorio y todos los objetos sagrados), ¿qué deberemos hacer nosotros que tenemos la posibilidad de gozar efectivamente de este templo, porque en las iglesias está presente su Cuerpo, verdadero y santo, colocado en los tabernáculos y en las custodias del Santísimo? Si Salomón, lo repito, se maravillaba de que aquella pequeña construcción pudiese acoger la majestad y la grandeza de Dios, ¿qué haremos nosotros, que lo recibimos no en un templo suntuoso y rico como aquel, sino en nosotros mismos, indignos y llenos de pecados? Queridísimas, son estas reflexiones las que confunden y humillan nuestra soberbia, las que encienden el alma de gratitud y de amor hacia Dios. Si esto es lo que cada cristiano debe hacer, tanto más se espera de vosotras que hagáis otro tanto, porque vosotras tenéis una comprensión más profunda del misterio y se os ha dado una gracia mayor; vosotras podéis, como os decía antes dirigirlos a la iglesia cada vez que queráis; podéis adorar el Cuerpo de Dios, ofrecerle vuestras lágrimas, vuestras aspiraciones, las necesidades, los deseos, teniendo la esperanza de ser escuchadas. ¡Qué fortuna comporta vuestro estado religioso, hijas; qué feliz es! «*Felices tus hombres, felices estos ministros tuyos que están siempre ante Ti*» (1 Re. 10, 8), decía la reina de Saba al rey Salomón. Pero ¡cuánto más felices vosotras que tenéis la fortuna de servir no a un rey de la tierra, sino al rey del cielo; vosotras que estáis en la presencia no del rey Salomón, sino del Señor Dios, rey del cielo y de la tierra! Queridísimas, debéis manteneros siempre ocupadas en estas santas meditaciones, gozar de esta vocación a la que el Señor Dios os ha

llamado, penetrar con vivo sentimiento en este gesto de amor que lo ha movido a morir por nosotros, entregándose a vosotras mismas con generosidad, prontitud, alegría, generosidad, decisión, dispuestas a sufrir cualquier cosa por su amor. Ciertamente, ya habéis ofrecido todo esto por medio de vuestra profesión religiosa; pero no seáis remisas en renovarla continuamente, dándole lo que ya habéis ofrecido, para celebrar con fruto particular esta festividad y consumir en el amor estos días que hablan continuamente de amor, como antes os dije. No borréis jamás de vuestro corazón el recuerdo de que el Señor ha nacido por vosotras; que ésta sea la dedicatoria escrita sobre vuestro corazón; que sea éste el sello de vuestras obras y reflexiones. Sea éste el recuerdo que os facilite toda cosa difícil, que os conduzca a no tener en cuenta a vosotras mismas y todos los intereses terrenos. Repetios frecuentemente: Si el Señor se ha entregado a sí mismo de modo total a mí, ¿cómo no darme a mí misma por completo a Él? Si el Señor —digo— no ha prestado atención a ninguna realidad terrena, ni siquiera a su vida, para salvarme, ¿por qué yo también no voy a querer vivir libre de ellas para conseguir la salvación? ¿Cómo no dar las riquezas, los honores, y la misma vida para salvarme? ¿Por qué yo no voy a vivir libre de ellas para conseguir la salvación? ¿Qué puede haber para vosotras tan dificultoso como para rechazar realizarla; o tan pesada como para no querer soportarla; o tan amarga como para no gustarla por amor de Aquel que, por nuestro amor, ha surcado mares difíciles y llenos de emboscadas, ha llevado todos los pesos pesados sobre sus espaldas, ha gustado la hiel de la amargura? ¿Qué efectos no debería provocar en nosotros este dulce recuerdo, esta suave contemplación, estas palabras de amor: Dios ha muerto por nosotros? Se lee de una santa llamada Margarita, hija del rey Esteban de Hungría y de la reina María, a propósito de la cual los padres como consecuencia de algunos hechos que les habían sucedido habían formulado un voto antes de su nacimiento para que fuera consagrada a la vida religiosa; lle-

vada a un monasterio a los tres años, a los cuatro se le hizo vestir el hábito monacal; ella, os digo, viendo un día una cruz, preguntó a las monjas qué signo era. Le respondieron que se llamaba cruz y que en una como aquella el Señor Jesucristo había derramado su sangre y había muerto por nuestro amor. Estas palabras que declaraban cómo había muerto el Señor por nosotros hicieron tanto efecto en la niña, conmovieron tanto su noble y augusto corazón que, volviéndose hacia ella, salió con esta invocación: «¡Señor, confío en Ti!»; como si le dijera: Señor, en cuanto me es posible, comprendo y conozco qué grande fue el amor que te llevó a la muerte por mí; como gesto de gratitud me entrego y me consagro totalmente a Ti; me confío a aquellas manos que por mí fueron clavadas al leño de la cruz: Señor, me confío a Tí!

Queridísimas, éste fue un verdadero acto de amor, un gesto que demuestra la nobleza del corazón, un sacrificio ofrecido a Dios en olor de suavidad. Esto es lo que busca Dios de nosotros. ¿Acaso el Señor quiere vuestro oro, vuestra plata o vuestras riquezas? ¡No! ¡Quiere nuestro corazón, nuestro corazón! Esto es pues lo que debemos ofrecerle, amadísimas hijas; consagrémosle con generosidad los afectos, los deseos, toda nuestra voluntad y capacidad; liberados de toda atadura terrena, fortificados por aquel alimento que es su divino Cuerpo, podremos avanzar libremente y con alegría hacia la patria celestial que el Señor os querrá conceder. Amén.

SERMON VI**Pronunciado el domingo dentro de la octava
del Corpus Domini
12 de junio de 1583**

La ocasión de este servicio pastoral que estamos realizando para vosotras, amadísimas hijas, es que, debiéndonos alejar durante seis u ocho días, y, por ello ante la imposibilidad de celebrar el próximo viernes nuestras habituales funciones sagradas, hemos querido hallar el modo de reparar hoy, para no faltar, en lo posible, a la promesa hecha a vosotras. Nuestra meditación se detendrá una vez más sobre aquel santo misterio que la Madre Iglesia nos propone para toda la octava: la institución del Santísimo Sacramento. Os expondré una sola consideración, puesto que el tiempo es limitado: espero sin embargo que os sirva de ocasión para pasar algún tiempo en oración.

Estaba considerando el amor que el Señor Jesús nos ha demostrado, queriendo dejarse a si mismo para nosotros como alimento y queriendo morir por nuestro amor. En todo esto, he considerado cuánta atención ha tenido hacia nosotros, cuánto ha estimado a esta criatura suya. Cosa asombrosa que un ser miserable, una vil criatura, sea tan importante ante Dios, sea tan estimada por Él, como para humillarse a salvarla, tomando la forma de siervo (cfr. Fil. 2, 7), hasta morir. No contento con todo esto, para ayudarla, para sostenerla, para darle nueva vida, se ha dado a si mismo en alimento. De todo esto podemos extraer esta consideración, amadísimas hijas: cuánto debemos estimar a esta alma nuestra, cuánto ho-

nor debemos tributarle, cuánto respeto prestarle. ¡Hermanas, qué poco prudentes somos en este campo, qué descuidados todos nosotros! Aún si esto fuese un asunto de interés común y nouviésemos parte interesada en ello, no deberíamos igualmente por respeto a la obra de Dios entregar sin medida todo nuestro afán, hasta dar la propia sangre? ¡Sin embargo es algo que afecta a nosotros en particular, que interesa a nuestra propia persona, en lo que se cifra nuestra felicidad, beatitud, o condena! Pero ¡qué superficiales y negligentes somos sobre este hecho! Estamos extremadamente dispuestos a resentirnos cuando nos damos cuenta de que un trabajo nuestro, que nos ha costado sudor, no es tenido en cuenta; tanto más si quienes se comportan así son aquellos por quienes nos hemos tomado las molestias. ¿Y tratamos de este modo las obras de Dios, con tan poco respeto? ¿Y nos atrevemos a pensar, desgraciados de nosotros, que el daño y el resentimiento afectan sólo a él? ¡Queridísimas, nos engañamos y muy mucho! El Señor en verdad se irritará pero para nosotros esto revertirá en desventaja; Él castigará nuestra ingratitud, nuestro descuido, nuestra maldad. ¡Tenemos un ejemplo en el libro del Génesis de cuán severamente castigó a su pueblo que, ocupado en hacer el mal, no se preocupaba de la salvación de su propia alma! El Señor según su poder y su justicia, se irritó contra quien lo merecía. Escuchadlo, queridísimas: *«El Señor vió que la maldad de los hombres era grande sobre toda la tierra y que todo deseo concebido por su corazón no era sino el mal»*.

Hermanas, el Señor observa las intenciones del corazón, «todos los pensamientos del corazón»; Él se da cuenta, observa, sopesa —os lo repito— el corazón del hombre; y, según sus intenciones, recompensa o castiga. No está ciertamente inclinado al castigo; somos nosotros, con nuestras malas acciones, quienes lo obligamos: debe resentirse para dar satisfacción a su naturaleza que es ser justo. *«Se arrepintió en su corazón»*. No es seguro por qué se dan en Dios estos sentimientos de dolor; se dice

esto como ejemplo, para hacernos comprender, para subrayar el hecho. «Sintió dolor en su corazón y dijo: Exterminaré al hombre que he creado ó, como si dijera: obligado por la ingratitud del hombre, por la poca atención y la poca estima que presta a los beneficios que le he hecho, exterminaré ¿es decir destruiré; que es precisamente aquel «*delebo*») «*hominem quem crevi*», al hombre que yo mismo he creado, que no sólo he favorecido, no sólo he amado, no sólo he nutrido, sino que he creado. Ahora estoy obligado a exterminar esta criatura mía a la que he dado vida a imagen mía, he colocado en una posición de honor, enriquecido con numerosas gracias, con inmensos dones, a causa de su maldad y perversidad. Y con él deberé destruir también a todo lo que he creado a su servicio, «con el hombre, también los animales». ¡Que-ridísimas, qué tremendo poder tienen nuestros pecados! Obligan a Dios por así decirlo, a que cumpla lo que no querría: Él desea mucho más salvarnos de cuanto nosotros podamos deseárselo. Pero ¿por qué me contento con decir la palabra «deseoso»? Todo su placer, su alegría consiste en favorecernos, en ennoblecernos, en exaltar-nos, salvarnos, hacernos felices. ¿Qué cosa no ha creado Dios en servicio del hombre? Los mares, los campos, las plantas, los peces, las aves, y todas las otras innumerables criaturas. ¿Y de qué dones no ha dotado al propio hom-bre? En primer lugar lo ha colmado de todo bien natural: la vida, la razón, la capacidad de juzgar, y todas las demás características humanas. En los dones sobrenaturales después, cuántos Sacramentos: Bautismo, Confesiones, Comuniones, Sagrada Unción, y todos los demás. Cuánta luz interior, cuántas inspiraciones, y qué suavidades espi-rituales! ¡Amadísimas hijas, qué beneficios inmensos son éstos! ¡Qué grande es el amor de Dios hacia su criatura! No quiero recordar aquí aquel beneficio mayor que todos los demás, que es el acto de caridad que supera a todo amor más profundo y perfecto: el misterio de nuestra redención, porque confío que no hay necesidad de hablar de él, ¡tan grabado y fijo lo tenéis en vuestro corazón! De-

bemos ser asiduos en estas meditaciones; deben servirnos para mantenernos despiertos, encendidos y fervientes en el servicio de Dios bendito. Además, como hemos tratado de comprender sus beneficios, y sus dones, debemos esforzarnos por comprender cómo usarlos bien, cómo emplearlos, cómo servirnos de ellos. Debemos examinarnos a menudo en nuestro interior. Encuentro, por ejemplo que el Señor me ha hecho un determinado don, me ha concedido una gracia, me ha enriquecido con una capacidad: ¿cómo hago uso de ella? ¿lo empleo para el fin que me ha establecido o no? ¿No? De ahora en adelante me esforzaré profundamente por comportarme de este modo. ¿Sí? Con su gracia trataré de acrecentarla y de llevarla a mayor perfección. Tales consideraciones deberían ser el inicio y el fin de nuestras oraciones; y vosotras, amadísimas hijas, puesto que os habéis consagrado al servicio de Dios nuestro Señor, deberíais de modo particular entrar a menudo en vuestro interior y deciros: He bajado la vida secular, he entrado en este sagrado monasterio, me he encerrado en estos claustros, me he dedicado al servicio de Dios nuestro Señor, he hecho los tres votos solemnes de obediencia, pobreza y castidad; estoy aquí en esta tranquilidad espiritual, sin estorbo, sin molestias y estoy gozando aquí en la tierra del paraíso. Pero ¿cómo respondo yo a esta vocación mía? ¿Cómo empleo estas gracias y estos dones? ¿Qué anhelo tengo hacia este fin? ¿Sirvo a Dios o al mundo? ¡Desgraciadamente también yo soy esclava del mundo! ¿Seguiré siendo monja sólo para vivir en la tranquilidad? ¿He llegado hasta aquí para ser consagrada y en cambio vivo una vida secular?

Hijas, debéis meditar frecuentemente estas cosas y llevar a menudo vuestras cuentas espirituales; considerad cómo son empleadas vuestras facultades y vuestros dones: si seguimos la voluntad del Señor o no. Puede suceder, a veces, que no las empleemos mal, pero sin embargo pueden también no estar encaminadas hacia el fin para el que nos han sido dadas. Esto conllevaría para nosotros castigo y pena. Lo mismo leemos escrito en el Evangelio

a propósito de aquella higuera que no producía fruto y el amo mandó que fuera talada (Cfr. Luc. 13, 7). Aquel árbol podía servir para muchas cosas, por lo menos para dar sombra. Sin embargo el amo quiso que fuese extirpado; ¿Por qué? Porque no servía a su fin. Lo mismo sucede con uno que plante una vid, que de forma a una vasija o a otro objeto: si no llegan a ser como él deseaba, para el servicio para el que lo ha plantado o modelado, ¿qué hará? La extirpará o la destruirá; porque, aunque puedan servir a otros, a él no le sirven. Así sucede también a nosotros, queridísimas. Podremos hacer muchas cosas que en si no son malas: tomarnos alguna comodidad de más, charlar frecuentemente la una con la otra, ir a encontrarnos con parientes y otras cosas semejantes; vosotras no debéis aferraros a comodidades inadecuadas a vuestro estado; no debéis hablar de cosas vanas y mundanas, y menos aún contra vuestro prójimo; no iréis a reuniros con parientes sin el permiso y no haréis otras cosas semejantes. Ellas en si no son cosas malas, ni van contra el honor de Dios; sin embargo no sirven para el fin de vuestra vocación, más aún la mayoría de las veces son fuente de distracción y os disponen mal para la oración. ¡Qué necesario es ser sagaces, prudentes y previsoras, diligentes en el examen; prudentes antes de concedernos algo o condescender a los deseos de nuestros sentidos, para no caer en el abismo de la tentación! Por eso, amadísimas hijas, poned cuidado en todo esto, permaneced constantes en estos propósitos. El alma religiosa debe saber retirarse a menudo en su interior, y tener fijo aquel consejo que también yo mismo me ofrezco a mí mismo, incluso en otras circunstancias: ¿Cuántas almas harían mejor que yo si se hallaran en la condición en que yo me hallo? ¿Cuántas desearían conseguir la fortuna de entrar en religión para llevar una vida de contemplación, para servir de un modo más perfecto al Señor, y sin embargo no les es posible? Y yo que estoy en este estado, conseguido quizá a fuerza de excesiva fatiga, no soy capaz de apreciarlo, ni hago uso de él como debiera, no correspondo a una vocación tan

grande. Nosotros debemos sentirnos confundidos, queridísimas, al ver a ciertas almas (y yo mismo he visto a algunas) como, por ejemplo, estas vírgenes de Sta. Ursula y tantas otras, llenas del gusto de las cosas de Dios, dirigirse a la santa comunión con tanto afecto y deseo religioso, apartadas de los placeres de este mundo, recogidas en sí mismas, mortificadas, siempre alegres incluso cuando son despreciadas y calumniadas, confiadas y en la voluntad de Dios; y si ellas gozaran de la fortuna de poder entrar en un monasterio, se retirarían en él felices. A menudo no lo pueden hacer, porque no todos los monasterios tienen la posibilidad de mantenerlas. Sin embargo, aun permaneciendo inmersas en la vida ordinaria, son motivo de confusión para las que han entrado en un convento. Es necesario que la religiosa mantenga siempre dentro de sí el temor de ocupar injustamente el lugar que otra podría ocupar; que sería mejor que ella, si se encontrase en su lugar. Que tenga siempre el temor de sentir resonar aquella tremenda voz que haga resonar en sus oídos estas palabras: ¿por qué ocupas la tierra en balde? (Cfr. Luc. 13, 7). Que éstas sean las consideraciones que os inciten al servicio de Dios, os hagan vigilantes, hagan de vosotras almas fervorosas, por la abundancia de gracias que la majestad divina derrama sobre vosotras. El temor de ocupar en vano el puesto en el que estáis, sirva para haceros más diligentes y cuidadosas, reconociendo la gran dignidad de vuestra vocación y meditando a menudo los premios que se prometen a quienes corresponden fielmente. De ellos vuestro padre, el apóstol Pablo, dice: *«ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman»* (1 Cor. 2, 9).

Os aseguro que es verdad, amadísimas; al final, todas las cosas de este mundo se revelan como la nada: sólo las de Dios tienen valor: acaban las riquezas, acaban los honores, la gloria, los Estados, los Principados; todos acaban. Sólo los bienes eternos perduran. Salomón que gozó de una paz envidiable, que fue tan sabio y rico, rey poderosísimo, tan amado por los pueblos y por sus súbditos,

después de haber gustado todos los placeres del mundo, dueño de un elevado número de esclavos y esclavas, después de haber gozado a placer de la dulzura de la música y de todo instrumento, después de haber amasado tanto oro y tanta plata, después de haber dado satisfacción a todo deseo de sus ojos, acabó por sacar la conclusión que él mismo expuso en el libro del Eclesiastés (libro utilísimo): «*Todo es vanidad*», ya sea el oro, la plata, los honores, las riquezas, el tener tantos esclavos, la dulzura de las melodías; afirma que todo es vanidad y muestra, en cambio, en qué consiste la verdadera felicidad que puede obtenerse en este mundo: «*No hay nada mejor que alegrarse y actuar bien en la vida*» (Ecl. 3, 12). He constatado —dice— que el hacer el bien, practicar las virtudes y servir a Dios en la alegría es la más dulce, perfecta y suave paz. Amadísimas hijas, en esto consiste la verdadera felicidad, que cualquiera puede, debe desear y procurarse con todas las fuerzas. Quien la posee alaba eternamente al Señor, como debéis hacer vosotras que la habéis alcanzado. No debería pasar un día sin que le diérais gracias devotamente, sin la búsqueda de la perfección en la virtud, como signo de gratitud hacia tanto amor. ¡Cuán frecuentemente debéis entrar en vosotras mismas, entrar en el interior de vuestra alma y ver dónde se encuentra depositado y guardado este precioso y raro tesoro! ¡qué frecuentemente, os lo decía hace poco, el alma religiosa debería recogerse en lo secreto de su alma, examinarse cómo ha pasado el tiempo durante el día, cómo se ha servido de los momentos de oración, cómo se ha acercado a la Santa Comunión, qué fruto ha obtenido de las santas lecturas, cómo ha puesto en práctica las buenas inspiraciones, cuánto tiempo ha sabido permanecer en silencio, cómo ha observado su Regla y los votos, cuántas veces ha sabido vencerse a si misma, cómo ha conversado con sus hermanas, y qué temas han sido el centro de sus conversaciones, si ha sabido usar con moderación las comodidades ofrecidas, de la comida, de la bebida, del sueño... y de cualquier otra cosa! Y, creedme, queridísimas: es un ejercicio

extremadamente útil, que deberemos practicar cotidianamente.

Lo que os digo a vosotras, me lo digo a mí mismo y a todos los cristianos: *«Os doy un consejo, como quien ha obtenido misericordia del Señor y merece confianza»* (1 Cor. 7, 25); así dice vuestro glorioso padre San Pablo, y retomando sus palabras también yo os lo repito a vosotras, hijas; os lo dejo como prenda hasta nuestra vuelta: ocupáos en examinar frecuentemente vuestra condición y el fin de vuestra vida. No estoy hablando del final, de la muerte, del juicio final: todas estas cosas son buenas de meditar y muy útiles para el progreso de la vida espiritual; os hablo del fin para el que Dios os ha creado y dotado de gracias tan raras y distintas; aquel fin —digo— para el que os ha llamado a una vocación tan noble y os ha enriquecido con los dones espirituales. El fin para el que se nos han dado y para que los empleemos y los usemos: *«He venido a traer fuego a la tierra y ¡cómo desearía que ardiera ya!»* (Luc. 12, 49). Dios quiere que hagamos dar fruto a sus talentos, a sus dones, a sus gracias. Él nos ha proporcionado los dotes: quiere que nosotros los empleemos; nos ha dado la gracia: quiere que gocemos de ella y nos sirvamos de ella. ¡Cuánto cuidado y atención debemos poner en no dejar inactivos y vanos los dones y las gracias del Señor! En toda acción, una detrás de la otra, en toda oportunidad que se nos da, debemos siempre sacar alguna ventaja, desearla, estimularnos; que cada una se diga a sí misma: El Señor hoy me concede la posibilidad de comulgar: ¿seré tan ingrata frente a tanto amor de no recibirlo? Si me concede poder ir a adorar su Sacratísimo Cuerpo cada vez que quiero, ¿por qué no voy a ir cada vez que me sea posible? Si soy reprendida por mi superiora o alguna hermana mía, dejaré pasar esta buena ocasión para mejorar? ¿Acaso no deberé humillarme con prontitud, y confesar mis imperfecciones? Si se me da un poco de tiempo y de descanso de las ocupaciones externas, lo emplearé en cosas vanas y ociosas? ¿No deberé, por el contrario, entregarme prontamente a la oración, a

la lectura de libros sagrados y a otros ejercicios de piedad? En todas las comodidades que el Señor os concede, no perdáis el tiempo, no tengáis enterrados los talentos, avanzad mientras que el mar está tranquilo y el viento es favorable y la luz de la estrella polar os sirve de guía. No ayunéis, queridísimas, hasta que tengáis al Esposo entre vosotras: regocijáos continuamente en su gracia, saciáos con el cumplimiento de su santa voluntad. Todo lo que os suceda, en favor o en desfavor, sea fuente de dulzura o de amargura, que todo sirva para nutrirnos, para que podamos crecer y fortificaros en el camino del espíritu. Haciendo así, nunca estaréis en ayunas. «No puede permanecer en ayunas quien es nutrido por la gracia del Salvador», dice San Ambrosio, comentando aquella frase del Evangelio: «*¿Pueden acaso permanecer en ayunas los invitados a las bodas cuando el esposo está con ellos?*» (Mc. 2, 9).

Os digo: estaréis siempre bien nutridas, fuertes, capaces de caminar hasta aquella sagrada y divina montaña a la que el Señor, en su bondad, quiera conducirnos a todos. Amén.

SERMON XVI

**Pronunciado con ocasión de la toma de hábito de
la hermana Angelica Monica Rossi en la vigilia
de la fiesta del Corpus Domini
30 de mayo de 1584**

El sagrado oficio de dar el hábito religioso a esta hija, hoy, sucede en un momento muy favorable, amadísimas hijas; este rito armoniza muy bien con las solemnidades pasadas y con la que va a iniciarse, la institución del Santísimo Sacramento: es un tiempo muy indicado para el ofrecimiento de nosotros mismos a Dios, para darnos en sacrificio a Él, en señal de gratitud o, al menos, en testimonio de nuestra gratitud por el gran amor que nos ha tenido y continuamente nos tiene. Es verdad que cualquier tiempo es oportuno y es ocasión para hacer memoria de las gracias especiales que hemos recibido de su mano divina y pródiga; sin embargo somos invitados, más aún, diría casi forzados por la misma razón a comportarnos con mayor afecto, en este tiempo sagrado. Hemos celebrado la efusión del Espíritu Santo; hemos recordado los innumerables favores que Dios nuestro Señor nos ha dado, derramando su gracia sobre nosotros criaturas indignas e ingratas con tanta abundancia, que no la recibieron en don ni la gozaron solamente la gente de aquel tiempo o aquellos que estaban presentes, sino que somos partícipes de ella y la experimentamos también todos nosotros: aquella gracia está destinada a producir fruto hasta el fin del mundo. Estas, pues, han sido fiestas solemnes, portadoras de especiales y singulares gracias. La que sigue, sin embargo supera y sobrepasa a todas. En Pente-

costés el Señor nos da su ayuda y su gracia; pero no nos da sólo estas dos realidades (ayuda y gracia son estimadas por nosotros, si nos vienen de personajes importantes): nos hace también dueños de su Cuerpo, Sangre, alma: en una palabra de todo Él. Queridísimas, ¡qué exceso de amor es éste! ¡Oh criatura, oh tierra, oh mundo! ¿cuándo serás capaz de comprenderlo y de apreciarlo? Nuestra ingratitud y ceguera es tan grande que el cielo aparece pequeño a nuestros ojos, la tierra poca cosa, una nada toda esta compleja construcción que el Sumo Arquitecto ha hecho en beneficio del hombre, con tanto empeño.

Hemos hecho pesada y oscura la vida, o mejor dicho, hemos hecho insensible el corazón hasta el punto de que no logramos ya obtener los beneficios y gracias tan sublimes y excelentes: nos hacemos inferiores a los animales que quedan para siempre aficionados y ligados, para defenderlos, protegerlos y servirlos, a aquellos que les han proporcionado alimento al menos alguna vez o los han librado de algún peligro. ¡Qué ingratitud! ¿Podía hacer menos nuestro Dios? ¡Yo pienso que realmente no! Su gran Majestad ha bajado del cielo a la tierra, por nosotros miserables pecadores; la divina presencia ha beneficiado, durante tantos años, este valle de miserias; la luz espléndida y maravillosa se ha revestido de nuestro oscuro vestido mortal; el Justo, el Inocente ha sufrido tantas y tantas injurias, tormentos, aflicciones; y por último, el Hijo de Dios, hecho hombre, ha muerto sobre el leño de la cruz. Y sin embargo, después de todo esto, él no está todavía contento y satisfecho, sino que, sigue ardiendo en amor por todos nosotros, nos deja su espíritu, su alma, su cuerpo como alimento, comida, sostén, fuerza, consuelo, alegría, para toda la duración de nuestra vida. La suya no ha sido una elección temporal: esta gracia debe durar hasta el fin del mundo: *«Mirad, yo estoy con todos vosotros hasta el fin del mundo»* (Mt. 28, 20).

Oh criatura, oh alma cristiana, te lo repito: ¿cuándo sabrás comprender, al menos en parte, este inmenso bien, este entrañable amor? Tener ante los ojos este espectácu-

lo divino, el Santísimo Sacramento; poder descubrir ante su temible presencia todas nuestras necesidades; poder gozar y beneficiarnos en todo momento; ser siempre ayudados, aliviados, confortados, consolados plenamente! ¡Queridísimas, qué favores y cuánta dignidad, qué gracias son todas éstas! ¡Es un tiempo pleno de amor! Se ven llover gracias por todas partes; parece que todo se convierte en alegría, gozo, júbilo y contento. Mañana lo podremos constatar: veremos, por así decir, florecer la tierra por todas partes e incluso los muros revestidos de gozo: se verán procesiones, se oirán músicas, campanas, y cada uno se mostrará sumamente alegre y contento. ¡Oh amor ilimitado del Señor Dios! «¿Con qué me presentaré al Señor?» (Mic. 6, 6), decía un siervo tuyo: ¿qué cosa digna daré a mi Señor? ¿Dónde podré encontrar oro, plata, joyas, dónde hallaré un tesoro tan precioso que pueda recompensarlo? Me daré a mi mismo como gesto de reconocimiento de este amor singular. Comprendo que no puedo ofrecer nada más apropiado que mi persona y por ello me daré a mí mismo, pagando vida con vida. Si bien este precio es con mucho inferior al coste y al valor de su vida, el Señor está igualmente contento. No quiere que busquemos fuera de nosotros lo que pueda demostrarle nuestro agradecimiento; está satisfecho con lo que hay dentro de nosotros, más aún se goza, se alegra, se complace. Esta mañana, vosotras hijas, habéis hecho este ofrecimiento: el vuestro y el de todas vuestras hermanas. Este era el tiempo más adecuado para vosotros para hacer vuestro ofrecimiento y para vuestras hermanas de renovarlo. Debéis ahora, encender nuevamente aquel propósito de abrazarlo que un día habéis manifestado, abrazarlo con alegría y amor renovados, renunciar al mundo de modo aún más total y con ánimo grande, renovar vuestros votos y vuestras promesas, someter con nueva prontitud y sumisión el cuello a este yugo suave. En una palabra, renovar del modo más verdadero la elección de la vida religiosa y vuestro ánimo. No es conveniente, queridísimas, no es conveniente celebrar este sagrado misterio,

esta gran fiesta como si fuese una realidad común, una cosa estereotipada, como una obra cualquiera realizada por el Señor Dios. Debéis despertaros, dilatar y encender el corazón, elevar las almas a las cosas del cielo, debéis entregaros realmente a la majestad divina; no debéis preocuparos y pensar en otra cosa, sentirnos en sintonía con otros que con vuestro Esposo, único Señor y Dios. Si lo tenéis a Él, ¿qué os falta? ¿Qué otra cosa podéis desear? «*Deus meus et omnia*» decía un siervo grato a Él; tengo todo lo que deseo, poseo todo, soy el amo de todo, si tengo a mi Dios; «*Deus meus et omnia*»: no tengo mi interés en los otros, ninguno me puede dar satisfacción, no me preocupo ya de ninguna cosa, ni me ocupo de otra cosa, si tengo a mi Dios. «*Deus meus et omnia*». «¿A quién tengo yo en los cielos? Fuera de Ti en nada me complazco sobre la tierra» (Sal. 73, 25) ha sido la oración que tú, hija, has hecho esta mañana. ¿A quién tengo yo en el cielo? ¿Qué puedo desear para mí en la tierra, si poseo ya a mi Dios, el que se ha apoderado ya de mi corazón, y es toda la porción de mi heredad? (Cfr. Sal. 16, 5). «*La roca de mi corazón y mi porción es Dios por siempre*» (Sal. 73, 26). ¿Por qué envilecer la dignidad de nuestro corazón amando cosas caducas, cuando es capaz de amar a Dios? Queridísimas, si consideráramos, como es justo, todo esto profundamente, ¿cómo nos sentiríamos despegados de este mundo, cómo lo despreciaríamos, cómo se elevaría a Dios nuestro corazón, lleno e inflamado de amor por Él! Después si ya hemos experimentado el deseo de actuar así, si ya hemos tenido ocasiones que favorecieron todo esto, ahora —os digo— es el momento más apropiado para enamorarnos de Dios, para fundirnos en sentimientos de amor por Él, para transformarnos en Dios. Hermanas, si la Esposa del Cantar de los Cantares se sentía desfallecer con solo oír su voz, tanto lo amaba, ¿qué debería quedar de nosotros que nos alimentamos de Él realmente? ¡Qué gracia, qué don! ¡Qué grande es el amor del Señor Dios, qué dulces son sus consolaciones! ¡Qué dulzura, qué paz para aquella alma que se hace disponible para Él! Hablo

del alma religiosa que se entrega totalmente a Dios, que alarga su corazón, y deja que la divina gracia actúe en ella. «He abierto el pestillo de mi puerta (es decir mi corazón) a mi amado», dice la Esposa del Cantar; he abierto el pestillo de mi corazón, he quitado la dureza y la obstinación de mi alma. E inmediatamente, apenas el Señor ha hablado, teniendo ya el corazón libre y dispuesto para escuchar su voz, mi alma al resonar sus palabras ha desfallecido: «*Anima mea liquefacta est ut (dilectus) locutus est*». Es necesario suprimir, queridísimas estas durezas del corazón, estas asperezas, estas indisponibilidades porque ofenden al Señor Dios, dan impedimento a su gracia. He levantado el pestillo de mi corazón para mi amado: hay que eliminar las tinieblas del corazón, abrir estos pestillos, ablandar estas durezas, abandonar esta desconfianza, este temor desordenado, si queremos ser ayudados en las necesidades y hallar gracia ante Dios. La puerta de la misericordia está ya abierta y podemos ser recibidos en audiencia en cualquier momento; podemos hablar a nuestro felicísimo abogado y juez cada vez que queramos. Queridísimas, si la mujer del Evangelio estaba segura de que con solo tocar el borde de los vestidos del Señor se curaría: «*Si consigo aunque sólo sea tocar su manto, seré sanada*» (Mt. 9, 21; cfr. Mc. 5, 28); y estaba tan segura en su corazón de que aquel solo contacto la podía sanar, ¿qué confianza deberemos tener nosotros que no sólo tocamos las franjas de su ropa, no sólo el manto, sino que recibimos su Santo Cuerpo y su Sangre en nosotros mismos? Él se comunica con nosotros lleno de gracias, de riquezas abundantes, de dones espirituales! ¡Qué poco gozamos de nuestras riquezas y valores que poseemos! ¡Qué poco gozamos de la dignidad y de las comodidades que tenemos! Si al solo paso de la sombra de los Apóstoles la gente se curaba (cfr. Act. 5, 15), o al roce de sus mantos muchos se veían liberados de diversas enfermedades, y, todavía en nuestros tiempos, tantos son curados con solo acercarse a las urnas y las cenizas de los cuerpos de los Santos, ¿qué favores, qué gracias, frutos, consolaciones no

deberemos esperar recibir? Y no sólo cuando recibimos la Comunión en el Sacramento, sino también cuando lo vemos y lo adoramos. ¡Cómo deberemos sentir el alma llena de consuelo, queridísimas, cada vez que nos acordamos de este tesoro! ¡Qué júbilo, seguridad, gratitud ante Dios que nos ha colmado de un bien tan grande! El solo recuerdo de todo esto debería ser suficiente para alejar la tristeza y la negligencia que tenemos. El Señor, para aliviar los sufrimientos del profeta Jeremías, quería que se acordara de sus penas y sus dolores: «*El recuerdo de mi miseria y de mi errar es ajeno y veneno*» (Lam. 3, 19). Si el simple recuerdo de los sufrimientos del Señor era capaz de aliviar las atroces penas que Jeremías soportaba por la destrucción de Jerusalén, ¡cuánto mayor será el consuelo que nos traerá este Santísimo Sacramento, que, además de los dones que lleva consigo, es recibido como un memorial santo: «*Haced esto en memoria mía*» (Lc. 22, 19; cfr. 1 Cor. 11, 24)? Aquel santo profeta nos hace ver quépreciado le era aquel recuerdo, pues añade estas palabras: «*Bien me acuerdo, y se abate mi ánimo dentro de mí*» (Lam. 3, 20): esculpiré en mi corazón, estamparé en mi mente, grabaré en mi interior la impronta de esta gran gracia portadora de salvación, de este don singular y especial favor. Lo haré de modo que cada vez que me acuerde mi alma se sienta desfallecer: «*Bien me acuerdo, y se abate mi ánimo dentro de mí*».

Hijas, si el alma se desfallece con el solo recuerdo de todo esto ¿cómo podemos soportar que en nosotros dominen tantos defectos, imperfecciones tan graves, tantos deseos, proyectos, tensiones, intereses? ¿No debe ser mayor la prontitud en esforzarnos por abandonarnos a nosotros mismos y dedicarnos por entero a Dios por este Santísimo Sacramento que sabe atraer hacia sí a las almas de un modo tan decidido? Es verdad que aún si nos damos enteramente a Dios, no hacemos otra cosa que devolverle lo que es ya suyo; esto, sin embargo, es un testimonio de nuestra gratitud. Queridísimas, como frecuentemente os digo, haced a menudo ofrecimiento de vosotras mismas a

Dios, renovadlo con frecuencia amorosamente; y con la ofrenda de la vida (sobre todo tú, hija, que hoy te consagrás, y, de este modo das inicio a este santo sacrificio), vivid con este amor, con este fervoroso deseo y esforzáos, con la ayuda del Señor Dios por llevar a perfección vuestra llamada.

Queridísimas, habríamos querido hacer completa esta fiesta, más plena esta ofrenda de sacrificio añadiendo a la solemnidad a esta otra hermana que tiene la misma intención de consagrarse al Señor. Pero como ella no ha preparado y ordenado completamente todos sus deberes, hemos dejado la cosa para dentro de algunos días; así la obra del Señor será llevada a término de modo aún más excelente y ella podrá madurar más profundamente su deseo y su propósito; libre de toda preocupación mundana, pueda ella celebrar así sus bodas sagradas y no se acuerde más, si ello es posible, del mundo que ha dejado. Será algo grato también para vosotras, queridísimas hermanas, si, habiendo pensado pasar un solo momento de alegría, una sola fiesta, os encontraréis con dos celebraciones. Entretanto ella hará crecer su deseo; y esta realidad en la que el Señor se complace. En este tiempo, después, conocerá la grandeza del estado religioso, cuál es el espíritu y el fervor necesario para caminar a lo largo de la vía de la perfección; así esta dilación en el tiempo será fructífera y consoladora para ella y para vosotras. No entendamos, con esto, que ella no pueda disponer de sus actos también en el futuro, como ella quiera; más aún, el sagrado Concilio de Trento exige que las postulantes tengan este año de noviciado, durante el cual, hasta la profesión religiosa, tengan todas las facultades de disponer de ellas mismas y de lo que posean, de modo que se dediquen al Señor y a su servicio con mayor convicción. El santo Concilio da esta facultad y nosotros, en su nombre, la confirmamos. Así pues, a pesar de que ella ya está profundamente convencida de su elección, hemos juzgado que estaría bien, dado que está concedido, que ella encuentre una justa preparación de sus intereses materiales; en efec-

to consideramos cosa no indicada e inconveniente, después que se haya entregado a Cristo y elegido llevar una vida celestial, el rebajarse a plegar el ánimo a las realidades terrenas, ocupando su mente en estos pensamientos. En cuanto es facultad nuestra, esto se debe evitar: Después de haberse consagrado a Cristo, después de haber dado la espalda al mundo y haberlo abandonado definitivamente, por vuestra parte no se aspire, no se piense y no se tienda a otra cosa que a estar eternamente unidas al Señor Dios, para conseguir el premio de la llamada eterna.

En línea con todo esto, para que sirva de consuelo a quienes desde hace tiempo han abrazado este estado, a quien hoy ha entrado en él y quien va a abrazarlo, quiero narraros un episodio de la Sagrada Escritura, un ejemplo importante, que se adapta bien a la condición del noviciado; es como la norma, por así decir, de cómo debe comportarse una novicia en el año de prueba. El ejemplo es de Moisés, cuando nuestro Señor lo llamó al monte para aprender la Ley (Cfr. Ex. 34). ¿Y qué otra cosa es el estado de novicia sino aprender la ley del Señor: aprender los fundamentos de la fe, conocer la voluntad del Señor Dios, el modo de orar, los medios para vencerse a uno mismo, hacer un propósito espiritual anual, qué ejercicios de piedad se deben realizar, qué regla de vida fijarse, como formar el propio comportamiento a lo largo del año? Esto, os digo, es propio del año de noviciado. Pues bien, se lee en la Sagrada Escritura que Dios, queriendo enseñar a Moisés su ley, le dió estas órdenes: *«Estate pronto para mañana por la mañana subirás temprano al monte Sinaí y preséntate a mí en la cumbre de la montaña. Que no suba nadie contigo ni a lo largo de todo el monte; ni tampoco ganados y rebaños vengan a pastar ante este sagrado monte»* (Ex. 34, 2-3).

Veamos este pasaje en cada parte: *«Estate pronto para mañana por la mañana»*. El Señor Dios quiere que el alma religiosa esté siempre dispuesta y preparada para hacer su divina voluntad, no en las tinieblas y la oscuridad, sino claramente, a la luz; esto pone en evidencia por

una parte la vigilancia a tener en este estado, y por otra la alegría que la acompaña: «*mane*», a la luz, desaparecidas todas las tinieblas y las oscuridades de la mente. «*Para subir al monte*»: el camino del religioso debe ser así: subir constantemente y caminar hacia lo alto, no poco a poco, lentamente, sino rápido, «*statim*», prontamente, con fervor, con corazón alegre, sereno. «*Stabisque mecum*»; y, según otra versión «*stabisque mihi*»: estarás atento a mí. Es necesario estar atentos al Señor Dios, mirarle a Él solo, y servirle con extremo cuidado y atención. «*Que nadie suba contigo*». Esto es, queridísimas, la renuncia, la verdadera separación y el desapego de todas las cosas terrenas. «*Que nadie suba contigo*». No hace excepción con ninguno, no admite a nadie, excluye a todos. Hay que subir despojados, solos, sin ninguna atadura: presentarnos libres ante su presencia, limpios, puros, desprovistos de todo interés y de todo afecto por mínimo que sea. «*Que ninguno suba contigo, ni esté a lo largo del monte*». Es el no desear la compañía de nadie, que pueda distraer y perturbar nuestro corazón. «*Que no suba ninguno*»: que no haya ninguno que tenga espacio en nuestro corazón. «*Ni tampoco ganados y rebaños vengan a pastar*». Prohíbe toda sensualidad, todas las preocupaciones y las inútiles inquietudes que no sólo no debemos tener despiertas y activas en nosotros, sino que ni siquiera debemos buscar, aunque de hecho no influyan en nuestra vida. «*Ni tampoco ganados y rebaños vengan a pastar ante este monte*». No sólo no quiero que ganados y rebaños vengan a pastar a lo alto del monte, sino que ni siquiera deseo que lo hagan frente al monte. ¡Oh hermanas, cuánto debemos estar desligados y separados de toda realidad terrena, si queremos agradar a Dios y servirle con corazón generoso! El Señor quiere que nos liberemos totalmente del mundo: totalmente. Y aunque pudiéramos gastar todas las viles riquezas en obras santas, ayudando y aliviando al prójimo, no es ésta la exigencia de la perfección, no es esto lo que se exige: por el contrario es necesario dejar todo de modo completo y total. «*Si quieres ser*

perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; después ven y sígueme» (Mt. 19, 21), dijo a aquel joven, plenamente obediente a la Ley, que pensaba que había llegado ya a la perfección. Podía también decirle: *LLeva contigo tus riquezas: las usaremos, en común, y con mi presencia no podrán ser empleadas o gastadas mal. Pero no quiso así, no habló en estos términos. Por el contrario, «Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres»*. Os lo repito: hay que dejarlo todo, expropiarse de todo bien, no poseer nada, ser libre, no seguir nunca nuestra propia voluntad. En el Evangelio según Lucas, el Señor Dios muestra cómo debe ser el verdadero religioso; respondiendo a aquel que lo quería seguir, como si quisiera mostrarle como debía caminar por un camino para el que no tenía aún la justa disposición de ánimo, le dijo estas palabras dignas de ser recordadas: *«Los zorros tienen sus madrigueras, las aves del cielo sus nidos, pero el Hijo de Dios no tiene donde reposar la cabeza»* (Luc. 9, 58; cfr. Mt. 8, 20).

Es realmente cosa justa y apropiada que el hombre se perfeccione tanto en la pobreza, se expropie totalmente de sí mismo y de toda otra cosa, no tenga donde reposar la cabeza, no ame a nadie en particular y no tenga alguna parcialidad, si no se reduce a asemejarse a los animales: *«Los zorros tienen sus madrigueras y las aves del cielo sus nidos»*. A otro que le había llamado para ser su discípulo, no le dió ni siquiera tiempo para ir a sepultar a su propio padre: enseñaba que, cuando se acepta la vida consagrada, se deben abandonar todos los cuidados y preocupaciones, y dejar que sean los que llevan una vida secular los que cumplan sus deberes: *«Deja que los muertos sepulten a sus muertos»* (Luc. 9, 59-60; cfr. 8, 22), aunque ésta sea una obra de caridad y un deber para un hijo. Todavía en el mismo Evangelio, donde se recogen dos o tres de estos pequeños episodios, uno se ofreció a seguirlo, pidiéndole sin embargo que le permitiese ir antes a decirlo a sus parientes y dejarles todas sus riquezas:

no se lo permitió diciéndole: «*Nadie que después de haber puesto la mano sobre el arado, mire atrás es apto para el reino de Dios*» (Lc. 9, 62). No quiso así que aplazara el ponerse al servicio de Dios ni siquiera por aquel poco tiempo. Amadísimas hijas, en estos episodios tenemos los ejemplos y las reglas de nuestro comportamiento de fe; aquí la norma, el libro que nos enseña la verdadera renuncia, la verdadera expropiación de todos los afectos desmedidos, de las ataduras, comodidades y placeres, ya sean espirituales o materiales; debemos despojarnos incluso de los afectos espirituales, de las emociones del espíritu. Lo vemos por ejemplo en las palabras que nuestro Señor Dios dijo a los Apóstoles: «*Si no me voy, no vendrá a vosotros el Consolador*» (Jn. 16, 7). ¿Acaso la presencia del Señor impedía la venida del Espíritu Santo? No, ciertamente; el afirmarlo sería decir una blasfemia; ¡que nunca suceda tal cosa! Lo impedía sin embargo el apego que los Apóstoles sentían hacia Cristo. El amor de los Apóstoles para con su Maestro no era perfecto y, por ello, para llevarlo a su plenitud, fue necesario aquella separación. ¡Oh hermanas, al Señor no le agradan estos afectos interesados y emotivos! Quiere un amor sincero, limpio, libre, que con pureza y simplicidad tienda sólo a Él. Si el corazón está verdaderamente en Él y para Él solo, está alegre, gozoso, tranquilo, lleno de paz infinita. Y no podría ser de otro modo, habiendo puesto y colocado en Dios todas sus esperanzas, sus deseos y todo su ser. «*Mi corazón y mi carne exultan en Dios vivo*» (Sal. 84, 3), dice el santo profeta. Mi corazón, mi carne, mis sentidos, mis fuerzas, todas se han alegrado, exultado y gozado sólo en mi verdadero y único Dios: Él es todo mi amor; no me preocupa de ninguna otra cosa, no pienso en otra cosa, no deseo otra cosa que Él.

«*¿A quién tengo en el cielo para mí? Fuera de ti no deseo otra cosa en la tierra*» (Sal. 84, 3) ¡Qué a menudo, hijas queridísimas, deberéis dar este testimonio a Dios! Señor Dios, este corazón mío es todo vuestro, no ama, no desea, no quiere otra cosa fuera de Vos; atraedlo a Vos,

Señor Dios, y haced que se enamore de Vos locamente. Este es vuestro deber, queridísimas; es su cumplimiento deberéis sentir la mayor alegría, la mayor satisfacción.

Ahora habéis comprendido, hijas, el motivo de este aplazamiento del que os hablaba: hemos querido que se llevara a perfección el cumplimiento de la obra del Señor, en ella ya iniciada de modo tan excelente. Todas vosotras habéis sido iluminadas: las que ya son religiosas, la que ha llegado a serlo hoy, y la que, si Dios quiere, lo será pronto. Sólo es necesario que todas vosotras perseveréis implorando las gracias del Señor Dios, os mostréis agradecidas con los beneficios de los que os ha colmado, y respondáis, en vuestro espíritu y con vuestras virtudes, a la alta y maravillosa vocación a la que habéis sido llamadas. Que esto se digne concederos la majestad divina. Amén.

INDICE

1. En la cena del Señor durante el lavatorio de pies en el capitolio	3
2. El día del Corpus Domini	12
3. El día del Corpus Domini	19
4. Domingo II después de Pentecostes	29
5. Al pueblo de Ascona en la diócesis de Como ..	40
6. Al pueblo de Cannobio de la diócesis de Milán	49
7. Domingo II después de Pentecostés	57
8. En ocasión de la consagración de los Altares ..	68
9. Domingo IV después de Pentecostés	78
10. En ocasión de la administración de la Santísi- ma Eucaristía	82
11. Sábado del II domingo después de la degolla- ción	87
12. A los canónigos del Templo mayor y de las Iglesias colegiadas de Milán	100
13. A los párrocos, a los confesores y los predica- dores del clero secular de la ciudad de Milán ..	115
14. Domingo durante la octava de la Epifanía	131
15. Viernes del IV domingo después de Pascua ...	146
16. A los que van a ser ordenados	153
17. A los que van a ser ordenados	158
18. A los que van a ser ordenados	163
19. Sermón V	168
20. Sermón VI	175
21. Sermón XVI	184